DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

UN MEDICO EN VIETNAM

6

EL TRABAJO ENTRE HERIDOS, MORIBUNDOS Y MUERTOS: EL AÑO DE SERVICIO DE UN MEDICO EN VIETNAM

10006
9 788437 509592

650 PTAS. CON IVA

613 PTAS. SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

John Parrish fue a la guerra en 1967; cuando regresó, un año después, era otro hombre. Como médico de la Armada de Estados Unidos, tuvo ocasión de ver todo el horror de la guerra, su coste en vidas y miembros humanos; aprendió por propia experiencia que a menudo era más sencillo y humanitario dejar morir a los jóvenes gravísimamente heridos que intentar curarlos; y vio también a personas destrozadas para siempre por la tortura mental a la que habían sido sometidos.

Poco convencido desde un principio de la justicia de la cruzada moral de Estados Unidos en el Sudeste asiático, Parrish llegó a sentir un cariño y una compasión profundos por los sufridos civiles de Vietnam, gracias a los servicios extraordinarios que prestó en hospitales de aquel país. El año que pasó en la zona de guerra le convenció de la futilidad e inutilidad de la intervención estadounidense.

En *Un médico en Vietnam*, Parrish reconstruye todos los momentos amargos de su odisea de un año, como una pesadilla a través de una paisaje de sufrimiento: desde el entrenamiento en Camp Pendleton, donde pone en cuestión tanto el fundamento del pragmatismo militar como las razones de los hombres para ir a la guerra, hasta la espeluznante mortandad de un quirófano en la zona de combate. La desesperación cuando intenta mantener con vida a un joven soldado que ha perdido tres miembros, y su desesperanza cuando los norvietnamitas cortan las manos de un tajo a un barbero vietnamita durante la ofensiva del Tet sobre Hue. El terror de un aterrizaje de emergencia en territorio enemigo. El agotamiento físico y mental por haber trabajado durante tres días seguidos sin dormir. El olor de los cuerpos de mujeres y niños que fueron bombardeados con napalm por error.

Un médico en Vietnam es el testimonio evocador de un hombre sobre el horror de la guerra moderna. En él se demuestra que la guerra no está relacionada con medallas y victorias, sino con miembros mutilados y cuerpos destrozados, y que con demasiada frecuencia la elección no se plantea entre la victoria o la derrota, sino entre la vida y la muerte.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 6 - Un médico en Vietnam

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tasca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición cotarcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain -Noviembre 1988

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

UN MEDICO EN VIETNAM

JOHN PARRISH

Capítulo 1 3
Corazones y mentes

Capítulo 2 19
Médico volante

Capítulo 3 31
Médico en primera línea

Capítulo 4 49
Llegada de bajas

Fuese en el campo de batalla (DERECHA) *o recibiendo una condecoración por heridas de guerra en el hospital de una base* (ARRIBA), *en Vietnam los soldados contaban con el personal sanitario para ayudarlos a conservar la vida.*

J. HILLELSON AGENCY

Capítulo 1

CORAZONES Y MENTES

CAPÍTULO 1 CORAZONES Y MENTES

Aunque camine por el Valle de la Sombra de la Muerte, no temeré ningún mal... porque soy el peor hijoputa del Valle

La leyenda estaba escrita a mano al pie de una fotografía de un infante de Marina de la II Guerra Mundial, tipo John Wayne, de rostro duro y sin afeitar, que miraba fijamente con la bayoneta calada. El cartel era el centro de atención de una habitación funcional, sencilla y aseada. Tres soldados repantigados en sillas de madera nos miraron con una falta de entusiasmo que nos decía que nuestra llegada no les hacía ni un punto menos tediosa la tarde.

Al inscribirme en Camp Pendleton, una base de entrenamiento de infantes de Marina en el sur de California, di comienzo a mi carrera militar.

Un infante soñoliento arrojó nuestro equipaje a una camioneta y nos condujo a un viejo edificio blanco de dos plantas. En el interior encontramos a unos treinta médicos y dentistas recién llegados; estaban parcialmente desnudos, adjudicándose literas y taquillas e iniciando tímidamente conversaciones triviales. En un rincón de aquella sala encontré una litera inferior libre y comencé a deshacer mi maleta de piel nueva.

Al parecer, estaba haciéndolo..., estaba yendo a la guerra. ¿Por qué? ¿Cómo podía justificar el gastar un año de mi vida para ir a una guerra que se libraba al otro extremo del mundo?

¿Un deseo adolescente de viajar? ¿Iba buscando emociones que hiciesen patente mi virilidad? ¿Deseaba ser un héroe? No parecía que esta guerra tuviera héroes. ¿Era un patriota? .. Pero dejando ahora a un lado mis sentimientos acerca de aquella guerra, lo cierto era que allí había muchachos norteamericanos que caían enfermos o resultaban heridos, y alguien debía ocuparse de ellos: ese alguien también podía ser yo. ¿Mi única razón para ir era haber ido? ¿Haberlo hecho? ¿Pasar la experiencia de la guerra, vivirla? ¿Coquetear con la muerte y la victoria? ¿O, acaso más importante, arrebatarles sus víctimas a la enfermedad y la muerte? Esta fue posiblemente la primera razón para hacerme médico. Y ahora iba a serlo en la hora más difícil y delicada de la profesión.

> La apuesta era alta, pero un médico tenía muchos puntos de ventaja, aunque entonces no me daba cuenta de que la supervivencia física no era más que una parte para ganar en aquel juego.

Tal vez creyera que ir a la guerra era lo que se debía hacer. Me lo habían pedido y se esperaba de mí que lo hiciera. Tal vez fuera seguir compitiendo, tal vez la guerra fuera otro curso, una nueva graduación, una prueba aún más dura. Si competía, podría colmar las expectativas y sobrepasarlas. O tal vez hubiera accedido a ir porque sentía que era Vietnam el lugar concreto donde un médico norteamericano era más necesario.

Aunque, por otra parte, tal vez necesitara ir a la guerra por la misma razón por la que había hecho levantamiento de peso en mi adolescencia. Tal vez no me gustara ser el típico estudiante serio, formal, alto, flaco y gafudo, sino que quería ser un jugador profesional de rugby. Esta guerra era para mí la oportunidad de viajar, tener emociones, visitar puertos extranjeros, conocer mujeres, beber, sentir el peligro y la crueldad, ser un hombre. Además, estaba harto de estudiar y hacer trabajos pesados.

Sea como fuere, tenía que ir, porque las opciones eran claras: la cárcel por tres años, Canadá de por vida o Vietnam por un año. La mejor decisión parecía ser jugar a sobrevivir un año en la guerra La apuesta era alta, pero un médico tenía muchos puntos de ventaja, aunque entonces no me daba cuenta de que la supervivencia física no era más que una parte para ganar en aquel juego.

Un país libre como era el mío me obligaba a dejar el hogar para ir a un lejano país a librar una guerra no declarada. ¿En qué medida me ataba el honor a servir a mi país? ¿Jurar lealtad? Sin duda. ¿Obedecer las leyes? Sí. ¿Pagar los impuestos? De acuerdo. Pero, ¿ir a una guerra impopular? Lo dudaba. ¿Dónde estába mi libertad de elección? ¿Dónde estaban mis derechos de ciudadano ilustrado en una sociedad ilustrada?

Mi país me había dado mucho. La seguridad y la riqueza de Estados Unidos no se había logrado fácilmente. Se había pagado el precio en guerras pasadas y a mi generación le tocaba pagarlo una vez más. Sin embargo, ¿no era esta guerra demasiado costosa para lo que nosotros sacábamos de ella? Pero tal vez el precio de la guerra sea excesivo siempre. ¿Es necesaria la guerra? Tal vez lo averiguara. ¡Qué poco me daba cuenta de que iba a aprenderlo todo sobre la guerra!

> "Para ganar las guerras es útil, pero no completamente necesario, estar vivo. Es útil, pero no necesario, salir ileso."

Nuestro instructor era un capitán de Infantería de Marina alto y fornido, y de piel bronceada. Por la elasticidad de sus pasos se veía claramente, incluso en el marco de la clase, que estaba en excelentes condiciones físicas. Tenía el pelo muy corto, a lo militar, y llevaba un uniforme caqui de manga corta recién planchado. Era la única persona del aula que no sudaba. Había completado ya un período de trece meses en Vietnam y estaba pensando en volver allí, después de haber pasado un año como instructor en Camp Pendleton. Todos los días corría durante una hora, al mediodía; no fumaba ni bebía, era una víctima de una rigurosa disciplina personal; además, parecía creer sinceramente en todo lo que nos enseñaba. Por consiguiente, no me sorprendió verlo en Vietnam ocho meses después, aunque para entonces ni siquiera me sorprendió la herida de su cuello y su cuerpo sin vida.

Los consejos se nos daban en forma de órdenes. Los instructores que habían servido en Vietnam daban los consejos con un sincero sentimiento de satisfacción. Unos pretendían hacernos creer que el hecho de que estuvieran físicamente intactos después de un período en zona de guerra, era el resultado de su entrenamiento, resistencia y destreza; otros admitían que habían tenido además mucha suerte. Ninguno hablaba de la conservación de la salud mental.

Las reglas para la supervivencia eran simples y lógicas, pero las reacciones tenían que convertirse en hábitos, porque la tensión del momento podía bloquear el pensamiento lógico. "Las reglas que convierten las reacciones en hábitos hacen al soldado."

"Nos gustan las reglas", decía el capitán. "Aprenderéis a que os gusten también." Era difícil decir si estaba estableciendo un

US ARMY

hecho o dando una orden. "Las reglas os mantendrán vivos."

"Estáis aquí para aprender a ser soldados en dos semanas y eso es imposible Por tanto, mejor será que aprendáis algunas de las reglas que mantienen vivos a los soldados y les permiten ganar las guerras. Para ganar las guerras es útil, pero no completamente necesario, estar vivo. Es útil, pero no necesario, salir ileso. Vuestras reacciones tienen que ser automáticas y veloces, no hay tiempo para la vacilación; una reacción rápida, fruto de un buen entrenamiento. puede salvaros la vida A los infantes los adiestramos a hacer movimientos rápidos que sirvan también para quitar la vida a sus enemigos, pero vosotros tenéis que contentaros con aprender los movimientos que puedan salvaros la piel. Las reglas que convierten las reacciones en hábitos hacen al soldado

"Nunca forméis grupos ni os juntéis mucho cuando estéis al aire libre, porque una ráfaga podría abatiros a todos.

"En las operaciones en zona de combate, no deis ni devolváis el saludo, ni llevéis insignias, porque los francotiradores se sir-

ARRIBA: *Tanto como cualquier soldado de primera línea, los médicos cumplieron su tarea en Vietnam sin quejarse, por mucho que se lamentaran interiormente.*

ven de estas indicaciones para escoger a los oficiales para asesinarlos.

"Al oír un ruido fuerte e inesperado 'besad el suelo' inmediatamente. No corráis al refugio hasta que se produzca una pausa en la caída de obuses. un cuerpo erguido y corriendo es alcanzado con mayor facilidad por la metralla que un cuerpo acostado, porque la metralla sale hacia arriba.

"Dormid tan cerca del suelo como podáis; si es posible, dormid bajo el suelo."

Nadie mencionaba el hecho de que los historiadores militares llevaban décadas comentando que en el Sudeste asiático no podía ganarse una guerra terrestre tradicional. En lugar de darnos una conferencia sobre Dien Bien Phu. nos pasaron una película de propaganda sobre el más heroico de los héroes. la unidad de exploradores. Nos mostraron diagramas de lanzamientos desde helicópteros detrás de las líneas enemigas, fuego cruzado, emboscadas... Parecían tan eficaces que resultaba sorprendente que no se hubiese ganado la guerra mucho antes.

"Pero es que todo partido de rugby, en su planteamiento, es una goleada", recordaba el capitán. "No siempre sale bien, porque alguien no obedece las órdenes o no cumple su cometido correctamente o está mal preparado."

Uno de los sargentos más directos y de menor facilidad de expresión de los que nos daban clase lo explicaba de una manera un poco diferente: "Siempre hay alguien que lo jode. La primera regla de la vida militar es que si algo puede joderse, se joderá Camp Pendleton está aquí para eliminar a esos que joden a la mayoría... a menos que sean médicos."

Los trajes de faena verdes, las armas, el ambiente militar, comenzaron a convencernos de que éramos parte de una gigantesca máquina montada para la empresa de la guerra. Su mera existencia era inútil si no había enemigo que vencer

Una pistola del 45 al costado y dos barras en el cuello del uniforme suscitaban un sentimiento de prestigio personal y de poder analizado por pocos, aceptado por la mayoría y necesario para algunos. Los chicos que iban a ver películas sobre la II Guerra Mundial, que leían cómics de guerra y jugaban a los soldados en solares abandonados, eran hombres ahora y, bajo la dirección de profesionales, aprendían a jugar a la guerra con armas de verdad. Allí, en Camp Pendleton, no parecía ser más que un juego muy serio, de reglas muy claras y sencillas. Atrás quedaban las frustraciones de la vida civil; no era necesario hacer planes a largo plazo porque, en el juego de la guerra, la vida inmediata era lo único importante.

> El juego iba a ser una guerra de supervivencia individual... La meta era salir vivo conservando brazos y piernas, y no quedar afectado después.

Rápidamente, la actitud colectiva pasó, de la confusión más completa, a ser la de un campamento de boy-scouts, y luego a ser la de un campo de entrenamiento de un equipo de rugby universitario donde el compañerismo de los seleccionados y la competitividad interna llegaron a ser fundamentales. La inminente separación prolongada del país, la familia y los amigos, y la inminente amenaza sobre la vida y los miembros añadían un matiz de desamparo y orgullo . como modernos gladiadores mal valorados.

Poca cuenta se hacía de la libertad. el amor a la patria o el salvar a los asiáticos del comunismo. El juego iba a ser una guerra de supervivencia individual, por un corto período de tiempo y muy personal. La meta era salir vivo conservando brazos y piernas, y no quedar afectado después. Se nos obligaba a hacer el viaje y nosotros seríamos buenos chicos e iríamos; después regresaríamos y reanudaríamos nuestras vidas. Si alguno hablaba de "ganar" la guerra, pocos le escuchaban. Ninguno de los instructores nos enseñó a entender la guerra como una prueba de supervivencia personal a tiempo limitado, pero todos lo asumimos como meta antes de abandonar Camp Pendleton.

Después de aquella introducción de dos semanas en la vida militar, llené un petate de la Marina con algunos libros, montones de calcetines y ropa interior, el uniforme de faena y unas botas nuevas. Luego. cuidadosamente, casi orgullosamente, escribí mi nombre con tinta indeleble en un lateral del petate de lona verde. Ten. John Parrish 690677. 3.ª División de Infantería de Marina.

Dejaba el campamento ligeramente mejor preparado que cuando llegué, aunque mucho más intranquilo.

Nuestro vuelo de la Transworld Airline, de Travis a Okinawa, tenía la salida a las 22, pero no despegó hasta las 6 de la mañana siguiente. La espera hizo aún más dolorosa la partida para los que habían traído a sus esposas, novias o familias. Un médico y su esposa estaban apoyados en la pared agarrados de la mano como escolares. Una niña pequeña estaba golpeando a su padre con la manita cerrada y sollozando amortiguadamente, convencida de que quería abandonarla. porque nadie podía obligar a su papá todopoderoso a irse si él no quería. Mamá estaba alterada y la reñía. Al papá de la "marinerita" le caían por las

REX FEATURES

IZQUIERDA: *A veces resultaban irrelevantes un equipo y una preparación tan caros, y la única capacitación requerida era la de recogedores de desperdicios*

mejillas unas lágrimas incontroladas, sin que hiciera ningún intento de ocultarlas o de taparse.

"La guerra es un buen negocio, invierte en ella a tus hijos", aparecía escrito en la pared del servicio de hombres entre los habituales mensajes de homosexuales y hambrientos de sexo. Un teniente primero de Infantería de Marina estaba vomitando en el retrete Me veo en el espejo con el uniforme de paseo y siento también náuseas. Había llegado a comprarme unos galones de colores para el traje con hombreras cuadradas Era el chico más lindo de la reunión, era un pavo engalanado para el Día de Acción de Gracias, era un niño de ocho años arrodillado junto a la cama impresionando a mi madre y a Dios al rezar por "nuestros muchachos en el extranjero".

Necesitaba un cigarrillo, una cerveza. una mujer, una madre; necesitaba salir disparado de aquel aeropuerto y no parar de correr ¿Todos aquellos estúpidos médicos íbamos a dejarnos embarcar como un rebaño en aquel avión? ¿Íbamos a dejar voluntariamente nuestro hogar para ir a la guerra a ver hombres en la peor tesitura y, tal vez, a morir?

A la salida del sol. la inquietud y el cansancio nos habían convertido en unos zombis sumisos. Nos dirigimos al avión con paso cansino sin una vacilación, sin una palabra. ¿No íbamos a sublevarnos?

La pesadilla de la despedida se fue repitiendo durante el vuelo, cada vez que despertaba de un sueño intermitente.

Una hora de cola y dos de espera me llevaron a un gran aparato cuatrimotor de turbohélice para hacer el viaje de 50 minutos hasta Phu Bai. Entramos por la cola hacia la parte delantera del gran C-130; fue pasando gente y más gente hasta que estuvimos como sardinas en lata Entonces. alguien nos ordenó sentarnos y, como la figura humana ocupa mucha más superficie sentada que de pie, quedamos unos encima de los otros.

Así estábamos en el extremo de la pista, sudando. esperando y soportando las vibraciones del aparato, cuando de pronto comenzamos a avanzar dando tumbos y a coger velocidad, y nos caímos de espaldas unos sobre otros.

Tenía las piernas dobladas, estaba en una postura muy incómoda, las vibraciones no cesaban, pero tenía que ignorar el dolor en la espalda porque necesitaba dormir Y conseguí hacerlo.

★ ★ ★

Recuperé el petate y me encaminé hacia una gran cruz roja pintada en un muro defensivo, que estaba situado junto a la pista de aterrizaje. Un letrero decía: "Compañía Médica A Tercer Batallón Médico. Tercera División de Infantería de Marina." En el interior de la edificación más cercana encontré a un oficial del Cuerpo de Servicio Médico (MSC) sentado tras un mostrador metálico.

"Hola. soy el doctor Parrish Acabo de llegar y..."

"Sí, tiene que ir a registrarse a la oficina del cirujano de división. Es el doctor jefe de la 3 ª División de Infantería de Marina. Le buscaré un vehículo y un conductor." Salió por la puerta de atrás de la barraca y pronto volvió con un infante.

"El conductor le llevará a la oficina del cirujano de división. donde le asignarán destino; puede que le manden con nosotros a la Compañía A, y así lo espero. No olvide que a los médicos militares de graduación superior a capitán de corbeta hay que dirigirse llamándolos por su grado y no 'doctor'. El cirujano de división es capitán de navío, el capitán Street."

El conductor me cogió el petate y lo llevó al jeep.

"Muchísimas gracias", le dije al salir de la oficina del MSC.

El jeep arrancó y nos alejamos de allí. Entramos en un complejo de suelo llano y arenoso, en el que había innumerables filas de construcciones idénticas. una estructura de madera, cerrada por finos paneles de madera y con tejado de hojalata En una de ellas se leía: "Cirujano de División. 3.ª Div. de Infantería de Marina. Cap. Charles S. Street, Marina de EE.UU "

El edificio más alejado de la pista de aterrizaje era un barracón de madera aislado... tenía un letrero en la fachada que decía "Registro de cadáveres".

El capitán Street nos acompañó al recinto del hospital para mostrarnos nuestro nuevo lugar de trabajo. El edificio estaba en el lateral del recinto lindero con la pista de aterrizaje. Aquella situación facilitaba la recepción de los heridos, pero también situaba al hospital justo al lado del objetivo principal de los obuses y cohetes enemigos: una pista de aterrizaje era siempre el primer objetivo en cualquier clase de ataque enemigo.

El edificio más alejado de la pista de aterrizaje era un barracón de madera aislado, a cuya parte trasera se había añadido una gran unidad móvil de refrigeración. Estaba rodeado por tres capas de sacos de arena como protección y tenía un letrero en la fachada que decía "Registro de cadáveres"

REX FEATURES

Street ni siquiera aflojó el paso al llegar a su altura "Eso es el Registro", dijo según pasábamos frente al edificio. "Los muertos llegan directamente ahí desde el campo de batalla: son lavados, se procede a su identificación y se los mete en un congelador hasta el siguiente vuelo al sur. En Da Nang o Saigón los embalsaman antes de su envío a Estados Unidos. Los que trabajan ahí son 'gruñones' (soldados de Infantería) que se prestan voluntarios, la mayoría porque son unos cobardes; otros están castigados, y, por último, hay alguno que quizá tenga alguna enfermedad mental o que desee ser embalsamador algún día. En días calurosos y de mucho movimiento este lugar apesta."

Pasamos junto a dos grandes unidades transportables que parecían grandes tubos hinchados. "Estas son unidades MUST (Unidad Médica Autónoma Transportable); una se utiliza como sala médica y la otra como sala de operaciones. Los helicópteros aterrizan aquí mismo, al borde de la pista, y los heridos van directamente al área central de clasificación denominada 'Selección'."

> Su muslo izquierdo apuntaba al cielo y acababa en una masa carnosa de color rojo oscuro, formada por ligamentos retorcidos, una gelatina de tejido muscular, coágulos de sangre y largas astillas de hueso.

Mientras el capitán Street estaba hablando aterrizó un helicóptero un poco más allá del lugar en que estábamos. Varios soldados salieron del edificio principal al encuentro del aparato; se hicieron cargo de una camilla con un soldado herido y el helicóptero se fue. Los camilleros pasaron a nuestro lado velozmente llevando a un robusto chico negro.

Tenía los párpados desmesuradamente abiertos y sus ojos miraban fijamente al frente sin dirigirse a ningún punto concreto, sin ver nada, pero habiendo visto demasiado. Echó la cabeza hacia atrás y los blancos dientes se separaron como si intentara hablar, o maldecir o gritar. Un acceso de dolor insoportable le retorció los músculos de la cara hasta convertirla en una máscara que ocultaba debajo la mueca del esqueleto. El pecho subía y bajaba con rapidez. Los músculos de sus brazos de acero resaltaban mientras agarraba con fuerza la camilla llena de barro. Un pequeño agujero en el abdomen rígido dejaba paso a un gusano rojo pardusco que se vertía ininterrumpidamente sobre la camilla.

Al pasar a nuestra altura, levantó la cabeza casi involuntariamente; comenzó a abrir la boca, en primer lugar para coger aire, pero luego como en una silenciosa súplica de ayuda. Alargó la mano sucia directamente hacia mí y yo me di la vuelta para seguirle a "Selección".

Era una habitación grande y despejada de 15 por 20 metros, que estaba reforzada con sacos de arena en el exterior y cuyas paredes estaban cubiertas de arriba a abajo por estanterías llenas de vendas, instrumental de primeros auxilios y botellas de líquidos intravenosos; el techo, de hojalata y desprotegido, estaba sostenido por postes de madera. Varios médicos y enfermeros atendían a los heridos con rapidez pero sin ninguna excitación. Aunque el capitán Street continuaba hablando, yo ya no podía seguir escuchándolo

En la primera camilla había un chico a quien, a primera hora del día, cualquier entrenador habría deseado como bloqueador o defensa; ahora, sin embargo, yacía boca arriba y su muslo izquierdo apuntaba al cielo y acababa en una masa carnosa de color rojo oscuro, formada por ligamentos retorcidos, una gelatina de tejido muscular, coágulos de sangre y largas astillas de hueso. No tenía rodilla y le quedaban algunos pedazos de pantorrilla suspendidos de tiras de piel y algunas fibras de tejido conjuntivo. Le habían puesto un torniquete en el muslo y un enfermero le estaba cortando las tiras de tejido con unas tijeras grandes para quitarle el trozo de pierna inservible que le colgaba. En lugar aparte de la camilla había una bota de la que todavía sobresalía la parte inferior de la pierna.

En el segundo lugar un médico sudoroso estaba administrando masaje cardíaco externo a un muchacho delgado y pálido que tenía múltiples heridas, mientras un segundo médico le insuflaba aire en los pulmones con un respirador manual; pero la vigorosa compresión del abdomen parecía producir únicamente un audible crujido de costillas.

En el puesto tercero estaba el muchacho que había pasado ante nosotros minutos antes. Ya estaba recibiendo líquido intravenoso por el brazo y tenía vendado el abdomen, y en aquel momento se oponía enérgicamente a los esfuerzos por darle la vuelta para examinarle la espalda. Apartado en un rincón, había un joven con la cabeza ceñida por un vendaje blanco empapado de sangre. Nadie le prestaba atención..., tenía una herida cerebral irremediable y estaba esperando la muerte.

El capitán Street nunca miraba directamente a ningún herido. Nos mostró el resto del recinto hospitalario y nos dejó con el comandante del hospital, un cirujano general que resultó ser un SOB (hijo de puta) napoleónico, egocentrista, inmaduro e insoportable, y un cirujano excelente. Me gustó desde el primer momento.

"Bienvenidos a Vietnam", nos dijo.

> "Si en algún momento la tensión nerviosa te pone al borde del colapso, no tienes más que decirme que deseas la repatriación por razones psíquicas y está hecho. Sin entrevistas ni preguntas."

En cada uno de los diez pequeños cobertizos, o barracones, de madera se alojaban cinco hombres. Allí conocí a mis nuevos compañeros, los cuatro hombres que iban a ser mi nueva familia. Durante los seis meses siguientes yo viviría en el barracón 75 y mis compañeros y yo pasaríamos juntos algunas de las experiencias más agotadoras de nuestras vidas, tanto física como mentalmente.

Si alguien representaba al "padre" en el barracón, ése era Prince Edwards, el psiquiatra de la división. Sólo un psiquiatra podría ser impunemente tan "anticastrense" como lo era Prince. Durante el tiempo libre era frecuente verlo llevando bermudas,

IZQUIERDA: *El general de división Lewis W. Walt, comandante en jefe de todas las fuerzas terrestres norteamericanas en la I CTZ (Zona Táctica del I Cuerpo), supervisa personalmente la evacuación de un soldado herido.*

calzones anchos o sólo calzoncillos, pero siempre con un pañuelo anudado al cuello. Cuando el general que estaba al mando decidió que llevaba el pelo demasiado largo, Prince se afeitó la cabeza completamente, pero continuó ostentando un bigote.

Prince disfrutaba con su trabajo y parecía ser un buen psiquiatra Su posición exigía respeto, porque un informe suyo podía hacerte loco por definición, lo cual podía ser muy, muy malo si echaba un borrón en tu hoja de servicios o muy, muy bueno si te mandaba a casa.

"Tú eres médico y, es de esperar, una persona responsable, madura, racional", me dijo Prince en nuestro primer encuentro. "Si en algún momento tienes más trabajo que lo que puedes abarcar, si en algún momento la tensión nerviosa te pone al borde del colapso, no tienes más que decirme que deseas la repatriación por razones psíquicas y está hecho. Sin entrevistas ni preguntas, simplemente rellenar unos papeles y en unas horas estás camino de casa." Hablaba con una media sonrisa, pero lo decía en serio

"Bueno, voy a probar unos días", sonreí.

"Está bien Si decides quedarte, tu parte de la nevera son 15 dólares." Prince volvió al libro que estaba leyendo; siempre estaba leyendo un libro.

"Y hay cervezas, si quieres una." Bill Bond indicó la pequeña nevera portátil con una mano al tiempo que estrechaba la mía con la otra. Era un cirujano del Medio Oeste, bien parecido y seguro de sí mismo. Su esposa e hijos parecían igualmente saludables en la foto que Bill tenía en su escritorio. Siempre estaba operando en el hospital o leyendo en el barracón; era amable, simpático, un cirujano muy bueno y el miembro más estable de nuestro barracón.

"A mí puedes saludarme también", dijo el capitán de Infantería de Marina Roland Ames, que estaba sacando brillo a las botas. "Aunque no tendrás tiempo de conocerme, porque sólo me quedan 218 días " Roland era un titulado universitario proveniente de Annapolis, que se las había arreglado para verse metido en la Infantería de Marina. Llevaba la chapa de identidad por fuera de la camisa, como en las películas de la II Guerra Mundial. "Si alguna vez necesitas un jeep, dímelo; soy de Transporte Motorizado."

"Nunca lo conseguirás." El que hablaba era Myron Stanley, el internista de la división, que estaba abriendo una carta de casa. "Llevo tres semanas intentando conseguir un jeep para ir al PX (Economato militar) y lo único que consigo son promesas y más promesas." Era un baptista de Menphis, Tennessee, un poco gordinflón e indolente, de hablar pausado y cuyos únicos vicios eran el tabaco y el insomnio. Siguió leyendo la carta mientras se presentaba

¿Por dónde comenzaría cuando me colocaran delante a un pobre muchacho lleno de agujeros? ¿Qué haría cuando algún miembro sanguinolento y lleno de barro se me quedara en las manos?

"¡Escuchad, tíos!, mi esposa ha dejado de trabajar porque tiene el útero enorme. El doctor dice que lo está haciendo la mar de bien."

"¡Eh!. eso es estupendo, Myron."

"¡Vaya, vaya!, me alegro mucho "

"Toma una cerveza, Myron."

La ironía era tan patente que temía que Myron se sintiera herido. Sin embargo, me echó una sonrisa de complicidad y me dijo: "No hagas caso a estos pecadores, ya te acostumbrarás. Son unos listillos, ya sabes, como lindos cachorrillos." Inmediatamente le cayeron encima tres almohadas que llegaron volando de diferentes direcciones. Por mi parte, me sentía tan a gusto que también le tiré una almohada.

A Myron Stanley le alegró saber que también yo era internista y rápidamente me convirtió en su ayudante. Pasábamos consulta juntos, leíamos las radiografías torácicas y dirigíamos las salas médicas. Durante el resto del día o de la noche yo actuaba como oficial médico (GMO) prestando primeros auxilios a los heridos y ayudando en el quirófano. Myron resultó ser mucho más un colega que un jefe.

Al segundo día de mi estancia en Phu Bai comencé a trabajar a pleno rendimiento. Durante mi primer día en "Selección" estuve muy nervioso La preparación normal de un médico en Estados Unidos no le hace un experto en tratamiento de víctimas de traumatismos graves. Pronto iba a ver muchas víctimas de traumatismos que serían muy jóvenes, estarían muy graves, y mi responsabilidad ante ellos sería muy grande.

¿Por dónde comenzaría cuando me colocaran delante a un pobre muchacho lleno de agujeros? ¿Qué haría cuando algún miembro sanguinolento y lleno de barro se me quedara en las manos? El nerviosismo y ese incómodo sentimiento del desastre inminente hicieron muy larga la primera mañana que tuve que atender a los heridos recién llegados. Fue una mañana lenta en la que sólo atendí seis heridas de poca importancia, y la mayor parte del tiempo lo pasé charlando con médicos y enfermeros. Tal vez esto no iba a ser un trabajo tan malo.

Cerca del mediodía trajeron precipitadamente a cinco infantes gravemente heridos a "Selección". En aquel momento había otros dos médicos conmigo. Tras un rápido examen, era evidente que dos de los heridos aguantarían hasta que tuviéramos más tiempo, de modo que cada uno de los tres médicos comenzó a atender a los soldados en estado más grave.

El joven que yo examinaba presentaba una herida en la cabeza: tenía abierto el cráneo y sangraba profusamente. Le puse un vendaje compresivo sobre la coronilla, le inyecté una intravenosa, le saqué sangre para determinar el tipo y la compatibilidad, y le hice una exploración de los pies a la cabeza.

El cirujano encargado de "Selección" ese día era Bill Bond, mi compañero de barracón. El comprobaba cada camilla para ver el alcance de las heridas y decidir quién debía ir a la sala de operaciones. A él le correspondía la decisión final en cuanto a la prioridad de asistencia. Se acercó a mi puesto en último lugar: era mi oportunidad de hacer todo lo posible por impresionar a mi nuevo amigo.

"Herida en la cabeza", comencé. "Presión sanguínea todavía buena, el pulso es firme; las pupilas están dilatadas "

El Dr. Bond no escuchaba. Deshizo mi chapucero vendaje mientras yo continuaba ..

"Los pulmones están limpios, el abdomen sensible al dolor..."

Agarró un puñado de pelo del hombre y le levantó la cabeza de la camilla, a causa de lo cual una gran parte del tejido del despachurrado cerebro se le escapó por el agujero del cráneo cayendo como gelatina sobre la camilla.

Bill soltó la cabeza y ésta cayó pesadamente sobre la camilla.

"¿Te estás quedando conmigo?", dijo. Me echó una rápida mirada como si yo estuviera loco y después marchó a ayudar a los otros médicos.

"A ésos normalmente los dejamos, señor; no podemos hacer mucho." Hablaba un enfermero que había contemplado la escena; después hubo un silencio que me hizo sentirme vacío e inútil.

"Lo sé, lo sé", dije al fin. "Supongo que estoy acostumbrado a un trato un poco diferente. Simplemente..."

"No siempre tenemos tiempo para ser encantadores, pero se acostumbrará a ello. ¿Quiere que lo ponga en el rincón, señor?"

"¿En el rincón? ¿A esperar la muerte?"

"Sí, señor."

"Claro, claro. El rincón. Donde sea. Yo.." Salí de "Selección" hacia el barracón. Estaba empapado de sudor y me sentía con naúseas y muy incompetente.

"Parrish."

Me volví en redondo.

"¿Sí?"

"¿Quieres hacer de ayudante? Nos hace falta uno en el quirófano."

Era Bill el que me llamaba.

"Sí, me encantaría ayudar." Estaba mintiendo. "Dime la forma."

★ ★ ★

Después de una semana dedicado varias horas diarias a atender a heridos en combate, comencé a sentirme más a gusto trabajando solo; aunque siempre era bueno, sin embargo, tener cerca a médicos más experimentados. Todos los médicos estaban deseosos de ayudarse entre sí, de manera que si un colega estabilizaba a su paciente mientras yo seguía trabajando, inmediatamente se acercaba a ayudarme. En pocos días, mis colegas me ensañaron más sobre el tratamiento de traumatismos que lo que había aprendido en seis años de preparación. Bill era mi instructor favorito.

"¿Alguna vez has hecho una intubación respiratoria, John?"

"No."

ABAJO: *Por fin en buenas manos. Sanitarios del Ejército estadounidense ayudan a bajar de un transporte acorazado de personal M113 a un soldado con una herida en la pierna izquierda, protegida por un vendaje provisional.*

J. HILLELSON AGENCY

"Bueno, mira cómo pongo ésta y ponle después otra al tipo que está detrás de ti, en el puesto siete."

Durante las 24 horas siguientes hice siete intubaciones y llegué a ser francamente bueno en eso. Aprendí incluso a retirarme un poco en el momento de la introducción para no mancharme los pantalones de sangre cuando el tubo entraba en la cavidad torácica.

> Incluso estar asustado, nervioso y nostálgico, y atendiendo heridos y certificando defunciones, llegó a ser pura rutina.

Por muy tenso, anormal e imprevisible que pueda ser el entorno, el hombre siempre acaba por crear una rutina. Mi meta era levantarme, vestirme, afeitarme, ir al Registro de Cadáveres a certificar las defunciones que se habían acumulado durante la noche y estar en el comedor antes de que dejaran de servir desayunos a la 7.30. Llegó un momento en que podía hacer todo eso durmiendo hasta la 7 en punto... pero siempre iba muy justo. Los tipos del Registro comprendieron pronto la rigidez de mi horario y a las 7.20 tenían siempre los papeles listos y los cuerpos expuestos, en ocasiones llegaban hasta a tenerme ya relleno el apartado de "causa de la muerte".

Los infantes (o "gruñones", como ellos preferían que se los llamase) heridos en combate eran transportados en helicóptero normalmente en pocos minutos, a la D Med (Compañía Médica D) de Dong Ha, un depósito de suministros situado a varios quilómetros de la DMZ (Zona Desmilitarizada). Allí, en un recinto hospitalario parcialmente fortificado dentro del alcance de la artillería pesada enemiga de la DMZ, se les hacía una cura de urgencia, se les inyectaba sangre y líquido intravenoso e incluso se los operaba si una intervención inmediata era la única esperanza. Unos minutos o unas horas más tarde, dependiendo de la hora del día y la rapidez con que fueran acumulándose las bajas, se los embarcaba en una gran aeronave de alas fijas y volaban hacia el sur, a Phu Bai, donde estaba el hospital de nuestra compañía, la Médica A, y allí eran intervenidos y recibían el tratamiento definitivo; salvo los afectados por heridas de riñón o heridas en la cabeza que no fueran irreversibles, a quienes se les hacía una nueva cura y se los enviaba al barco-hospital o a Da Nang.

Los dos vuelos de evacuación en avión más fiables procedentes de la Compañía Médica D llegaban habitualmente a las 10.30 y a las 14. Los demás llegaban repartidos a lo largo del día o de la noche, en función del número de bajas que se produjesen o la intensidad del fuego enemigo. Con anterioridad a la llegada, nos avisaban por radio de los heridos que venían, al objeto de que tuviéramos preparado el número de médicos necesario. En "Selección" se anunciaban tres cifras: la primera indicaba el número de heridos que venían en camilla, la segunda el número de heridos que podían andar y la tercera el número de muertos.

"Seis, diez y dos, señor", anunció un enfermero, cuando yo cruzaba "Selección" camino de la sala de enfermos; "llegan dentro de 20 minutos."

"Bueno, no está mal. Estaré en la sala de enfermos. Llámame si se necesita ayuda."

Una cifra de heridos que incluyera más de 10 o 15 pacientes de camilla era considerada como "bajas en masa" y se llamaba a todos los médicos de la compañía a "Selección". La lista era impresionante: un cirujano del tórax, un cirujano estomatólogo, cinco cirujanos generales, tres cirujanos ortopedas, tres anestesistas y diez oficiales médicos generales. Solamente había otra ocasión en que nos reuníamos todos: en el club "O" a las cuatro y media de un día tranquilo.

DERECHA: *Fue en el campo de batalla donde el cuerpo sanitario puso de manifiesto su incalculable valía, atendiendo a los heridos hasta la llegada del helicóptero de evacuación.*

Phu Bai era un lugar relativamente seguro comparado con las zonas de las que nos llegaban los heridos, pero a veces las granadas de mortero caían muy cerca y en algunas ocasiones estábamos en alerta roja y teníamos que pasar un tiempo en nuestros pequeños refugios. Los riesgos eran suficientes como para recordarnos que era posible morir en cualquier momento, especialmente cuando diariamente nos enfrentábamos a la brutal realidad de 30 muchachos o más parcialmente destrozados. Pero incluso estar asustado, nervioso y nostálgico, y atendiendo heridos y certificando defunciones, llegó a ser pura rutina.

Con el tiempo uno llega a acostumbrarse a rozarse con los codos y los muslos desnudos del vecino mientras se oye el chapoteo de los propios excrementos al caer en el gasóleo hediondo de los baldes colocados debajo. Muy pronto, no importa demasiado no tener tiempo para darse una ducha. Se llega uno a acostumbrar a dormir con las botas puestas durante la alerta roja y a trabajar todo el día con los pantalones manchados de una vomitona y con sangre dentro de las botas. El olor de un soldado que no se ha quitado los calcetines durante semanas deja de resultar repugnante al cabo de un rato, sobre todo cuando su estado es crítico y uno tiene que apurarse para salvarlo

> "Permaneced en los vehículos, guardad las llaves en el bolsillo y tened los ojos abiertos, porque de lo contrario estos niños os robarán hasta los calcetines. Pareced tranquillos, confiados y portaos como amigos."

Una mañana, el capitán Street, el cirujano de división, colocó su plato de huevos con pimienta, jamón y tostada junto al mío.

"Escuche, Parrish, me alegro de que esté aquí porque quería hablar con usted."

Fue a por una taza de café y al volver al banco dio una patada a la mesa al sentarse y me vertió el café y el agua. Sin disculparse prosiguió: "El comandante del hospital me ha dicho que está usted aprendiendo a hablar vietnamita y que pasa consulta a los enfermos vietnamitas."

"Sí, señor."

"Pues bien, me gustaría que a partir de la próxima semana se encargase de un programa MEDCAP (Programa de Asistencia Sanitaria). Lo tenemos en funcionamiento desde hace meses, pero no está bien organizado."

"¿Qué tengo que hacer?"

"Bueno, es fácil. Los soldados van por delante para garantizar la seguridad de la aldea y, mientras ellos montan guardia, llega usted y organiza una consulta para la población, una aten-

ARRIBA: *Prestar cuidados médicos básicos a la población civil vietnamita fue uno de los pilares del programa "Corazones y mentes".*

ción general durante un día. Antes de la puesta de sol abandona la aldea y regresa a Phu Bai Hay que hacer un MEDCAP todos los sábados y cada semana en una aldea diferente. El servicio de información le dirá dónde ha de ir cada vez. No se puede hacer mucho por una aldea en un solo día, pero el mando desea informar a Washington de nuestros grandes esfuerzos por ayudar a la población."

"Curando sus enfermedades. ganaremos sus corazones y sus mentes." Levanté el tenedor hacia el techo y me coloqué la mano izquierda sobre el corazón. "Y espero que no me maten mientras lo hago". Hice ademán de clavarme el tenedor en el estómado. El capitán Street no le encontró la gracia a mis gestos y yo intenté volver a poner el tenedor en la mesa con la mayor indiferencia posible.

"Si hace un buen trabajo, podremos mantenerle una temporada en Phu Bai."

"No estoy demasiado ansioso por comenzar un período en el campo de batalla. Se acerca la época de los monzones."

"Comience el MEDCAP mañana" El capitán Street se levantó para irse. "Arregle el asunto del transporte con el capitán Ames."

"Sí, señor. Es mi compañero de barracón."

★ ★ ★

A la mañana siguiente nos pusimos en camino hacia una aldea amiga, según los informes. Aunque me parecía una estupidez llevar un pelotón de soldados como protección, había oído tantas historias sobre miembros del Vietcong que se hacían pasar por amigos, que dejé que los infantes bajaran del camión y entraran delante, seguidos por Roland y por mí.

Entre las desperdigadas casas de techo de bambú había unas cien personas, mujeres y niños, contemplando cada uno de nuestros movimientos. Algunos niños se acercaron corriendo a los soldados pidiendo comida

"¿Comida?"

"¿Tú dar comida? Soldado, número uno; vietcong, número 10 ¿Tú querer ñaca-ñaca?"

El sargento al mando de los infantes estaba gritando a sus hombres que mantuviesen la formación. "No deis dulces a esos desvergonzados, porque si no montarán un buen alboroto y el doctor no podrá organizarse. Manteneos alejados de las cabañas y no hagáis proposiciones a las mujeres. Conservad siempre el arma en la mano con el cargador metido, pero con el seguro puesto. No fuméis más que cigarrillos norteamericanos y no forméis grupos."

"Los conductores, permaneced en los vehículos, guardad las llaves en el bolsillo y tened los ojos abiertos, porque de lo contrario estos niños os robarán hasta los calcetines. Pareced tranquillos, confiados y portaos como amigos."

Pensé para mis adentros que, si alguno de los presentes hablaba nuestro idioma, ya no había nada que hacer. habíamos perdido sus mentes y sus corazones.

En toda la aldea no había más que seis vietnamitas varones: cuatro jóvenes con botas y uniforme de faena pertenecientes a las PF (Fuerzas Populares), que eran la fuerza local para la defensa de sus propias aldeas, y dos hombres viejos y barbudos, que estaban sentados frente a una cabaña fumando una pipa a medias. Los PF tomaron el mando y se encargaron de prepararme una zona en la cabaña más grande para que pasara allí

la consulta. Se dirigían a los aldeanos hablando con mucha rapidez y con un tono muy duro, acuciándolos, al parecer, a ir a ver al doctor norteamericano.

En un principio, los vecinos mostraron muy pocas ganas de entrar, pero los más curiosos se pusieron a mirar desde el exterior; otros nos ignoraban, como si ya hubiesen visto aquella escena otras veces. La primera persona que entró fue una chica todo risitas y en avanzado estado de gestación, que deseaba que le hiciera un reconocimiento del bebé. Los dos siguientes fueron dos niños de ocho o nueve años que no estaban muy seguros de porqué habían entrado. Les di la mano, los auscultó dos o tres veces con el estetoscopio y les dije que estaban "número uno".

Los PF trajeron a una niña muy reacia que tenía en las piernas un impétigo muy extendido. Le di dos pastillas de jabón y unos comprimidos de penicilina. Una anciana llegó quejándose de un dolor en la espalda, probablemente por los muchos años de trabajo en los arrozales, y le dije a los enfermeros que le dieran algunas aspirinas.

Entonces se formó una larga hilera de mujeres y niños con todo tipo de dolencias. La mayoría de los síntomas parecían inventados sobre la marcha y con frecuencia eran los mismos que los del inmediato predecesor en la cola. Si parecía que su dolencia no me gustaba, inventaban otra: dolor de cabeza, debilidad, dolores de espalda, dolores en el pecho... Los soldados que iban a consulta médica no tenían el monopolio de ese tipo de dolencias. A cada uno de ellos le dábamos unas pocas aspirinas y pronto dejé de examinar uno a uno según entraban. Muchos de ellos volvían a la cola para entrar una segunda vez.

"Es una gran suerte que haya aquí alguien con gran preparación médica", sonrió Roland con afectación. "Yo no habría podido repartir aspirinas de esa manera. Eres maravilloso, doctor."

"¿Quieres callarte? Yo no he organizado este circo." Retrocedí unos pasos, dejando que el desfile continuara sin mí, y me fumé un cigarrillo con Roland. Cuando el paciente anunciaba su dolencia, yo le sonreía y asentía con la cabeza, señalando luego al enfermero que tenía el gigantesco tarro de aspirinas.

"Estamos a punto de quedarnos sin aspirinas, señor", dijo el enfermero rebuscando en los maletines.

"Dales Darvon, o APC, o Isoniazid."

"O caramelos", dijo Roland.

Los enfermeros registraron minuciosamente en los maletines y comenzaron a entregar pastillas, jabón y vendas sin orden ni concierto. La cola iba aumentando, de todas partes llegaban aldeanos para pasar por la cabaña. A veces, sacaba de la hilera a uno que tosía o tenía alguna infección en la piel, para reconocerlo antes de darle el jabón y las pastillas.

Llegó una niña consumida y pálida; tenía taquicardia y el hígado y el bazo hipertrofiados; debía de haber tenido malaria crónica, leucemia o alguna otra enfermedad potencialmente mortal. Le pedí a su madre que la llevara al hospital provincial, pero ella insistió en que le diera el jabón y las pastillas, sin que pudiera convencerla de otra cosa.

Después de varias horas, nos quedamos sin existencias y comenzamos a cerrar la tienda. Algunas personas se habían enzarzado con los PF en una discusión acalorada, hasta que, por último, uno de los PF se acercó a mí de mala gana para pedirme si podía ir a una de las cabañas a ver a una anciana que estaba demasiado enferma para moverse. Me mostré conforme y comencé a cruzar la aldea seguido por los enfermeros y sus habitantes, quienes se quedaron rezagados cuando nos acercamos a la última cabaña de una fila larga y recta de tejados de paja.

"Espere, doctor, no entre en ninguna de las cabañas." El sargento se aproximaba casi a la carrera. "Puede ser un trampa explosiva."

"Quería entrar a reconocer a una anciana", insistí.

"Podría tener granadas de mano bajo los brazos y estar echada sobre una mina Claymore."

"No lo creo."

El sargento se colocó delante de la puerta para impedirme la entrada: "El Vietcong sacrificaría gustosamente a una vieja por matar a un oficial norteamericano y enseñar a esta gente a no tratar con norteamericanos. Tengo órdenes de conservarlo con vida, señor, y no pretendo hacer otra cosa."

"Entonces entre y asegúrese de que no hay riesgo en que examine a la mujer." Hablé con voz cortante. Los habitantes de la aldea estaban mirándome y yo había prometido ver si podía hacer algo por la mujer.

El sargento guardó silencio durante lo que pareció ser mucho tiempo. Luego se volvió a uno de sus hombres: "Trae una camilla de la ambulancia." Se volvió a mí: "Espero que no muera uno de mis hombres porque usted haya prometido ver a una vieja zorra. Haga el favor de retirarse." Hizo que los PF y los aldeanos se echaran atrás en el momento en que dos hombres llegaban corriendo con una camilla vacía.

Una vieja arrugada y consumida... que tuvo que cerrar los ojos al dejar la cabaña. Probablemente era el primer rayo de sol que había visto desde hacía meses.

"Cachéala toda entera, ponla en la camilla y sácala."

"Sí, señor."

"Y ten cuidado, maldita sea."

"Sí, señor."

"Y actúa con delicadeza, puede que sea verdad."

"Sí, señor."

El primer soldado se echó de bruces y comenzó a arrastrarse lentamente hacia el interior de la cabaña llevando por delante la camilla. Cuando estuvo dentro entró el otro soldado. Se oyó una voz femenina gimiendo con miedo, sorpresa y dolor. El infante debía de haberle agarrado los brazos para hacer una cuidadosa inspección en busca de explosivos antes de que ella pudiera moverse. Pasaron varios minutos en silencio.

"Está enferma de verdad, sargento."

"No hay rastro de explosivos, sargento."

"¿Hay que sacarla?"

"¡Sí!"

Los infantes sacaban la camilla con ligereza, como si estuviera vacía. Apareció una vieja arrugada y consumida, de aspecto enfermizo, que tuvo que cerrar los ojos al dejar la cabaña. Probablemente era el primer rayo de sol que había visto desde hacía meses. Los soldados colocaron la camilla a mis pies y yo me arrodillé junto a ella.

Tenía un pequeño bulto firme y fijo exactamente debajo del tercio interior de la clavícula izquierda. Aunque parecía faltarle el aire, los pulmones estaban relativamente limpios, y había indicios de una grave pérdida de peso. Palpé un bulto duro, del

tamaño de una pelota de béisbol, en la parte inferior del abdomen. Tenía el pelo manchado de vómitos y el olor que despedía delataba incontinencia de orina y de heces.

Uno de los enfermeros se arrodilló a mi lado· "Nos quedan algunas pastillas, señor."

"Esta mujer no necesita pastillas, sino calmantes Tiene un cáncer intestinal en su fase final. A sus convecinos no les impresionaría demasiado el efecto de nuestras pastillas sobre ella."

"¿Podemos hacer algo?"

"Me gustaría meterle un buen lingotazo de morfina por vía intravenosa, pero no podemos hacerlo." Sabía que la anciana estaba sufriendo y que las cosas irían a peor. No resistiría un viaje hasta el hospital provincial y, de todas maneras, era demasiado tarde para cualquier clase de tratamiento.

La anciana sonrió, sacando a la luz unos dientes negros y una lengua agrietada y reseca. Ella sabía que ya estaba casi acabada.

Le apreté la mano y luego me levanté. "Dadle algunas pastillas para el dolor, de cualquier clase." Me acerqué a la familia e intenté explicarles el pronóstico, pero ellos asintieron con la cabeza, sonrieron y señalaron a la caja de las medicinas

"Eso es lo que significa ganar: destruir el lugar..., arrasarlo, defoliarlo..., pavimentarlo para usarlo como zona de aparcamiento en nuestra próxima campaña."

Retrocedí hacia el centro de la aldea. Los infantes estaban relajados. Había remitido la tensión y estaban allí sentados al sol, traficando con los aldeanos y rodeados de niños que se acercaban a jugar, pedir o a gastar bromas. Al final, abrimos una caja de dulces, los repartimos entre los niños y nos fuimos en medio de saludos con las manos, movimientos de cabeza, sonrisas y adioses.

Roland y yo pasamos un largo rato sin hablar, hasta que al fin rompí el silencio: "Ha sido una pérdida de tiempo. No he encontrado un problema importante que pudiera resolver, ni tenía los medios ni las medicinas para abordar los verdaderos problemas médicos."

"La mayor parte de las pastillas las venderán, incluso al Vietcong, o las envolverán en un paño y las conservarán eternamente", dijo Roland.

"O se las tomarán de golpe y se pondrán enfermos", dije moviendo la cabeza.

Roland encendió un cigarrillo: "Esa gente no va a entregarnos su mente y su corazón porque vayamos a verlos bien escoltados y les distribuyamos pastillas, dulces y jabón. Lo único que hacemos es entretenerlos un rato."

"Y alimentar nuestro complejo de superioridad", añadí.

"E incrementar los ingresos de algunas de las mujeres", dijo Roland con una sonrisa maliciosa. "Han sacado a los soldados 500 piastras por polvo."

"No me he enterado", comenté, francamente sorprendido.

"Ha habido mucho ajetreo en una de las cabañas, con dos clientes a la vez Hemos estado tanto tiempo, que algunos repitieron."

"Por lo menos no han violado a nadie."

"Únicamente porque las mujeres aceptaron hacerlo por dinero y porque en esta ocasión hemos tenido a un sargento muy estricto", replicó Ronald con conocimiento de causa.

"Los muchachos que nos han acompañado hoy no habrían violado a ninguna, no lo creo."

"Eso es simplemente porque llevan ya una temporada en la retaguardia. Se acuestan con las mujeres de las aldeas, duermen lo suficiente y no han visto a un vietnamita matar a un compañero desde hace algún tiempo. Pon a esos mismos tipos en la jungla durante un tiempo, haz que estén realmente asustados, faltos de sueño, y deja que algunos sucesos les quiten parte de su miedo a odiar. Dales un sargento que haya visto morir a demasiados de sus hombres en trampas explosivas o por exceso de confianza y que consideren a los vietnamitas estúpidos, sucios y débiles porque no son como él. Añade un poco de presión por parte del grupo y esos encantadores muchachos que nos han acompañado hoy se pondrán a violar como verdaderos campeones Matar, violar y robar se llama el juego."

Roland iba excitándose. Encendió otro cigarrillo y continuó·

"Y otra cosa, antes de que se me olvide. No se puede decir que hoy no se obligara a esas mujeres a joder. Ellas han hecho más dinero en un día que el que hacen sus maridos como soldados en dos meses. Eso si sus maridos están vivos todavía o no han huido. Y sus hijos tienen hambre."

"Y sus hijos hambrientos estarían allí mirando, seguramente", dije uniéndome a él

"Y puede que esas mujeres recuerden cómo miraban a sus madres cuando lo hacían con los franceses. los japoneses o los chinos. Por eso fue por lo que esa vieja zorra te sonrió. Estaba contenta de que fuera el último hijo de puta extranjero que iba a intentar ganarse su mente y su corazón. Ella ha conseguido reírse de todos nosotros y va a morir conservando su mente y su corazón."

"Sin embargo, podríamos intentar ayudarlos, mientras estemos aquí."

Roland volvió a interrumpirme. "Podemos ayudarlos, en primer lugar y sobre todo, no estando aquí. Quiero decir, ¿qué clase de guerra es ésta? Tienes que convencer a la gente por la que estás luchando de que deben apreciarte. Tienes que montar unos números ridículos para convencerlos de que nos gustan, cuando es evidente que no es verdad. Tienes que cachear a una anciana antes de hacerle el reconocimiento Y no puedes confiar en un soldado vietnamita después de haber pasado años con él luchando codo a codo. Si ésta es la guerra mejor que se nos ofrece, yo sencillamente la olvidaría cuanto antes y esperaría a otra mejor."

"Yo no he montado la guerra, simplemente intentaba ayudar a . "

"¡Ayudar! ¡Mierda! El doctor Albert Schweitzer-Parrish llega a una aldea seguido por una cuadrilla de compatriotas respetuosos. Se mezcla con sus habitantes hablando su idioma, tocándolos, curándolos. Consuela a los moribundos y calma a los neuróticos. Da consejos a los dirigentes y juega con los niños."

"Y mientras tanto ellos están pensando cuándo ese doctor Albert Schweitzer-Parrish se irá al diablo y los dejará en paz." Coloqué las manos delante de mí y comencé a mover la cabeza haciendo reverencias.

"Y se lleva con él a esa cuadrilla de indeseables en traje de faena, groseros y pudientes", añadió Roland.

"¡Ah. las mentes y corazones que nos hemos ganado hoy!", exclamé poniendo la mano en el corazón. "Eso le hace a uno sentirse bien "

Avanzamos unos pocos minutos en silencio. El aire que azotaba el jeep descubierto era cálido y seco.

"¿Dónde estaban los hombres de la aldea?", pregunté.

"Muertos, huidos, haciendo de soldados o simplemente escondidos. No quieren tus puñeteras pastillas."

Estuve meditando un momento. "Ellos simplemente desean cultivar su arroz, joder con sus esposas, criar a sus hijos, comer, dormir y vivir en paz."

"Eso no es pedir la luna, ¿eh, John?"

"No, pero no vamos a permitírselo. El campesino debe luchar, debe aprender a preocuparse de política y de Saigón, los Estados Unidos y el Vietcong. Tenemos que obligarle a que participe. ¡Es asqueroso!

"Hay que enseñarle a ganar la guerra", añadió Roland sarcásticamente.

"Signifique lo que signifique. Ganar significa matar a sus vecinos." Me puse las gafas de sol.

"Para esta gente ganar significa permanecer aparte de este lío, significa ser amable con los norteamericanos, con el Vietcong, con los norvietnamitas, con el que esté en cada momento en la aldea."

Roland volvía a excitarse. "Nosotros somos los que les metemos esa gran idea de ganar y no sabemos qué coño significa. Tiene algo que ver con recuento de cadáveres, reparto de pastillas y pagar un precio alto por una follada. Tiene algo que ver con establecer firmemente un 'gobierno no comunista' en Saigón, sin que importe lo poco representativo que pueda ser."

"Aunque para ello tengamos que arrasar el país", añadí.

"Eso es lo que significa ganar: destruir el lugar completamente; arrasarlo, defoliarlo, matar a los nativos, pavimentarlo para usarlo como zona de aparcamiento en nuestra próxima campaña."

Levanté la cantimplora: "Luego Camboya, después Laos, Tailandia. . ¡Después el mundo!"

"Matar a los hombres, convertir a los niños en mendigos, a las mujeres en putas". Roland se unió al brindis.

"Estamos aquí para ganar a toda costa."

"Proamericano y anticomunista, o ¡a volar por los aires!", estaba gritando Roland.

Al coger la carretera Uno tuvimos que disminuir la marcha, adaptándola a la de la fila de vehículos que circulaba por ella. Yo iba sentado detrás, sobre la rueda de repuesto del jeep, como si fuera el héroe de un desfile. Hacía un brindis por cada vehículo que pasaba y saludaba con la mano a los civiles que encontrábamos al borde de la carretera. Las risas de Roland me animaron a recitar poemas a las masas.

"Mary tenía un corderillo
y lo alimentaba con Seconal.
En vez de darle bazofia,
mátalo."

"¡Más, más!", gritaba Roland. "¡Ja. ja, ja!"

"Rayos y truenos, muerte y saqueo,
diez largos años rasgándolo en dos
Tapa un error con otro error.
¡Mata a un vietcong!"

Nos detuvimos en un puente, esperando la señal de un infante que dirigía el tráfico. Estaba dando paso a un convoy de tropas

KEYSTONE

ARRIBA: *Las bombas y las balas no discriminaban, y tampoco los médicos. Amigo o enemigo, soldado o civil, el código moral del médico es igual para todos.*

que venía de otra dirección, y cuando los camiones desfilaban ante nosotros levanté ambas manos al aire y les grité:

"Mira cómo chillan,
mira cómo gritan,
usa el M16
Mira cómo se menean,
mira cómo mueren,
eres un buen soldado."

"Es magnífico", chilló Roland. "¡Más, más!". Estaba haciendo el signo de la victoria con ambas manos.

"Mira cómo piden los niños", grité.

"Mira cómo se venden las mujeres", añadió Roland.

"Mira cómo se avergüenzan los hombres "

"Haz que pidan más", rió Roland

"Haz que pidan más", repetí.

"Aceptad el amor. la comprensión y la democracia u os lo metemos a golpes en esas malditas cabezas." Roland iba serpenteando por la carretera en dirección al recinto hospitalario.

Cuando llegamos a Phu Bai. fuimos al barracón y encontramos allí a nuestros compañeros jugando a cartas.

"¿Cómo fue?", preguntó Myron

"Bueno, una cosa se puede decir y es que me llevó casi todo el día."

"¿Y eso, qué?"

"Eso significa que me queda un día menos. Un día menos para volver."

"Bien pensado "

Estaba riéndome entre dientes: "Matar, violar y robar es como se llama el juego. . y lo ganas si no te vuelves loco."

ARRIBA: *Un poco de turismo representaba una tregua en el combate bien recibida, pero la cruda realidad de la guerra nunca quedaba muy lejos* (DERECHA).

Capítulo 2

MEDICO VOLANTE

CAPÍTULO 2 MÉDICO VOLANTE

"Bajas en masa· veinte en camilla, treinta a pie, ocho muertos." El sanitario corría por entre los barracones de los médicos gritando: "Bajas en masa "

Los médicos cogieron el gorro y la camisa, e iban abotonándose mientras corrían a "Selección". Las cifras se habían elevado a 30, 42 y 10 en el momento en que el primer helicóptero descargaba, y había un segundo esperando para aterrizar.

"Un avión de Da Nang dentro de cuatro minutos. Doce, dieciocho y seis."

Durante las dos horas siguientes, "Selección" registró una actividad frenética y las salas de operaciones iban a estar atarcadas el resto del día.

Sobre las 3 de la tarde hubo una llamada por el teléfono que había en la pared. Era del Registro de Cadáveres.

"Doctor Parrish. estábamos lavando los cadáveres y uno de ellos ha gemido. No sé el tiempo que llevaba allí; le faltan las dos piernas y un brazo y está lleno de agujeros, pero gemía de verdad, yo lo he oído. Ahora lo están llevando a "Selección".

Cuatro infantes aparecieron por la esquina muy nerviosos, llevando una camilla y su ligera carga. Como me habían informado, el soldado había perdido ambas piernas, una a la altura de la rodilla, la otra a medio muslo, y le faltaba un brazo desde debajo del hombro; tenía diversas heridas penetrantes en el pecho y abdomen que ya no sangraban; la piel estaba pálida y no tenía pulso femoral o carótido palpables. Le puse la mano sobre el pecho y, al cabo de uno o dos segundos, sentí un latido..., luego otro. ., después un par de ellos. Tenía las pupilas muy dilatadas, pero reaccionaban lentamente a la luz.

> "Si este muchacho quiere morir más tarde, es cosa suya. Si tú quieres jugar a Dios, es cosa tuya. Pero en este momento yo tengo el mando..."

"No os quedéis mirando: ponedle torniquetes en las piernas y el brazo y traedme una intravenosa." En el tiempo que me llevó ponerle una sonda abdominal, comprobar los torniquetes e inclinar la camilla con la cabecera hacia abajo, habían determinado el grupo sanguíneo y la compatibilidad, y estaba preparada la sangre para su administración. Una vez que le hubieron metido dos unidades de sangre, el infante comenzó a despertar.

"¿Que tienes ahí, John, un mutilado total?" Bill estaba ese día al cargo de "Selección" y pasaba examinando cada camilla.

"Sí, está todavía entre nosotros... después de un viajecito al Registro."

"Las salas de operaciones están sobrecargadas hoy", dijo Bill mirando una lista que había hecho en un trozo de cartón.

"Tiene que ir al quirófano ahora, Bill."

Bill miró al soldado, miró la lista, me miró a mí, miró el reloj y luego volvió a mirarme: "¿Tú me ayudas?"

"Sí."

"Tengo que acabar de comprobar las camillas. Búscame otro cirujano general, un ortopeda y otro GMO (oficial médico), y nos reunimos en el quirófano dentro de cinco minutos. Que preparen ocho unidades más de su sangre. Diles a los anestesistas que dejen lo que estén haciendo y duerman a este chico... dulcemente."

Cuando entrábamos en la sala de operaciones se le bombearon la tercera y la cuarta unidades de sangre. Bill y yo le operábamos en el abdomen, mientras los otros desbridaban y reamputaban las extremidades. Tuvimos que sacrificar un riñón e intentar salvar el otro, casi a la desesperada. Cuatro horas más tarde aquel tronco tenía muchas más sondas que extremidades.

"Quizá no deberíamos haber gastado un tiempo tan precioso con este tipo. Está destinado a la silla de ruedas y tiene pocas posibilidades de sobrevivir", dijo uno de los ortopedas, que sabía bien que aún quedaban horas y horas de operaciones para esa noche.

Hasta entonces Bill había operado en silencio. "Si este muchacho quiere morir más tarde, es cosa suya. Si tú quieres jugar a Dios, es cosa tuya. Pero en este momento yo tengo el mando y vamos a cuatriplicar nuestros esfuerzos con el chico. John, acércate, voy a instalar otra sonda."

Una vez colocada la sonda, trasladamos el tronco con su maraña de tubos a la zona de recuperación, donde le encomendamos a un médico general una atención especial durante toda la noche. Fui a la zona de desbridamiento. donde estuve haciendo cirugía menor y vendando heridas hasta las 2 de la madrugada aproximadamente, en que me arrastré hasta la cama. Roland, Myron y Prince llevaban mucho tiempo dormidos, pero la cama de Bill estaba vacía. Evidentemente aún seguía operando. Si alguna vez me daban un tiro, esperaba que el cirujano al mando fuera Bill. Algún día se lo diría. El sueño interrumpió mis pensamientos.

A la mañana siguiente el catre de Bill seguía vacío. Miré el reloj: demasiado tarde para desayunar y para conseguir un lugar en las letrinas. Me encaminé al Registro y después a la sala de recuperación.

Encontré a Bill examinando al infante que había vuelto del Registro el día anterior. "Hace un rato me ha hablado. Tiene todavía la tensión muy baja y ha recibido dieciséis unidades de sangre en total; no ha meado ni una sola gota." Bill parecía muy cansado; se volvió para irse.

"Duerme un rato, héroe", le dije. No me contestó ni volvió la vista hacia mí.

Un reconocimiento cuidadoso del muchacho demostró que el resumen de Bill era perfectamente ajustado La tarjeta de identidad nos proporcionó otros datos importantes: se llamaba Steve Rubenstein, era soldado de primera y tenía 19 años.

Cuando le estaban volviendo de lado para poder colocarle el estetoscopio en la espalda, abrió los ojos y se quejó pronunciando una serie inconexa de blasfemias poco claras.

"¡Rubenstein! ¡Steve Rubenstein! ¿Me oyes?"

Volvió a abrir los ojos: "Sí." Levantó la cabeza durante un segundo y luego la dejó caer hacia atrás. "¿Dónde estoy? ¿Me estoy muriendo?"

"Estás bien, compañero."

"Ayúdame." Se le cerraron los ojos, aún no sabía que había perdido tres extremidades.

A lo largo del día volví a menudo a la sala de recuperación para vigilar los líquidos y ayudar a los enfermeros con las sondas de drenaje y la cura de las heridas. A media tarde volvió a estar despierto varios minutos, pero no reaccionó a la falta de piernas, sino que únicamente parecía preocupado por el dolor y la muerte. Gruñía, gemía. maldecía, pedía ayuda e intentaba inútilmente moverse. Bill volvió más avanzada la tarde.

"¿Qué ha hecho?"

"Ha estado despierto. El cerebro funciona un poco, pero no orina."

"¡No orina!" Bill estaba enojado.

"Ni una gota. Si no mea pronto, tendremos que darle por muerto por insuficiencia renal."

"Ni hablar. Le evacuaremos al barco-hospital y le pondremos en el riñón artificial, para hacerle hemodiálisis. Conserva un riñon que puede volver a funcionar más tarde. Dile al oficial en jefe que pida un helicóptero por radio."

El radiorreceptor comunicó al fin con el barco-hospital: el riñón artificial no funcionaba y la unidad de hemodiálisis más próxima estaba en Saigón. No había programado ningún vuelo de avión hacia el sur hasta las ocho del día siguiente.

"Necesito un vuelo directo a Saigón, un avión, ahora mismo." Bill hablaba como si realmente pudiera conseguirlo.

En el búnquer de comunicaciones, el oficial en jefe habló con los aeropuertos de Phu Bai, Saigón y Da Nang y todos le daban la misma respuesta: comprobarían con control de vuelo y nos lo comunicarían.

Saigón y Da Nang contestaron diciendo que no podían enviar ningún aparato aquella noche. Bill esperaba dando nerviosos paseos. Llamaron de la pista de aterrizaje de Phu Bai.

"Hemos conseguido un aparato, un C-130, pero no hay tripulación hasta mañana por la mañana. Seguiremos intentando."

"¿Son las cuatro y media, no?" Bill miró el reloj. "Vamos a tomar una cerveza. No hemos estado en el club 'O' de la fuerza aérea desde hace mucho tiempo. Vamos allá." Bill intentaba no sonreír.

"Viejo zorro. Será mejor que vaya contigo para que no te metas en un lío." Bill iba a reclutar su propia tripulación.

Cuando llegamos a la base aérea, el club estaba llenándose. Bill se acercó a la barra, dio tres golpes y comenzó su discurso.

"Soy el doctor Bond de la Compañía Médica A. Necesito urgentemente una tripulación para un C-130, para hacer una evacuación a Saigón."

"Llama a evacuación, a control de vuelo por radio Ellos te lo arreglarán si es posible. Nosotros no somos del grupo de evacuación." Era un fornido comandante de pelo rubio el que había hablado tan francamente.

"Evacuación no dispone de tripulación en este momento, no pueden enviar un aeroplano hasta mañana", insistió Bill

"Usa un helicóptero Ve al buque-hospital."

ABAJO: *Con la cara retorcida de dolor, un soldado survietnamita es trasladado cuidadosamente a una camilla Las condiciones podían ser rudimentarias, pero el tratamiento era de primer orden.*

REX FEATURES

J. HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *A menudo no había tiempo de evacuar a los heridos, por lo que la atención médica inmediata era lo único que podía librar al soldado de un alojamiento en un saco para cadáveres*

"Ha de ser Saigón, porque necesitamos un riñón artificial, y tiene que ser esta noche y por avión." Bill sabía exactamente lo que necesitaba.

"Será mejor que hables con el oficial al mando. Dudo que pueda prescindir de alguno, y odia que hagamos vuelos nocturnos."

"Mirad, tíos." Bill estaba suplicando. "Se trata de un infante, un mutilado total sin piernas ni brazos, que sólo tiene una oportunidad de seguir vivo, y esa oportunidad es un viaje a Saigón, ahora mismo. Hemos conseguido un aeroplano, pero nos falta la tripulación."

"Aquí tienes a un operador de radio cojonudo", dijo un teniente segundo adelantándose y señalándose a sí mismo.

"Y uno de los mejores pilotos del Primer Cuerpo de Ejército." Otro hombre dejó la cerveza y se presentó.

Un coronel de aviación giró en la banqueta de la barra y se incorporó. El local enmudeció. El coronel se nos acercó a Bill y a mí y nos miró fijamente durante un minuto; después se volvió al piloto voluntario.

"Tú no vas a pilotar ningún puñetero C-130 hacia Saigón esta noche..."

"Sí, señor."

"Tú no vas a pilotar ningún puñetero C-130 hacia ninguna parte esta noche."

"Sí, señor."

"Tú vas a copilotar..."

"¿Señor?"

"Yo voy a llevarlo, yo llevaré ese pájaro a Saigón. Consígueme una tripulación, sin carga ni autoestopistas, únicamente el soldado y los médicos. Dile al jefe que volveré mañana."

"Sí, señor."

"Bueno", dijo el coronel. "¡En marcha!"

Me volví a Bill. "Y aquí tienes a un médico cojonudo para ir con ellos."

El coronel me puso un dedo en el pecho: "Usted manténgalo con vida, doctor, y yo le llevaré a Saigón."

★ ★ ★

Aeropuerto de Ton Son Nhut, el más concurrido del mundo: aviones comerciales internacionales, transportes de tropas, helicópteros de todas clases y tamaños, aviones de caza llegando o partiendo ruidosamente con sus posquemadores. Quilómetros de pistas, camiones, hombres de negocios, militares, civiles, los ejecutivos de la guerra. Los cuadros de mando de la burocracia. Agitación, profesionalismo, grandes negocios. Ajetreo.

Nos esperaba una ambulancia en la que cruzamos Saigón en dirección al gran hospital militar. Las calles estaban atestadas de motocicletas, bicicletas, coches, vehículos militares, taxis de pedales y autobuses. Había carteles en inglés, francés y vietnamita. La gente corría de un lado a otro, con aire ocupado.

La ambulancia entró marcha atrás por la puerta de urgencias. La sala de urgencias era moderna y bien equipada, y estaba limpia y vacía. Un infante de Marina sin miembros y un médico con botas y traje de faena atrajeron inmediatamente a un grupo de sanitarios: los médicos llevaban camisas caqui de cuello abierto y las enfermeras iban de blanco como enfermeras de verdad.

Estar en traje de faena verde, sucio y maloliente, en medio de aquella eficiencia caqui, limpia y callada, hizo que me sintiera incómodo y rudo. Por primera vez me daba cuenta de lo que había cambiado desde los días en que trabajaba en la sala de urgencias del hospital de la Universidad. Mi mundo había cambiado considerablemente y poco a poco había ido transformándome. En medio de aquella blancura resplandeciente, me sentía vulgar y sacrílego, mi propia presencia me parecía una falta de educación.

Eran las diez de la noche y el cansancio me hacía olvidar que la última comida la había hecho al mediodía. Fui al club "O", pedí una lata de cerveza y me senté en un rincón.

Un niño de tres años meaba contra una pared mientras su hermana de ocho años me tiraba de la bragueta. "Chupa, chupa, 200 piastras."

Más tarde, la realidad comenzó a abrirse camino hacia el centro de atención: Estaba en un lugar relativamente seguro y no iban a llamarme en toda la noche para atender heridos. Podía pasar doce o más horas sin ver morir a nadie. Los brazos no iban a servirme para insertar sondas, cortar miembros y actuar sobre carne destrozada. Esta noche no tendría restos de sesos en las uñas de los dedos; mis ojos no iban a presenciar ningún horror y mis oídos no oirían llantos, gemidos, gruñidos ni quejidos. Por primera vez desde hacía más de dos meses mi cerebro no tenía que decidir si salvar o no un miembro, por una noche mi corazón no estaba disponible para quedar roto.

En vez de ir a celebrarlo, apenas podía mantener los ojos abiertos. En la gramola sonaba un viejo rock. Otra cerveza se posó de un golpe delante de mí. Alcé los ojos con dificultad para ver que era la mano del comandante del hospital la que agarraba la lata.

"Convida la casa", dijo.

"Gracias."

Después de terminar la cerveza, dejé el club para ir a ver a Steve Rubenstein. Lo habían colocado en una unidad de cuidados intensivos y le habían añadido una nueva sonda al conjunto. Estaba inconsciente, mientras otra unidad de sangre penetraba en su único brazo.

El respirador funcionaba con varios ciclos de una regularidad hipnotizante, la sangre goteaba lentamente por el tubo intravenoso; la bolsa de la orina contenía unos 50 cc de un líquido rojo pardusco. No había nadie cuidándolo, porque acababan de llegar varios quemados graves provenientes de Ton Son Nhut, donde un caza Phantom había chocado accidentalmente con un C-130.

Una enfermera me vio mirando al soldado sin piernas y se acercó a la cama.

"¿Cómo va? ¿Le han hecho la hemodiálisis?", cogí sus gráficas y comencé a recorrerlas con el dedo.

"No. Su actividad renal no era demasido mala..."

"Tiene mal aspecto."

¿Desea que le avisen si muere?"

"No."

A la mañana siguiente, fue la intimidad y comodidad de un verdadero váter con cisterna en un cuarto de baño interior lo que me decidió a quedarme un día más en Saigón. Steve Rubenstein seguía sin cambios. Dejé una nota para el sanitario y decidí dar una vuelta por Saigón a pie.

El centinela de la puerta me detuvo: "¿Tiene un vehículo, señor?" No es buena idea caminar solo por la calle."

"No hay problema, soy huésped de este país", dije y crucé la puerta rápidamente mientras el centinela ponía cara de desconcierto.

Un norteamericano puede comprar cigarrillos norteamericanos, una cocacola, cerveza norteamericana, incluso un perrito caliente. Le ofrecen revistas, fotos pornográficas y baratijas, y, si se queda en un sitio el tiempo suficiente, llegarán a ofrecerle un transistor o un televisor recién traídos del mercado negro.

Un hombre estuvo hablándome durante diez minutos. En cuanto le pareció garantizado que yo era "seguro", intentó venderme un arma, china, norteamericana, hasta francesa. Cuando vio claro que no me interesaba el género, me ofreció a su hija.

Todo el mundo tiene una amiga, hermana, madre o hija que desea "ñaca-ñaca" con un soldado norteamericano. En la calle principal se te echan encima; cerca de bares y hoteles no te dejan tranquilo; y en las calles secundarias te ignoran. Un niño de tres años meaba contra una pared mientras su hermana de ocho años me tiraba de la bragueta. "Chupa, chupa, 200 piastras."

Sin embargo, era molesto que hubiera una guerra. Siempre se oían historias de campesinos asesinados...

Entré en una casa de comidas y me senté a una mesa de mármol. Los vietnamitas que trabajaban en el negocio y los clientes vietnamitas iban vestidos elegantemente con ropa occidental. Les estudié mientras pedía una ensalada, una hamburguesa y granizado de café. La guerra estaba muy lejos y, sin embargo, era molesto que hubiera una guerra. Siempre se oían historias de campesinos asesinados, aunque, ya se sabe, los campesinos siempre están quejándose: de la tierra, de la guerra o de lo que sea; y el país está lleno de ellos. Los norteamericanos también se quejan a veces de la guerra, pero no dejan de venir con los bolsillos repletos de dinero. Por la noche las bengalas iluminan los límites exteriores de la ciudad y las bombas y cañones eclipsan a veces los ruidos nocturnos de la capital, pero la guerra mantiene los negocios en alza, a los campesinos en baja, y mantiene estable el gobierno de Saigón, o por lo menos disminuye el número de golpes de Estado.

Steve Rubenstein murió durante la noche. Estaba tan muerto como si se hubiera quedado en el Registro dos días antes. Sus familiares lo sabrían por un telegrama que les llegaría en algún momento de los próximos dos días, pero no sabrían el endiablado intento que se había hecho por salvarlo; no sabrían que a un médico de la Marina se le partió el corazón cuando murió; ni siquiera comprenderían por qué había muerto.

Tampoco yo.

★ ★ ★

CAPITULO 2 MÉDICO VOLANTE

En uno de mis viajes a Hue visité el hospital provincial vietnamita. Era el mejor centro civil de asistencia médica disponible, pero no era bueno.

Dos o más pacientes compartían cada cama en salas atestadas pero desnudas. Los familiares vivían en las salas con los pacientes y hacían la comida en el suelo, entre las camas. Algunos de los pacientes más viejos orinaban o escupían en el suelo y muchos niños iban sin ropa. El aplastante calor hacía sus efectos sobre los pacientes sin lavar y los desperdicios, de manera que el aire sólo parecía apto para las moscas que zumbaban por la sala, cuyo vuelo únicamente era estorbado por el lento y apático abaniqueo de los familiares más activos. Pequeños grupos de hombres y mujeres estaban sentados en un rincón, turnándose para beber una sopa de arroz aguada de una taza de lata roñosa y para alimentar a sus consumidos hijos.

Visité también un hospital de tuberculosos dirigido por un pequeño grupo de monjas católicas vietnamitas. En contraste con el hospital provincial, las salas estaban impolutas. El suelo de losas estaba limpio y encerado, los pasillos y paredes brillaban de limpieza. Las salas, espaciosas y grandes, tenían camas limpias y aseadas, y en cada una de ellas había un solo paciente con ropa de cama limpia. Los familiares que venían a visitarlos permanecían al pie de las camas en silencio. El olor era el habitual olor a desinfección de los hospitales. Pero allí no había enfermeras, médicos, enfermeros, doncellas ni técnicos de laboratorio.

Después de una conversación con el cirujano de división, ofrecí mis servicios a las monjas para actuar como el médico del hospital y ellas me quedaron extremadamente agradecidas, porque atendían a 200 pacientes por sí solas, con los conocimientos que sacaban de consultas a médicos, de libros de texto y de los propios errores, y con medicamentos franceses y vietnamitas suministrados por la Iglesia. No había médico que dirigiera el cuidado de los pacientes en el gran hospital, aunque un edificio adyacente ocupado por 10 o 12 pacientes adinerados con carácter privado era visitado regularmente por un doctor vietnamita.

La mayoría de los pacientes eran civiles y llevaban algún tiempo enfermos antes de buscar ayuda. Todos eran pobres y no pagaban por los cuidados que recibían.

Pasaba dos o tres mañanas a la semana en el hospital de tuberculosos de Hue. Una de las monjas, María, era enfermera diplomada y hablaba un poco de inglés. llegó a ser mi enfermera, primer ayudante, intérprete y amiga. Ella se aseguraba de tenerme completamente ocupado

Traté tuberculosis de todo tipo, benignas y malignas. Las hermanas hacían preguntas sobre cada decisión que yo tomaba, como alumnas aplicadas, y aprendían con rapidez. Era impresionante la base de sus conocimientos, y su ansia por aprender y trabajar habría avergonzado a un estudiante de medicina de Harvard. La cooperación del enfermo era algunas veces mínima y a menudo algunos de ellos se iban o rehusaban tomar las medicinas. La única disciplina que había, provenía más del respeto a las hermanas, o del miedo, que de algún tipo de comprensión o interés por su enfermedad. Los familiares que venían de visita y las hermanas no se andaban con disimulos.

La mayoría de los pacientes eran civiles y llevaban algún tiempo enfermos antes de buscar ayuda. Todos eran pobres y no pagaban por los cuidados que recibían. Uno de los pacientes tuvo la osadía de reconocer ante mí que era vietcong, pero, por alguna razón, no lo tomé en consideración.

Me sentía como una especie de médico misionero. Aquellas personas me necesitaban de verdad. Además el trabajo hacía que pasara el tiempo y me distanciaba de la afluencia constante de heridos que comenzaba a desgastarme emocionalmente.

Para ser completamente práctico —y no hay nada como una prueba de supervivencia personal de un año para hacerse completamente práctico—, el trabajo de Hue hacía preciso que yo permaneciera en Phu Bai y no fuera a la zona de combate. El trabajo en el hospital de tuberculosos, la consulta a enfermos vietnamitas, el MEDCAP, las clases de lengua, la sección de medicina interna, el estudio de radiografías y ser un buen ayudante cirujano eran elementos de mi plan de hacerme imprescindible para la Compañía Médica A en Phu Bai. Una importancia creada por mí mismo y algunos trucos para conservar la salud mental formaban parte de mi plan de supervivencia. Y cada vez cumplía mejor ambos objetivos.

★ ★ ★

Todos los días al mediodía un sanitario distribuida el correo por los barracones dejándolo en el estante particular de cada uno Eso planteaba una disyuntiva: ir a ver el correo nada más volver de Hue o ir primero al comedor.

Un día decidí ir primero a por el correo. En el momento en que llegaba a la puerta del barracón me llamó un enfermero:

IZQUIERDA: *Este hombre ha perdido ambas piernas, pero ha salvado la vida. Del 1.500.000 víctimas civiles causadas por la guerra, unas 500.000 fueron atendidas en hospitales militares estadounidenses.*

"Doctor Parrish, necesitamos ayuda en 'Selección'. Un transporte de tropas chocó con una mina de tierra en la carretera de Hue."

Miré en el estante: un paquete y dos postales. Me di la vuelta y corrí a "Selección".

Antes de llegar vi a un comandante de Infantería de Marina arrodillado en el suelo y con el hombro apoyado contra una pared de sacos de arena. Todavía llevaba puesto el chaleco antibalas, pero el casco estaba en el suelo, dejando al descubierto un rostro bronceado y un pelo grisáceo y enmarañado. Estaba dirigiendo al suelo un colérico chorro de blasfemias al tiempo que golpeaba rítmicamente los sacos con el puño derecho

Cuando me arrodillé a su lado, no pareció verme, pero dejó de maldecir y las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas. Tenía los nudillos de la mano derecha en carne viva y sangrantes, pero seguía aporreando los sacos y mirando fijamente al suelo

No pasó mucho tiempo antes de que me enterara de la razón de su llanto: en "Selección" reinaba el caos.

Un segundo transporte de tropas había traído a todos los muertos y heridos en un montón, sin que a estos últimos se les hubiera hecho ningún entablillamiento, vendaje de urgencia o primeros auxilios. El camión se hallaba ante la puerta de "Selección" y los médicos y sanitarios estaban subidos en la parte trasera del vehículo recogiendo los cuerpos y bajándolos a las camillas. Al mismo tiempo llegaba otra hilera de camillas por la otra puerta proveniente de un avión que acababa de llegar de Da Nang.

Subí a la caja del vehículo por un lateral, descendí por el pasamanos y me encontré entre un montón de carne sanguinolenta. Un soldado con una gran herida en el cuello intentó ponerse en pie y dar un paso hacia mí: se desplomó en mis brazos y los dos caímos en medio del montón. Bajo nosotros sonaron gritos de dolor, y cuando apoyé la mano detrás de mí para levantarle, la coloqué dentro de un agujero lleno de heces formado por el desgarro del recto y la pelvis de uno de los caídos.

El infante que estaba a mi lado vomitó sangre y comenzó a aspirar. Intenté desesperadamente ponerlo boca abajo para que pudiera respirar. Tiré de la pierna que me impedía darle la vuelta y me di cuenta que era una pierna suelta que no estaba unida a ningún cuerpo. El infante que había vomitado dejó de respirar. Comencé a darle golpes en el pecho hasta que vi que tenía masa encefálica mezclada con su pelo negro.

Al fin los tuvimos a todos en "Selección", donde pasé las seis horas siguiente prestando primeros auxilios y desbridando heridas. Luego fui a ayudar a Bill en el quirófano y allí pasamos tres horas remendando los intestinos de un gran sargento negro.

Cuando abandonamos la sala de operaciones era casi medianoche y estaba completamente agotado. Me dolían hasta los globos de los ojos y olía como un camión de soldados muertos. Caminábamos bajo las desnudas bombillas de la sala de "Selección" cuando llegó un jeep y descargó a un infante que había perdido el pie izquierdo y a otro con el cuello rígido y dolor de cabeza

Bill detuvo la hemorragia del muñón del primer muchacho y le puso una intravenosa. Se acercó adonde estaba yo ocupándome del otro.

"¿Qué le pasa?", dijo.

"Creo que es meningitis. Tiene el cuello rígido como una tabla y está ardiendo."

"Bueno, eso es cosa tuya. Ocúpate de él, llama a un ortopeda para la pierna, yo me voy a la cama." Bill se dio la vuelta y salió lentamente de la sala frotándose la parte trasera del cuello y mirando al suelo

"El Grupo de Mujeres Orantes envía estas tarjetas para recordar a los miembros de nuestra Iglesia en el extranjero que Dios es Amor. Hágase su voluntad. Esta noche rezamos por ti."

Me senté en el banco viendo al sanitario desnudar al chico de la meningitis. "Dame una aguja para la columna y prepara una intravenosa. Despierta al técnico de laboratorio y tráeme una taza de café." No creía tener energía para volver a levantarme.

Acabé de atender al chico de la meningitis a la 1 de la noche y regresé a paso lento a mi barracón, pensando en el paquete y las dos postales. Estaba demasiado cansado y deprimido para tener hambre. Todos mis compañeros dormían.

Cogí una postal.

"El Grupo de Mujeres del Primer Bautismo rezamos por ti. Que Dios sea contigo y te devuelva al hogar sano y salvo."

Firmaba alguien de quien nunca había oído hablar.

La tiré al escritorio y cogí la otra.

"El Grupo de Mujeres Orantes envía estas tarjetas para recordar a los miembros de nuestra Iglesia en el extranjero que Dios es Amor. Hágase su voluntad. Esta noche rezamos por ti."

Tiré la tarjeta postal al suelo y abrí el paquete rompiendo el envoltorio.

Dentro había 30 cartas escritas a mano por niños de una clase de tercer grado de Winter Park, Florida. Arrojé la gorra al escritorio, me senté en el lateral de la cama y, aguantándome la frente con una mano, comencé a leer las cartas.

"Me da pena que estés en una guerra. ¿Has matado a alguien?"

"Espero que vuelvas a casa en Navidad."

"¿Hay niños en Vietnam? ¿Les hace daño la guerra? ¿Tienen miedo?

"¿Me mandarás una foto tuya con el fusil? ¿Eres un buen tirador?"

"Espero que tu guerra sea corta. Acabo de tener un hermanito."

"Espero que seas un buen soldado. El maestro dice que eres valiente."

"Me llamo Sally y dibujo muy bien. Te mando un dibujo donde estás tú con un comunista muerto."

"El novio de mi hermana es soldado. ¿Conoces a Eddie Kullen?"

"Espero que la guerra acabe pronto para que puedas regresar. Podrás ver el carnaval de la escuela."

"He visto tu guerra en la tele. Había montones de helicópteros. Y vi a un hombre herido."

"Espero que regreses. Me llamo Roberta. Te dejo montar en mi caballito."

"Ojalá la guerra no fuera tan lejos para que así no estuvieras tan solo."

"Espero que en la guerra nadie sea herido Yo . "

Caí sobre la cama, ahora llena de cartas. "No es justo", pensé, "no es nada justo." Me quedé dormido.

★ ★ ★

"No es tanto el miedo cuando atacan tu perímetro. Quiero decir, eso no es más que un rápido estallido en que te cagas de miedo y ya está." El PFC (soldado de primera) no podía tener más de 17 o 18 años. Estaba sentado de través en el escritorio de Prince en el despacho del hospital.

El chico estaba sudando; tenía la gorra en la mano y miraba al suelo. "No es tanto el pensar en que las granadas te alcancen cuando caen a tu alrededor. Quiero decir, las que ves caer y las que oyes está claro que no te dan. ¿Vale?"

"Vale", dijo Prince.

"No es ni siquiera el matar. Quiero decir, yo tengo 12 o 13 muertes confirmadas. A un pobre estúpido lo vi morir a unos tres metros: le hice tantos agujeros que su sangre me salpicó. Tenía cara de niño, pero era él o yo. ¿Vale?"

"Vale."

"También maté a una vieja, pensando que tenía una pistola; y cuando cayó mi compañero, me cabreé tanto que me cargué a dos niños que iban montados en un búfalo." Ahora el muchacho hablaba más rápido y sudaba de verdad.

"No es nada de eso, es otra cosa. No son las cosas rápidas y horribles, es ese sentimiento de soledad y sobresalto que tengo todo el tiempo lo que me va consumiendo No puedo dormir, ni comer, ni pensar, ni siquiera cagar, señor."

Prince bajó los ojos mirando el escritorio. Hubo un largo período de silencio.

"Es como una maldita tortura china. Gota a gota, pero constante: estoy tan solo, tan asustado que no lo soporto. Ahora mismo me apetece gritar... o llorar . o correr... o algo así."

Silencio.

"No puedo aguantarlo, señor, ¿no ve? Temo matar al sargento o a algún compañero... o a mí mismo."

"¿De verdad crees que podrías matar a tu compañero?" Prince hablaba con voz de padre comprensivo

"No puedo ni pensarlo." El muchacho gritaba. "No quiero esto en mi historial, no soy un gallina; sólo necesito unas pastillas para los nervios, o algo de eso. Déme algunas de esas jodidas pastillas, doctor, y volveré a la faena. Dígale al sargento que estoy bien. porque él piensa que estoy majara."

"Cálmate."

"El cabrón del sargento cree que estoy loco." El chico luchaba por contener las lágrimas. "El cabrón del sargento me rebajó de la guardia, pero puedo hacer una guardia; no necesito nada más que unas pastillas para los nervios, o algo de eso. Puedo aguantar dos guardias por cada una que quiera el sargento."

"Creo que debes tomarte un descanso. Volveremos a hablar más tarde."

"Disparé a las malditas voces y por eso me mandó aquí el sargento. Si hubieran sido vietcong, ahora sería un héroe; sin embargo, ahora resulta que estoy loco. No es justo."

"Maldito sargento, podría matar a ese hijoputa. Es el sargento más duro del cuerpo, pero me gusta ese cabrón. Y si desea que haga guardias, haré guardia cada noche y toda la noche "

"Lo sé, muchacho, lo sé."

"Por la noche está muy negro y todo se mueve, te engaña la vista. Me voy excitando tanto que mi respiración es más fuerte que el ruido de los grillos y entonces oigo voces. Disparé a las malditas voces y por eso me mandó aquí el sargento. Si hubieran sido vietcong, ahora sería un héroe; sin embargo, ahora resulta que estoy loco. No es justo."

"Volveremos a hablar." Prince llamó a un sanitario, que se quedó junto al escritorio mientras él escribía algo en la ficha; después se la entregó al enfermero: "Dadle sedantes, lo normal: Thorazine y luego Phenobarb. Deseo hablar mañana con él."

"¿Está loco?", pregunté.

"No lo sé, John. Mañana lo veremos, cuando esté descansado. Todos están locos nada más ingresar."

"Supongo que el sargento se dio cuenta de que el chico necesitaba un descanso."

"El chico le pegó un tiro en la cabeza al sargento."

★ ★ ★

Las tres mañanas de Hue devolvieron cierta consistencia a la semana. Por primera vez desde hacía meses, volvía a saber en qué día de la semana me encontraba. Por otra parte, la desgracia en el hospital de tuberculosos era una clase de desgracia diferente que afectaba a clases diferentes de personas, aunque también se convirtió en rutina con demasiada celeridad.

El trabajo en Phu Bai seguía sin cambios. La continua afluen-

cia de soldados enfermos y heridos sólo era interrumpida por ocasionales llegadas de bajas en masa, por una picadura de serpiente, un día anormalmente agitado en el Registro o por montones de bajas civiles. Las largas tardes y noches eran todas iguales, excepto por alguna rara alarma roja, un espectáculo USO de baja categoría o una borrachera por alguno de los miembros del barracón 75.

Una noche Prince me dijo que le habían ofrecido un R & R (Descanso y Recreo) en Bangkok, y como no podía ir, porque tenía una reunión en Da Nang, me ofrecía su pase.

"Déjame pensarlo, Prince."

Roland estaba escuchando e intervino: "No lo hagas, John. La midad de la gracia del R & R es la expectación: contar los días, esperar. Ese permiso divide en dos el período de estancia y tú aún no llevas demasiado tiempo aquí. Espera, no gastes el único R & R que tienes cuando sólo llevas tres meses en Vietnam."

Myron coincidía con Roland: "Estoy guardando mi R & R para reunirme con mi esposa en Hawaii, una vez que se recobre del parto. Será maravilloso "

Todos tenían que dar su consejo, Bill casi gritando: "¡Cógelo! Si me lo ofreciera a mí, ya estaría haciendo el equipaje. Las posibilidades de que te den un pase para Hawaii son cero y mañana puedes estar muerto. Vete, haz el amor, emborráchate, pilla unas purgaciones, vete al diablo."

Era incapaz de tomar una decisión. "Te lo diré dentro de una hora, Prince. Voy a dar una vuelta."

Caía la tarde mientras paseaba con el doble objeto de pensar y de alejarme de mis tercos compañeros de barracón. Por pura costumbre, me dirigí hacia "Selección"; en ella estaban tres médicos atareados, atendiendo a varios heridos. Estuve un momento mirando y luego me alejé hacia la zona de aterrizaje de los helicópteros.

ARRIBA: *Aunque por lo general los soldados las esperaban con ansia, a menudo las cartas de la familia sólo servían para poner de relieve las tremendas diferencias entre "el mundo" y la zona de guerra.*

Por el oeste se acercaba rápidamente un helicóptero. Redujo la velocidad, quedó suspendido en el aire brevemente y. .

★ ★ ★

El aeropuerto de Da Nang estaba lleno hasta los topes de trajes de faena verdes y uniformes caqui de corte tropical. cubriendo cuerpos sentados, tumbados, de pie. andando, durmiendo, esperando. . Una de las caras que esperaban me resultó familiar y en el cuello se veía que pertenecía a un médico de la Armada

"Hola, soy John Parrish, creo que estuvimos en el mismo grupo en Camp Pendleton."

"¿Cómo estás? Yo soy Jim Veesar, vinimos a Vietnam en el mismo vuelo." Su sonrisa era tan amplia que le hacía parecer un poco loco.

"¿Cómo iba a olvidarlo? ¿Dónde has estado destinado?"

"En zona de combate. con la infantería. Cerca de Con Thien."

El traje de faena desgastado y sucio iba muy bien con un rostro sombreado por una barba de dos días, una nariz estrecha y ganchuda, y unos dientes separados. Añádase un Lucky Strike y un casco con la correa colgando, y ya tenemos configurado el infante de la II Guerra Mundial.

"¿Cómo es en zona de combate?"

"Aburrido." Jim Veesar estaba sudando como todo el mundo en aquel enorme edificio de techo de hojalata. "Por lo general,

aburrido A veces me encuentro cansado, a veces estoy muy sucio y huelo que apesto, a veces cagado de miedo, pero normalmente aburrido Si te estás moviendo, tienes mucho que hacer y estás demasiado asustado para hacerlo; pero cuando estás sentado, te aburres como una ostra."

"No parece muy agradable. ¿Muchos heridos?"

"No, pasan todos por encima de mi cabeza; los helicópteros os los llevan a la compañía de hospitalización."

Por nerviosismo o por sentimiento de culpa, le pregunté. "¿Te han herido? Me refiero a si es auténticamente peligroso."

"¡Vaya si lo es! Un día el segundo teniente fue abatido a tres metros de mí en la espesura. En otra ocasión mi tienda desapareció, y dos días después una granada hizo impacto sobre mi colada. Fue en un búnquer que recibió el impacto de un cohete que no estalló, pero que atravesó los sacos de arena y se le llevó el hombro a un tío. Pero ya no me quedan más que once días de zona de combate y cinco de ellos los voy a pasar en Bangkok, de permiso."

"Yo también voy a Bangkok."

Volvió a sentarse. "Voy a follar hasta que se me doblen las piernas y luego me voy a emborrachar y a seguir follando."

"Serán unas vacaciones estupendas." Un comentario tan inoportunamente conservador no era nada raro en mí, pero Jim no se dio cuenta, pues seguía hablando.

"Cinco días. ¿Te lo imaginas? Cinco días de nenas." Otra vez aquella sonrisa de oreja a oreja.

"Luego, si a la vuelta quedo retenido en Da Nang, ya casi he pasado mi tiempo de zona de combate. Después nada más que nueve meses en la retaguardia y... a casa. A partir de ahora todo es cuesta abajo ¡Yuuupi!" Jim dejó escapar un grito que hizo que varias personas miraran hacia nosotros, pero a él no parecía importarle. "Necesito un trago."

"No hay ningún sitio por aquí", le dije. "Esta noche nos desquitaremos en Bangkok." Nos sentamos en el suelo y estuvimos dos horas contando historias de Camp Pendleton y de la guerra

Jim se sentó a mi lado en el gran avión comercial que nos llevó a Tailandia, al grande y acogedor aeropuerto de Bangkok.

> Basta de advertencias. Vamos allá: comamos, bebamos, gastemos, fumemos, jodamos. Sólo tenemos cinco días, cada minuto cuenta.

Un simple cambio de ambiente habría sido suficiente, pero Bangkok, además, era limpio, acogedor y precioso Desde el aeropuerto un autobús urbano nos llevó al centro de R & R (Descanso y Recreo). Allí nos dijeron unas palabras triviales de bienvenida ("estáis aquí como invitados, portaos bien"), nos dieron una conferencia sobre enfermedades venéreas ("para evitarlas, no os acostéis, pero si lo hacéis quedaos en los locales aprobados y con chicas que hayan pasado la revisión gubernamental") y toda clase de consejos ("cuidado con la cartera, no conduzcáis, alejaos de las drogas").

Después los hombres de negocios tailandeses nos dieron la bienvenida y algunas preciosas chicas tailandesas nos vendieron billetes para ver "todo lo que hay que ver en Bangkok". El R & R era un gran negocio y sin duda aquellos empresarios a los que se les permitía recibir dinero norteamericano en metálico estaban haciéndose ricos. Algunos contactos los habían convertido en una parte "oficial" del programa de Descanso y Recreo.

Avanzada la tarde, la tropa iba poniéndose nerviosa, pero las charlas continuaban. Basta de charla, basta de órdenes, basta de advertencias. Vamos allá: comamos, bebamos, gastemos, fumemos, jodamos. Sólo tenemos cinco días, cada minuto cuenta.

Una de las agencias turísticas "aprobadas" comenzó a mostrarnos diapositivas de los bellos lugares que podían visitarse en los recorridos de la A a la F, por la mañana, y de la G a la R, por la tarde. Había un cartel con el precio de cada recorrido y las chicas que vendían los billetes iban por la sala recogiendo dinero. Afuera estaba oscureciendo y los soldados iban a volverse locos.

Fuera de aquella sala estaban las mujeres, la cerveza, las luces, los bares, la música, las risas. Ellos llevaban meses entre barro y sangre, sin bañarse ni tomar una comida caliente; y cuando no tenían pesadillas sobre la muerte de su compañero, estaban soñando con el permiso y una mujer tierna y un lugar seguro. Habían pasado un miedo de muerte, hechos una bola esperando la siguiente granada y con la esperanza de que no fuera para ellos una muerte súbita; escuchando las interminables ráfagas de las ametralladoras, el estruendo prolongado y abrasador de los obuses de la artillería y el silbido alto y penetrante de los cohetes; viendo al camión que va delante o detrás de ellos tropezar con una mina de tierra, rodeados de gente en la que no confían y matándolos por odio, miedo o simple error... Noches de insomnio Odio, miedo, angustia.

Y ahora lo único que se interponía entre ellos y el cielo era un cristal de medio centímetro, una pared y unas puertas. Una granada de mano, incluso la culata de un fusil, bastarían para abatir aquellas barreras y ya estarían en la calle. En lugar de ello, estaban allí dentro contemplando diapositivas de templos, jardines, mercados flotantes y elefantes.

Pero ya había dejado de asombrarme el comportamiento de aquellos muchachos. Soportaban aquello como lo soportaban todo. Esperaron, sin dejar de soñar, y por fin se acabó.

A la mañana siguiente me despertaron a las siete. El primer recorrido por Bangkok empezó a las ocho: mercados flotantes, joyerías, seda tailandesa, encantadores de serpientes, templos, recuerdos, y cerveza Tiger Paw ("Garra de Tigre"), llamada Tiger Piss ("Meada de Tigre") por los soldados. Era una buena cerveza. Bailes típicos, más Tiger Piss. Compras, pedidos de cacharros de bronce, plata, joyas y seda para mandar a casa, más Tiger Piss. Boxeo tailandés.

La visita no acabó hasta las cuatro, hora en que el autobús nos dejó en el hotel. Demasiada cerveza, demasiados cigarrillos, me hacía falta dar unas cabezadas; iba a agradecer la intimidad de mi habitación.

El sol todavía brillaba con fuerza y algunos soldados estaban nadando, saltando del trampolín y tomando el sol en la gran piscina que había ante el hotel. Cuando llegaba al camino delantero, observé que había alguien asomando por una ventana del sexto piso Me detuve y miré hacia arriba, protegiéndome los ojos con la mano: bizqueé, sin poder dar crédito a mi vista.

Jim Veesar estaba follando a una tía en el alféizar de la ventana, con un vaso en una mano y un cigarrillo en la otra. Estaban los dos desnudos, montados en el alféizar, cada uno con una pierna colgando por fuera: la chica apoyaba la espalda en el marco de la ventana y Jim estaba inclinado sobre ella. Estaban haciéndolo a toda marcha justo en la ventana.

Un atento grupo se había congregado en el camino delantero

y comenzó a jalearlos. Jim saludó con la mano y levantó el vaso en alto. Se podía hacer añicos, iba a matarse. Subí los seis pisos como una exhalación. La puerta de la habitación no tenía echado el cerrojo.

"Cabrón estúpido, podías haberte matado."

"¿Quieres a mi chica, John? Se llama Ti", dijo Jim poniéndose de pie.

"Cabrón estúpido..."

"Tómala, John. Yo ya he acabado. Follatela, no está mal."

"Jim, ¿no te das cuenta. ."

"Echa un trago. la botella está en ese aparador. Echa un trago, echa un polvo, echa un cigarrillo."

"Vete a la cama, Jim, estás en mal estado y..."

"Jódete a la tía, John " Se interrumpió. "Jódeme a mí. Jódete al mundo entero."

> Habían pasado miedo y habían llorado y vomitado. Ahora iban a llorar y a vomitar de nuevo, y alguno de ellos iba a morir.

"Sí, John, jódete al mundo entero." Empecé a irme.

"John." Nunca había visto a Jim sin su sonrisa. "John, no puedes salvar al mundo, así que sálvate a ti mismo."

"Ni siquiera estoy seguro de que pueda salvarme a mí mismo."

"Si no puedes salvarte, ¿por qué no pruebas todo lo que te sea posible?"

"¿Como joder al mundo entero?"

"Como joder al mundo entero, tío grande. Puedes comenzar con Ti."

Puse la mano sobre el hombro de Jim y sonreí. "Come, tío, come. Bebe, fuma, folla, pásatelo en grande."

Lo dejé y me fui a mi habitación a dar una cabezada.

★ ★ ★

El autobús nos recogió a la puerta del hotel. Casi todos los soldados estaban borrachos y se despedían muy ardientemente de sus chicas tailandesas en el vestíbulo.

Partió el autobús y yo comencé a pensar en Vietnam, en mis pobres compañeros de barracón, en Jim Veesar.

¡Jim! ¿Dónde demonios estaba Jim Veesar? Había perdido el autobús. Ese estúpido cabrón iba a meterse en líos. Probablemente estuviera borracho. Quizá lo hayan asaltado, quizá esté desvanecido, insconsciente.

Fui a la parte delantera del autobús.

"Falta uno de los oficiales. No ha tomado el autobús."

"Lo siento, pero no puedo volver atrás; tenemos que estar a las cuatro en el centro de R & R. El avión parte a las cinco y media."

Pasamos una hora de trámites en el centro. Luego cambiar el dinero y más conferencias. Los soldados estaban dormidos, borrachos, con resaca, tristes. ¿Dónde demonios estaba Jim?

Otro autobús nos llevó al aeropuerto. Esperamos. Empezó a salir el sol y seguíamos esperando. ¿Por qué diablos nos habían hecho levantar a las 3 de la madrugada?

Por último, formamos para entrar en el aparato y en ese momento llegó un taxi a toda velocidad en dirección a la pista de despegue. Jim Veesar descendió de él llevando un uniforme caqui arrugado, una barba de dos días... y aquella sonrisa de loco.

"John, ¿no irías a irte sin mí?" La sonrisa se hizo más ancha y dejó ver su dentadura.

"Jim, estúpido cabrón, ¿dónde has estado?"

"Me quedé dormido en la guarida de una zorra que me llevó a su casa."

"Podrías haber..."

"¡Dios santo!, casi pierdo este puñetero vuelo. ¡Guau! Justito. Déjame que te hable de esa tía fantástica. ¿Tienes una botella?"

"No, no te hace falta beber, estúpido cabrón."

"Me jodí a la tía en su propia casa."

"Te podían haber asaltado, matado o secuestrado."

"¿A quién le importa un pijo eso? Jódete al mundo entero."

Mientras hablábamos, se desarrollaba un escena increíble. Era lo más sorprendente que había visto en todo el tiempo que llevaba de guerra. Sesenta y tres norteamericanos que sabían lo que significaba la guerra. que habían estado en Vietnam y que sabían de qué iba, comenzaban a desfilar hacia el aeroplano que los llevaría de regreso a Vietnam. Habían subido a un avión en la base de la Fuerza Aérea de Travis y ahora subían a otro.

Pero con una diferencia: ahora sabían más, sabían lo que estaba pasando. Habían oído el fragor de las armas portátiles, de los morteros y cohetes Habían matado y habían visto caer a sus compañeros. Habían pasado miedo y habían llorado y vomitado. Ahora, iban a llorar y vomitar de nuevo, y algunos de ellos iban a morir.

ABAJO: *Es un hecho generalmente olvidado que más de 15.000 mujeres sirvieron en la guerra de Vietnam, la inmensa mayoría de ellas en el cuerpo sanitario.*

ARRIBA: *Cuando se tomaban un respiro estando de patrulla, las tropas se sentían tranquilizadas por la eficacia de los equipos de apoyo sanitario* (DERECHA).

Capítulo 3

MEDICO EN PRIMERA LINEA

CAPÍTULO 3 MÉDICO EN PRIMERA LÍNEA

El martes 14 de noviembre comenzó como un día cualquiera. ¿Había estado realmente de permiso? Nada había cambiado.

Después de las visitas, observé que se congregaba un grupo numeroso a la puerta del Registro

"¿Qué ocurre?"

"Es el general Hochmuth. Su helicóptero cayó y creo que está muerto."

Entré en el barracón del Registro y encontré a varios médicos y oficiales de información examinando los papeles y las chapas de identificación de un grupo de cadáveres completamente destrozados. Los infantes del Registro estaban aparte, esperando que se fueran y los dejaran continuar su rutina. Entró un hombre con una cámara, puso el flash, ajustó la distancia y comprobó la combinación elegida. Cuando estaba enfocando para sacar la primera fotografía, se interrumpió; un gesto de repulsión le alteró el semblante y bajando la cámara se fue sin disparar. Los otros lo siguieron y la habitación quedó en silencio, hasta los habitualmente charlatanes soldados estaban callados. Salí de la sala detrás del grupo.

"Doctor, Parrish, necesitamos a alguien que rellene los formularios."

"Claro, id preparándolos."

Los soldados comenzaron a desnudar y limpiar cadáveres, y un mecanógrafo negro y feo tecleaba en un rincón mientras un soldado de primera preparaba los impresos de defunciones.

Los cuerpos estaban terriblemente destrozados y mutilados: cabezas estiradas, deformes, quemadas; miembros doblados por lugares donde no había articulación; las facciones habían desaparecido; algunos órganos internos estaban a la vista.

Me arrodillé junto a uno de los cadáveres. El cuero cabelludo carecía de pelo y en ambos lados del cuello de la camisa llevaba dos estrellas.

> Los huesos y las articulaciones crujieron al introducir el cadáver en el saco verde; una cremallera de lado a lado encerró en su interior los últimos vestigios de otra vida desperdiciada.

Me senté en el suelo junto al cuerpo a esperar los formularios. El mecanógrafo continuaba tecleando. El motor del congelador zumbaba para conservar fríos a soldados y oficiales en sus sacos verdes. Las mangueras con que los infantes lavaban los cadáveres estaban salpicando. Los huesos y las articulaciones crujieron al introducir el cadáver en el saco verde; una cremallera de lado a lado encerró en su interior los últimos vestigios de otra vida desperdiciada; el saco fue metido en el congelador.

Roland pasó por allí cuando yo regresaba al recinto hospitalario.

"Bueno, eso pone fin al límite de las dos cervezas", dijo con una sonrisa "Te veré esta noche en el club."

★ ★ ★

¿Quiere acompañarme, señor? El comandate del hospital desea verle."

Estaba acostumbrado a que los sanitarios me despertaran a medianoche por la llegada de nuevos heridos, por un acceso de fiebre o para ayudar en una operación, pero ¿para qué ahora? ¿Qué deseaba de mí el comandante a medianoche?

Me puse una camisa y me dirigí de mala gana a las dependencias del comandante, que estaban iluminadas, y en las que había varios oficiales de la compañía médica y de información, con aire preocupado y somnoliento. El comandante me recibió como si fuera su huésped de honor

"Hola, John. Entre." Me presentó a los oficiales de Información y a dos oficiales del Ejército. ¿Se trataba de un tribunal militar de medianoche? ¿Iban a mandarme a zona de combate esa misma noche?

El comandante continuó: "Estos hombres son asesores militares y tienen un problema. Parece ser que 70 u 80 mercenarios camboyanos han caído enfermos, con vómitos intensos y diarrea Ninguno de los asesores norteamericanos está afectado, por lo que creen que se trata de cólera o fiebre tifoidea."

Me volví a los oficiales del Ejército· "¿De cuántos hombres se compone el grupo?"

"Ciento cincuenta "

"¿O sea que la mitad del grupo ha caído enferma al mismo tiempo?

"Ahora probablemente sean más, porque han caído como moscas durante toda la tarde."

"¿Comenzó hoy?"

"Después de comer."

Me dirigí al comandante. "Me parece más probable una intoxicación causada por alimentos en mal estado, eso de que todos enfermen al mismo tiempo y que afecte a la mayoría .."

"No sabemos lo que es", respondió el comandante. "Al parecer, algunos están muy enfermos, postrados, deshidratándose Necesitarían hospitalización y líquidos intravenosos."

Ahora empezaba a darme cuenta de la razón por la que me habían llamado: iba a cuidarme de todos aquellos cabrones de mercenarios camboyanos vomitadores, mientras se cagaban unos a otros por todas partes. Me mostré preocupado: "¿Podremos hacerles sitio, señor?"

"Bueno, sería posible, pero traerlos aquí en plena noche es un problema. Están a unos seis quilómetros del perímetro protegidos por sus propios medios."

Miré el reloj: era medianoche.

"Pensábamos que lo más sensato y, probablemente, lo más seguro sería trasladar a un médico que estudie la situación y vea lo que se ha de hacer; podríamos enviar también líquidos intravenosos, medicamentos y sanitarios. Entretanto, organizaríamos aquí las cosas para disponer de camas suplementarias."

Era evidente lo que venía detrás. No iba a arriesgar su culo a seis quilómetros del perímetro defendido por unos camboyanos que vomitaban, y a mí no me había llamado sólo para que conociera a aquellos encantadores asesores militares. Me di cuenta de que todos me estudiaban en silencio y me sentí como un reo al oír su sentencia. El comandante terminó de exponer su plan.

"Pensábamos que habría que enviar a alguien que tenga conocimientos de medicina interna y buen juicio "

"Corte el rollo, comandante", pensé.

"... No puedo ordenarle que vaya porque no son norteamericanos, ni siquiera vietnamitas, los que están en apuros y el lugar está fuera de nuestro perímetro..."

DERECHA: *El general Hochmuth no fue el único en morir así: más de 3.000 militares norteamericanos murieron al ser derribados los helicópteros en que viajaban por el fuego enemigo y más de 2.200 en accidentes de helicóptero.*

P. SPOONER

ARRIBA: *De patrulla en "territorio indio". En muchas ocasiones, al desencadenarse un tiroteo, los primeros en moverse eran los sanitarios, para llevar ayuda a los compañeros caídos.*

"Y si me matan, quedaría feo en su hoja de servicios que me hubiera dado la orden de ir", continué pensando y guardándome los pensamientos.

"Pero si fuera voluntario, el capitán Saunders aquí presente ha prometido que dispondría de algunos infantes voluntarios para su protección."

Volví a mirar al oficial del Ejército: "¿Algún muerto, o alguno que parezca que no va a superarlo?"

"Ningún muerto aún, pero me parecían muy enfermos."

"¿Algún tipo de alimento en mal estado o no habitual?"

"Por lo general, ellos se abastecen de su propia comida: aves que atrapan o que roban, y productos de la tierra. El resto son simples raciones C del Ejército."

"¿De cuántos vehículos puedo disponer?" No me molesté en aceptar la misión de una manera teatral.

"Disponemos de dos ambulancias." El comandante casi se disculpaba. "Y el comandante Tucker nos ha prometido cuatro sanitarios."

El oficial del Ejército se adelantó un paso: "Hemos traído dos jeeps y seis hombres de escolta."

"Bueno, vámonos." Me volví a Tucker, pero asegurándome

de que también me oía el comandante. "Necesito líquidos intravenosos, Lomotil, tetraciclina, penicilina y Compazina, todo ello en píldoras e inyecciones." Mi actitud y mi voz recordaban a Ben Casey o John Wayne.

Usando por toda iluminación las luces de posición, recorrimos lentamente un camino estrecho y sucio de tierra arenosa. A la derecha y a nuestra espalda se veían luces parpadeantes, pero frente a nosotros sólo había oscuridad. Yo iba en el segundo vehículo y tenía la esperanza de que, si el vehículo de cabeza pasaba sobre una mina, nosotros podríamos salvarnos. Los seis quilómetros se hicieron muy largos, especialmente porque no dejaba de imaginarme regresando entre el fuego del Ejército norvietnamita y del Vietcong por detrás, el de los infantes por delante, y con camboyanos disparando en todas las direcciones.

Llegamos al recinto camboyano: una zona de tierra arenosa y cuatro grandes tiendas en mal estado. Sin búnqueres ni barracones ni lavabos. La mayor de las cuatro tiendas tenía las puertas de lona recogidas y estaba llena de hombres echados uno junto a otro.

"Aseguraos únicamente de que cada hombre tome algún tipo de medicina, no me importa cuál. Que cada uno reciba una pastilla o una inyección de algo, sólo una."

Excepto por unas pocas figuras dispersas que iban a las letrinas con pasitos cortos y rápidos o venían de ellas, lo demás camboyanos, unos cien, yacían por tierra, sólo cubiertos por la camisa y la mayoría desnudos de cintura para abajo. Se oía un quejido continuo y monótono, sólo roto por gritos agudos de dolor o desesperación y por los vómitos. Por todas partes había heces líquidas y vómitos, por lo que el olor bastaba para enfermar a los no afectados.

Me trataron como a una especie de gran padre blanco. El intérprete me hacía muchas reverencias y los oficiales camboyanos asentían continuamente como juguetes de baratillo. El intérprete me llevó presuroso a la tienda y al entrar el gimoteo aumentó en intensidad. Escogí a un enfermo que parecía estar delirando, le puse la mano en la frente, la temperatura era normal y no estaba deshidratado. Me volví a hablar con el intérprete, pero lo encontré vomitando detrás de mí. Examiné a algunos otros y los resultados fueron idénticos: temperatura normal, estado de hidratación normal, y el abdomen blando y no dolorido. Ninguno dejaba de gemir lo bastante para hacerle una exploración cardiopulmonar, pero el pulso lo tenían solamente un poco acelerado.

El intérprete volvió junto a mí y comenzamos a hacer preguntas a uno de los enfermos. Una pregunta simple que requería una respuesta de una sola palabra, provocaba una larga pregunta y una respuesta más larga y cargada de emoción.

"¿Le duele el estómago?, pregunté yo, señalando mi propio estómago. "¿Le duele el vientre?"

El intérprete comenzó a hablarle al enfermo y, después de tres o cuatro minutos, varios cientos de sílabas y varios intercambios vehementes, el intérprete me dijo: "Sí."

"¿Le duele en algún otro sitio? ¿Dolor en otra parte?" Yo me fui señalando la cabeza, el pecho, el recto, el cuello. . "¿Dolor? ¿Daño? ¿Ay?"

El intérprete y el enfermo comenzaron otro vehemente intercambio de palabras. Tras el debate, el primero me dijo: "Sí."

"¿Dónde?", pregunté yo, y volví a señalarme las distintas partes del cuerpo. "¿Dónde"

Tuvo lugar otro debate durante el cual el intérprete pareció enfadarse con el soldado. Después que el soldado gimió y pronunció quejoso otro soliloquio desesperado, el intérprete me miró y señaló su estómago

"¡Oh!, no tiene importancia." El intérprete me lanzó una mirada interrogativa. "No tiene importancia", dije. Aquello motivó una nueva discusión entre los dos y yo continué hasta examinar a unos 30 o 40 soldados más.

Observé que el síntoma más consistente, además de las evidentes diarreas y vómitos, era una irresistible ansiedad. Una histeria colectiva contagiosa se extendía entre los soldados. Los hombres se abrazaban y lloraban, otros salmodiaban mientras gemían: una psicosis morbosa estaba acrecentando una enfermedad real

Era el momento de hacer un poco de magia. Seleccioné a nueve hombres que tenían ligeros síntomas de deshidratación y les dije a los enfermeros que les pusieran líquidos intravenosos y que luego les dieran Compazina o Lomotil en cualquier clase de presentación, según el orificio que fuera menos activo: por vía oral o rectal, o intramuscular Al principio se fueron acercando de una manera organizada, pero enseguida una masa de hombres apestando a heces y vómitos comenzó a arremolinarse a nuestro alrededor.

"Aseguraos únicamente de que cada uno tome algún tipo de medicina, no me importa cuál. Que cada uno reciba una pastilla o una inyección de algo, sólo una." Regresé a preguntar al asesor del Ejército.

Un cargamento de uvas que sobró en una gran fiesta del Club de Oficiales en Da Nang había sido transportado a Phu Bai bajo pleno sol y al día siguiente se les había entregado a los camboyanos. Con toda probabilidad aquellas uvas eran la causa de la intoxicación. Les dije a los asesores militares y al intérprete que sobrevivirían todos. El hecho de haber tomado una medicina provocó en muchos una inmediata mejoría, mucho antes de que el fármaco pudiera hacer efecto. Di instrucciones a los médicos del Ejército sobre la manera de seguir administrando las medicinas y los líquidos intravenosos.

Nunca vimos victorias o derrotas, ni liberaciones o masacres; no teníamos ni un atisbo de lo que estábamos comprando, sino únicamente del precio que estábamos pagando.

Regresamos al recinto con las manos vacías. Me sorprendió ver que había algunos esperándonos y que habían preparado una sala para el ingreso de los enfermos.

"Intoxicación por alimentos en mal estado", dije. "No había ningún problema Si estáis interesados, enviad mañana a alguien a comprobarlo y a hacer un par de cultivos de heces. Fue obra de un cargamento de uvas podridas."

Me senté en un lado del catre; eran las cuatro de la madru-

gada y estaba exhausto. Todo estaba en silencio, en Phu Bai.

Faltaban sólo dos o tres horas para ir a certificar defunciones y me quedé dormido con botas y todo.

Al despertar al día siguiente estaba cansado, pero sabía que podía hacer mi trabajo casi mecánicamente. Hasta los heridos comenzaban a ser muy semejantes unos a otros a medida que los días y las semanas se hacían meses Diariamente —todos los días— veíamos chicos norteamericanos heridos que a primeras horas del día estaban ilesos y saludables y más tarde sangrando, mutilados, con el cuerpo desgarrado, agonizantes. Había días más atareados que otros, pero nunca dejaban de llegar bajas. Veíamos las etiquetas del precio de la guerra· el coste en cuerpos, el débito en mentes.

Nunca vimos victorias o derrotas, ni liberaciones o masacres; no teníamos ni un atisbo de lo que estábamos comprando, sino únicamente del precio que estábamos pagando. El precio de una libertad, la compra de un empate o el costo de guardar las apariencias. Ése es el lado de la guerra que los soldados temen, los generales aceptan, los héroes ignoran y algunos políticos pretenden que no existe. No estaba seguro de qué estábamos comprando, pero el precio que estábamos pagando era muy alto.

★ ★ ★

Durante mis primeros días en "Selección", había estudiado cuidadosamente cada herida para determinar con exactitud la extensión de nervio, vaso y músculo dañada, y para juzgar la viabilidad del tejido y extremidades, y las alteraciones psíquicas provocadas por el traumatismo. Pero ahora todas las heridas comenzaban a parecer similares, no había límites claros para el nervio o el vaso dañados y los tejidos blandos estaban machacados e irreconocibles.

Por el momento se alegraban de estar vivos. Acababan de ver caer muertos a un compañero a su izquierda y a un amigo a su derecha, y ellos seguían con vida.

De cualquier manera, la delimitación precisa del daño producía muy pocas diferencias en el tratamiento de urgencia. Todas las alteraciones eran enormes y resultaban evidentes la mayoría de las decisiones que había que tomar. Cualquier hombre gravemente herido precisaba líquidos intravenosos; los pacientes hipotensos necesitaban sangre. La decisión de hacer un desbridamiento local o una intervención en la sala de operaciones era por lo general muy fácil de tomar y raramente se precisaba un período de observación. Una herida penetrante y un abdomen rígido exigían una laparotomía; una herida en el tórax con indicios de encharcamiento pulmonar hacía necesaria una sonda de drenaje. Una pierna arrancada era una pierna arrancada.

Una vez que llegó a resultarme más fácil tomar decisiones y me sentí más confiado y acostumbrado a las lesiones graves en vivos y muertos, comencé a preocuparme por quiénes eran aquellos muchachos heridos, y les preguntaba su nombre y procedencia, animándolos a que me hablaran de sí mismos.

Normalmente los infantes guardaban silencio; permanecían postrados pensando y esperando su turno para ser atendidos. Si el tiempo me lo permitía, intentaba iniciar una conversación mientras me ocupaba de ellos.

"¿Quién eres, muchacho? ¿Cuál es tu grado, empleo y cuerpo? ¿Cuánto tiempo llevas en Vietnam? ¿Qué haces en la Infantería de Marina? ¿Tienes miedo? ¿Has matado a muchos enemigos? ¿Cuántas muertes confirmadas tienes? ¿En qué crees? ¿Qué pasa, muchacho? ¿Cómo te va? ¿Qué problema tienes, hijo?"

En su mayor parte eran soldados forzosos de graduación inferior, que tenían aspecto de "chico de al aldo" y que llevaban varios meses en Vietnam. No estaban especialmente coléricos o amargados... todavía. La amargura, la rabia y la paranoia vendrían después, ya en Estados Unidos, cuando vieran a la gente con dos brazos y dos piernas, cuando se vieran ignorados por la sociedad que los había mandado a la guerra. Por el momento se alegraban de estar vivos. Acababan de ver caer muertos a un compañero a su izquierda y a un amigo a su derecha, y ellos seguían con vida. No estaban especialmente asustados, o al menos no tenían tanto miedo como cuando estaban en medio del tiroteo del que habían escapado Su resistencia al dolor y su estoicismo eran realmente impresionantes.

Sin ninguna emoción por lo general, la mayoría proclamaba, admitía o indicaba que había matado a un cierto número de enemigos En el único momento en que mostraban alguna emoción era cuando preguntaban acerca de sus compañeros.

"¿Va a ponerse bien el sargento Barratt, señor? No podríamos haber regresado de no ser por él. Es un tío con dos cojones."

"¿Cómo está Daniels, señor? El que está dos camillas más allá. ¿Se salvará?"

"A mí el siguiente, no, doctor. Miller está mucho peor."

"Por favor, no me mueva la pierna, me duele muchísimo "

"¿Voy a perder el brazo, señor?"

"Es la pierna. doctor; un jodido amarillo me la atrevesó de un balazo."

"Doctor, ¿me mandarán a casa por esto?"

"Tengo la maldita pierna reventada y me duele como un demonio, doctor. Déme una inyección o algo, por favor."

"¿Tengo bien el aparato? ¿Podré volver a usarlo?

"Me han reventado el vientre, ése es el problema "

"Sólo un rasguño en la pantorrilla."

"Soy un general disfrazado de soldado. Estoy aquí para inspeccionar las condiciones del hospital. Y me pareció que la mejor manera de pasar inadvertido era volarme el pie."

"Una mina terrestre, señor. Mi compañero voló por los aires; a mí sólo me dejó un rato sin conocimiento, pero ya estoy bien."

"No recuerdo cómo sucedió. Iba caminando por la carretera y lo siguiente que sé es que estaba en un helicóptero con las piernas vendadas. ¿Las he perdido, doctor? ¿Dónde están mis piernas? Déjeme ver. Voy a sentarme, doctor."

"Aquella puñetera colina, aquel puñetero barro, aquellos puñeteros amarillos. No pienso volver allí, nadie puede obligarme."

"Mejor será que salve ese dedo, doctor. Soy el mejor guitarrista del sur de Menphis."

"Eh, doctor, a nuestro sargento le dieron, en medio del cuello. Era el mejor sargento de la Infantería de Marina. El cabrón más duro del valle. Era como un padre para nosotros. Eh, doctor, a nuestro sargento le dieron, en medio del cuello..."

DERECHA: *Echando una mano a los heridos. La velocidad en la respuesta de los equipos médicos supuso que sobreviviera más del 82 % de los heridos graves.*

J. HILLELSON AGENCY

"Rod Queen, Dallas, tercer batallón, tercero de Infantería de Marina, soldado, 19 años."

"Billie Foster, Albany, Georgia. ¿Me puede dar un vaso de agua?"

Después de unas semanas preguntando "quién", comencé a preguntar "cómo". ¿Cómo resultaba herido cada soldado? Intentaba representarme cada escena de la batalla y reconstruir el momento del impacto.

"¿Cómo te dieron, soldado? ¿Viste al tipo que te disparó? ¿Dónde estabas cuado te alcanzaron? ¿Oíste la bala que te dio? ¿Llevabas el casco? ¿Te derribó? ¿Te dolió enseguida? ¿Cuánto hace que te hirieron? ¿Qué hora era cuando caíste herido?"

Pero ahora, sin embargo, me preocupaba una cuestión muy diferente, más fundamental. Aunque continuaba dando conversación a los soldados, no dejaba de preguntarme a mí mismo el "porqué".

"¿Por qué estás sangrando, muchacho? ¿Por qué perdiste la pierna? ¿Por qué te estás muriendo, soldado? ¿Por qué has muerto, Sam Gallagher de Boston? ¿Por qué estás mutilado, Joseph De Lito de New York? ¿Por qué llevarás siempre esa horrible cicatriz, Mike Garner de Los Ángeles?"

"¿Por qué me esperáis en el Registro todas las mañanas en grupos de tres, cuatro, cinco, diez o quince? ¿Qué os hace venir aquí en grupos y morir en racimos?"

En cuanto un muchacho se daba cuenta de que había perdido un brazo o una pierna, por el gesto de su cara siempre parecía que iba a preguntar: "¿Por qué yo? ¿Por qué mi compañero? ¿Por qué cualquiera?"

"No te calientes la cabeza con preguntas que no puedes responder", decía Roland, intentando que dejara de pensar. "No intentes comprender el porqué; limítate a cumplir tu trabajo, seguir vivo y regresar a Estados Unidos cuando acabe tu período."

Sin previo aviso, con un único y fuerte ruido metálico, se produjo un estallido justo encima de mi cabeza seguido de una violenta sacudida, y los motores se pararon.

"Tengo un plan", dijo Myron, "un plan para escaparnos."

"¿Escaparnos?, dije abriendo un ojo.

"Sí, dejar Phu Bai y las fiebres, olvidar las diarreas. Tengo un plan para escapar temporalmente." Myron estaba sentado en el catre con las piernas cruzadas. "Tengo un plan para irnos a Da Nang un fin de semana."

"Dices tantas tonterías que aburres a los muertos", dijo Roland, interrumpiendo la carta que escribía. "Nadie va a Da Nang si no es muerto, herido, camino de casa o con un enchufazo."

Myron se sentó al borde de la cama, con la cara enrojecida: "Todos los meses los médicos de la zona de Da Nang tienen una comida de trabajo para debatir los problemas médicos comunes y acordar una política asistencial. Podemos conseguir autorización para ir a la reunión si abordamos al capitán Street de manera conveniente. Hasta lo llaman 'Sociedad Médica del I Cuerpo', y eso suena bastante impresionante."

"Nuestro comandante no te deja siquiera ir al PX (Economato militar)", dije yo, "y esperas que el capitán Street te permita ir a Da Nang. Tu plan es fantasioso, tiene razón Roland."

"Iré a hablar con él, y creo que funcionará."

"Buena suerte, soñador."

Myron pasó los dos días siguientes hablando con el comandante del hospital y con el capitán Street. Una noche, después de cenar, volvió al barracón y rompió la sagrada regla de las horas de silencio.

"¡Lo conseguí! El capitán Street no sólo permitirá que John y yo vayamos a Da Nang, sino que él mismo nos va a acompañar."

"¡Fantástico!", dije, saltando de la cama y chocándole la mano a Myron.

"No sólo eso", continuó, "sino que también nos ha conseguido el transporte. Un helicóptero para nosotros; seremos en total cinco médicos."

"¡Un fin de semana entero de tranquilidad, descanso, seguridad y juerga!" Yo iba de un lado a otro haciendo el equipaje "¡Fantástico, fantástico!"

"Y cuando volvamos", sonrió Myron, "nos quedarán..."

"Sí, lo sé", reí. "Nos quedarán tres días menos."

"¡Hurra!"

"¿Cuándo salimos?"

"Mañana, John, mañana por la mañana."

"¡Fantástico!"

La tripulación del helicóptero se lo pasaba en grande viendo a cinco médicos con equipaje de mano y pistolas del 45 comportándose como niños que fueran de campamento. Los médicos se sentaron en las dos filas de pequeños asientos metálicos colocadas en el centro del helicóptero UH-1B, los artilleros en el piso del aparato y el piloto y el copiloto delante.

Entre meneos, traqueteos y vibraciones, nos fuimos elevando en línea recta en el aire, como por arte de magia, y Phu Bai fue haciéndose pequeña bajo nosotros hasta que desapareció en la distancia.

Sin previo aviso, con un único y fuerte ruido metálico, se produjo un estallido justo encima de mi cabeza seguido de una violenta sacudida, y los motores se pararon. El corazón se me salía del pecho Inmediatamente el helicóptero se inclinó de morro y comenzó a caer a plomo. El cinturón de seguridad se me enterraba en la cintura según mi cuerpo intentaba escaparse del asiento. Los artilleros se agarraban a las correas, las barras, los asientos —cualquier cosa—, mientras que iba aumentando la velocidad de caída y nos precipitábamos como una pesada roca hacia la tierra. Myron me clavó los dedos en el muslo; caíamos en silencio y veíamos cómo iban aumentando velozmente de tamaño los objetos del suelo. Éramos atraídos hacia la tierra como la manzana de Newton. ¡Íbamos a chocar! Ninguno decía una palabra.

Un miedo primario e instintivo me atenazó la garganta y me cruzó el vientre como un desgarro, pero rápidamente pasó. Aunque era incapaz de moverme, mi pensamiento parecía acelerarse. No me pasó ante los ojos la vida entera como un fogonazo, como pueda pensarse Me sentía colérico, enloquecido.

¡Estaba cabreado! Tenía veintiocho años, un montón de cosas que hacer y me iba a morir. Iba a morir en un maldito país situado en el otro lado del mundo. Los huesos, la sangre, el

IZQUIERDA: *Una mezcla de paciencia y compasión se refleja en los rostros de estos sanitarios mientras contemplan los esfuerzos de un colega por salvar la vida de un vietnamita gravemente herido.*

cráneo, las tripas y el alma se me iban a reventar e iban a empapar aquella alfombra verde. Mis partes sólidas serían reunidas en un saco verde para devolvérselas a mi familia.

¡Morir! ¿Para qué diablos? ¿Por qué, Dios mío, por qué? No, no quiero morir aún, todavía no. Asustado. Cabreado, realmente harto. ¡Mierda! ¡No!

Mientras nos precipitábamos a tierra girábamos lentamente hacia atrás, de modo que íbamos a chocar con la parte de la cola.

Impotente, impotente; unas pocas líneas en un periódico: muerte repentina de un joven. Una tragedia. No, ¡yo no!

¿Cuánto falta aún? ¿Chocar y morir lleva una eternidad? Ya ha pasado hasta la ira y sólo queda un sentimiento de vacío..., un agotamiento del pensamiento, de los sentimientos. ¿Tengo que esperar mucho más para morir?

¡Para!, estábamos perdiendo velocidad. Habíamos dejado de acelerar y, aunque seguíamos corriendo hacia el suelo, nuestra velocidad se iba reduciendo por segundos. Nuestro piloto tenía los aparatos de mando en la mano y estaba moviendo las palancas. Estaba consiguiendo mantenernos con la parte trasera hacia abajo y disminuyendo la velocidad de nuestra caída. Aunque no se oía ruido de motor, las aspas que estaban sobre mi cabeza comenzaron de nuevo a girar y el aparato recobró aquella vibración familiar y maravillosa, aunque todavía los motores estaban callados. La presa mortal que Myron había hecho en mi pierna comenzaba a dolerme.

"Agárrese, doctor, vamos a estrellarnos." El artillero que estaba colocado detrás de mí se había inclinado sobre mi oreja. "Vamos a chocar."

No respondí, ya sabía que íbamos a estrellarnos. Ahora mi único pensamiento era que teníamos una posibilidad de sobrevivir y esa posibilidad era todo lo que necesitaba. Aquel piloto alocado, apenas recién salido de la escuela, había conseguido detener nuestra caída libre.

No hubo necesidad de prepararse para el choque, porque todos los músculos estaban tensos y espásticos. El suelo se alzó a nuestro encuentro a un paso menos amenazador.. y chocamos.

El ruido lo hizo el metal, pero lo sentí como si hubiera sido mi espalda que se rompía, al tiempo que mi cabeza saltaba hacia delante. El hormigueo eléctrico que me sacudió ambos pies me confirmó que estaba vivo e inmediatamente me puse eufórico.

Yo era John Wayne y estaba cubriendo la retirada de las playas en la II Guerra Mundial. Yo era la estrella de los cómics de guerra. Yo era la sal de la tierra.

Los artilleros estaban ya fuera del aparato, en cuclillas entre la hierba y llevando consigo las ametralladoras. El piloto y el copiloto se desataron y saltaron al suelo con el M16 en la mano.

"¡Todo el mundo fuera!", gritaron.

Nos desatamos y saltamos.

"Agachaos. Estamos en una zona enemiga. Alejaos del aparato."

"¿Alguno de los médicos sabe usar un M16?"

"Yo", mentí.

"Toma." Me encontré con un M16 atravesado en el pecho. Arrastrándose y mirando a la lejanía, los artilleros estaban a unos 20 metros de cada lado del aparato. El piloto y yo nos

dirigimos al frente del aparato, mientras el copiloto se alejaba de él por detrás con los médicos y los hacía acurrucarse en el suelo muy juntos, ocupando así la parte trasera de nuestro nuevo perímetro defensivo.

Podíamos ver cualquier movimiento hasta la línea de árboles que estaba a 200 metros a nuestra izquierda, porque el terreno era completamente llano en todas direcciones.

Estaba tan contento de seguir vivo, que no me preocupaba lo más mínimo si la línea de árboles estaba llena de vietcong. Comencé a intentar aprender cómo disparar con un M16 y me pareció bastante sencillo. Estaba listo para luchar y en la cabeza me danzaban escenas de heroísmo. Estaba vivo, maravillosamente vivo, y podía agacharme, reptar, arrodillarme, vigilar, sentir, temer, luchar: ¡estaba vivo!

El copiloto lanzó una granada de humo y vimos cómo ascendía hacia el cielo su humo verde. Ahora, en muchas millas a la redonda, todos, amigos y enemigos, sabían dónde estábamos y sabían que estábamos vivos.

Estuvimos arrodillados dentro de nuestro perímetro circular durante 15 o 20 minutos, lo bastante alejados del helicóptero accidentado para que, si lo batían con fuego de mortero, la metralla no nos alcanzase. El piloto estaba hablando constantemente por radio.

US ARMY

IZQUIERDA: *Idílicos alrededores del centro de R & R (Descanso y Recreo) en China Beach. Pero por el exterior del paraíso caminan solemnemente los fantasmas de la muerte y la mutilación.*

Iba a cubrir la retaguardia. Yo era John Wayne y estaba cubriendo la retaguardia de las playas en la II Guerra Mundial Yo era la estrella de los cómics de guerra Yo era la sal de la tierra Estaba jugando como un campeón, jugaba el papel de un héroe. Estaba con vida, coño, y estaba viviendo.

El piloto y el artillero ignoraron mi heroísmo y saltaron al aparato. Cuando estaba a dos pasos de la portezuela abierta, el aparato comenzó a elevarse. Partir. Escapar.

Salté y la parte superior de mi cuerpo y el arma aterrizaron dentro del helicóptero, mientras su suelo en ascenso me atrapaba por la cintura y me levantaba de la tierra con las piernas colgando, 3, 6, 9, 12, 15 metros de altura. . Dos soldados me agarraron por los brazos y me metieron dentro.

Regresamos a Phu Bai para conseguir otro helicóptero del Ejército que nos llevara a Da Nang. Myron, visiblemente tembloroso, prefirió no seguir y regresó al barracón. Su plan de escapar le había fallado. Nuestra nueva expedición a Da Nang transcurrió sin incidentes.

★ ★ ★

Aterrizó una grulla gigante, saltaron de ella dos infantes y despegó antes de que pudiera aproximarme. La tormenta de arena que creó al despegar ocultó por un momento al H-34 que tomaba tierra justo detrás del enorme aparato Un soldado estaba descargando algunas cajas sin que las aspas dejaran de girar.

Colocándome el chaleco antibalas corrí hasta donde estaba el soldado, cuidando de que las barras de teniente del cuello de la camisa quedaran por encima del borde del chaleco.

"¡Hola!, soy el doctor Parrish."

El helicóptero fue descendiendo más y más, hasta que parecía que sus patines estaban a sólo un metro de la superficie... Si un patín tocaba el agua, estábamos perdidos.

¿Quién estaba en aquella línea de árboles? ¿Soldados survietnamitas? ¿Vietcong? ¿Campesinos? ¿Mujeres? ¿Infantes de Marina?

No pasaba nada.

Casi deseaba que pasara cualquier cosa, porque tenía que hacer una demostración, usar la nueva vida arrendada: luchar, correr, morir, hacer cualquier cosa. No quería estar sentado sin más.

Un monomotor de reconocimiento se aproximó por detrás, dio media vuelta y pasó sobre nosotros a sólo diez metros del suelo. El piloto nos arrojó un pesado pedazo de papel por la ventanilla y desapareció por el sur. El copiloto se arrastró hasta el mensaje. "Mantened la posición. Helicóptero en camino para rescataros. Estáis en territorio enemigo."

Minutos más tarde apareció por el sudeste, volando a baja cota, un precioso helicóptero H-34 de la Infantería de Marina y se dispuso a aterrizar un poco más allá de los amontonados médicos.

Corrimos hacia el helicóptero. Los médicos subieron. Yo llegué junto al aparato antes que el piloto y uno de los artilleros. Me detuve, me di la vuelta manteniéndome agachado y, apuntando a la línea de árboles con el M16, hice una seña con la cabeza a los otros para que montaran antes que yo.

Deseaba de verdad hacer ese viaje. No era habitual pasar tres días intentando conseguir un vuelo y mis órdenes decían que me necesitaban en Phu Bai. "Necesito un vuelo a Phu Bai."

"Vamos hacia allí, si no nos desvían; llevamos suministros a la Compañía Médica A".

"Ésa es mi Compañía, adonde me dirijo "

Se apartó para dejarme entrar; subí al vibrante aparato, que comenzó a elevarse. La pista de aterrizaje y el hospital fueron haciéndose pequeños hasta desaparecer.

El piloto y el copiloto iban sentados en el morro del aparato. La cabina trasera, de laterales abiertos, albergaba al soldado de primera, a un artillero y a mí. Los dos artilleros miraban con aire distraído por las portezuelas abiertas y, aunque parecían aburridos y soñolientos, no apartaban su mirada del infinito ni siquiera para encender un cigarrillo

Al aproximarnos a la zona de aterrizaje en la primera etapa de la misión, vimos varios puntos de humo a lo lejos que salían de más allá del límite del arbolado. Por lo visto, el artillero si-

tuado a mi lado no estaba tan distraído como parecía, porque ya estaba apuntando al humo y hablando por los auriculares. De pronto comenzamos a ascender y pusimos rumbo hacia el río que estaba a nuestra derecha. Esperando que yo comprendiera el significado, el soldado me indicó los puntos de humo.

Al acercarnos al río, el helicóptero descendió y aumentó su velocidad hasta que parecía que fuéramos a meternos en el agua. Hicimos una rápida pasada sobre las pequeñas embarcaciones salpicadas por la superficie. Los dos artilleros estaban tensos y preparados, agarrando las ametralladoras con ambas manos; el soldado metió un cargador en el M16 y se agachó junto a la portezuela abierta situada frente a mí. En ese momento comenzó a oírse frente a nosotros el tableteo de armas portátiles, fue aumentando en intensidad, y después cesó rápidamente a nuestra espalda, todo ello en cuestión de segundos.

El helicóptero fue descendiendo más y más, hasta que parecía que sus patines estaban a sólo un metro de la superficie. Me sentía débil y sudoroso, cuando de pronto el soldado me tendió unos auriculares. Entonces caí en la cuenta de que yo era el oficial de mayor graduación —el único— presente. Pero el oficial de mayor graduación no tenía ni idea de qué diablos pasaba. ¿Iba a tomar yo el mando por aquellas estúpidas barritas del cuello de mi uniforme?

"¿Me recibe, señor?", decía el copiloto. "¿Me recibe?", repitió.

"¿Me recibe?", pensé. "Bájame en la próxima parada, quiero comprar cigarrillos."

Los infantes estaban diseminados por la playa, protegiéndose detrás de los árboles. Y por todas partes balas, explosiones, cañonazos: era el mismísimo infierno.

El copiloto me informó de la situación que había ocasionado nuestro cambio de rumbo. Una sección de Infantería de Marina había tomado contacto con el enemigo, le había perseguido hasta la espesura y se había metido en una trampa. En su retirada, los infantes se habían abierto paso hasta alcanzar el río por un lugar en que era demasiado ancho y profundo para cruzarlo, de modo que estaban copados por un número desconocido de enemigos. Estaban bajo un fuego intenso y algunos hombres se encontraban gravemente heridos. Por el momento, nosotros éramos el helicóptero más cercano y casualmente había un médico a bordo.

Yo no estaba muy seguro de qué tenía que ver todo aquello con el vuelo rasante, pero lo que se nos pedía que hiciéramos estaba muy claro. Se nos pedía —se nos suplicaba— que nos metiésemos en el tiroteo para sacar a tres hombres que podían morir sin nuestra ayuda; pero, si bajábamos, era posible que muriésemos todos con ellos. Todavía no sabía exactamente si los tipos del helicóptero estaban preguntándome o diciéndome lo que había que hacer, pero estaba claro que estaban dispuestos a ir como si no hubiera otra posibilidad y parecía que ahora nos dirigíamos allí a toda velocidad.

"Sí", fue todo lo que dije.

Volví a oír el crepitar de armas de fuego ligeras y silbido de balas, pero está vez no se apagaron detrás de nosotros, sino que fueron creciendo en intensidad. Redujimos la velocidad, giramos hacia la orilla y descendimos para aterrizar. Los infantes estaban diseminados por la playa, protegiéndose detrás de los árboles. Y por todas partes balas, explosiones, cañonazos: era el mismísimo infierno.

Antes de que tocáramos tierra, corrieron hacia nosotros, agachándose lo más posible, cuatro soldados que llevaban una manta agarrada por las esquinas; otros dos hombres llevaban a otro herido por las piernas y los brazos. Cayeron a tierra al explotar un obús en el río junto a ellos y continuaron a rastras tirando del herido.

Cuando estaba ayudando a cargar la manta en el aparato una bala o un trozo de metralla atravesó el helicóptero justo encima de mi cabeza. El piloto profería todo tipo de blasfemias por los auriculares, todas ellas relacionadas con la palabra "deprisa". Protegidos únicamente por un escudo de plexiglás y un chaleco antibalas, el copiloto y él estaban atados a los asientos de la carlinga y esperando que fueran cargados los heridos. Cada segundo en tierra era para ellos eterno

Otra explosión en el río sacudió el helicóptero y nos roció de agua. Según corrían a buscar refugio, uno de los infantes, un sanitario, se volvió a saludar. Le hice un gesto con la mano para indicarle que besara el suelo de una puñetera vez.

Nos elevamos y salimos de allí a tal velocidad que todo lo que pude hacer fue mantener a los heridos, y a mí mismo, dentro del helicóptero.

Estoy seguro de que estuvimos en el suelo solamente 20 o 30 segundos, pero fueron terroríficos y agotadores. Me preguntaba cómo podrían haber resistido allí aquellos pobres muchachos toda la tarde y cómo podrían pasar quizá toda la noche. ¿Por qué no habían exigido a gritos escapar en nuestro helicóptero? ¿Por qué el sanitario se irguió para saludar?

Los artilleros volvieron a mirar al infinito con aire distraído y a fumar. Habían hecho la tarea de aquella mañana. No se consideraban héroes, estaban cumpliendo con su obligación. Probablemente habían salvado la vida de algún soldado, pero nunca lo sabrían a ciencia cierta, porque ellos simplemente lo dejarían en el hospital. Me dio la idea de que nunca intentarían saber si vivía, era como si no les importara. Pero la próxima vez que un soldado herido los necesitara, arriesgarían el pellejo por ayudarlo: era su trabajo.

Regresamos al hospital de Da Nang, donde los camilleros se hicieron cargo de los heridos. Yo volví a la zona del hospital, porque necesitaba una taza de café y un vuelo a Phu Bai. Me olvidé de preguntar por qué habíamos volado tan bajo

★ ★ ★

"Bueno, muchachos, ya ha sucedido." Arrojé la gorra al catre al entrar en el barracón "He recibido la orden: voy a zona de combate. Unidad avanzada. Puesto de socorro del batallón (BAS). Es un cuerpo de Infantería, lo que significa estar en la jungla."

Me senté en el catre mirando al suelo.

Después de un silencio incómodo, Myron rompió el hielo: "Tal vez te toque una zona segura."

"Cam Lo, el barranco, y hacia el oeste", contesté "No es precisamente la Ciudad Tranquila "

"¿Cuándo te vas?"

"Dentro de dos días."

Bill se acercó a la nevera, sacó dos cervezas, abrió una y me la ofreció. "¿Qué me dices de una partidita esta noche?"

"Claro, cómo no." Forcé una sonrisa. "¿Por qué no?"

REX FEATURES

ARRIBA: *En una desesperada carrera contra el tiempo, un soldado herido es conducido al helicóptero de evacuación. La rapidez de respuesta de los médicos era crucial*

Después de otro aterrador viaje en un C-130, me incorporé a los efectivos de retaguardia del batallón de infantería en Dong Ha Desde allí me llevaron en jeep a través de varios quilómetros de terreno llano hasta Cam Lo y después al oeste, al "barranco" situado detrás del río Cam Lo.

Iba en el asiento delantero y avanzábamos sin mucha conversación. Cuando dejamos atrás el perímetro exterior de la base militar de Dong Ha, observé que el conductor y el infante de Marina que iba detrás metían un cargador en sus M16. El otro pasajero del asiento trasero, un sanitario que acababa de llegar a Vietnam, metió también un cargador en su fusil; le temblaban las manos de tal forma que pensé que iba a disparar sobre nosotros. Intentando actuar como quien sabe lo que hace e intentando disimular mi propio miedo, metí un cargador lleno en mi 45.

Mientras íbamos dando tumbos en lo que parecía un viaje interminable, estudiaba cada mata y cada árbol de la cuneta. Oculté los distintivos del cuello bajo la camisa para que un destello de sol en las barras de mi rango no favoreciese la elección de candidatos a algún francotirador. ¿Qué demonios iba a hacer si el enemigo comenzaba a disparar? ¿De qué serviría un 45 contra francotiradores o en un ataque por sorpresa?

Entablé conversación con el nuevo sanitario, que se dirigía también al mismo puesto de socorro del batallón, lugar que iba a ser su primer destino en Vietnam. Se llamaba Robby Wills, tenía 19 años y era un chico pequeño, de pelo negro y piel clara, originario de Albany, Georgia. Robby parecía tener 16 años, estaba asustado y se sentía inseguro.

Robby Wills me miraba como a un veterano curtido, un médico, un oficial y un adulto, y yo representaba para él todos esos papeles, aunque sentía que ambos éramos huérfanos desamparados

El "barranco" era un cuenca seca y llana que albergaba unas pocas tiendas y numerosos búnqueres parcialmente subterráneos. Del centro salía una carretera estrecha y sucia que llevaba directamente a las montañas que circundaban Con Thien Y aquellas montañas parecían demasiado cercanas

Mi nuevo hogar era un tienda de suelo sucio, rodeada por un doble muro de sacos de arena de un metro de altura aproximadamente.

CAPÍTULO 3 MÉDICO EN PRIMERA LÍNEA

El sanitario de primera, mi nuevo compañero de tienda, me llevó a recorrer mi nuevo hogar. En uno de los bordes del perímetro, un equipo armado de cañones sin retroceso se preparaba a disparar a través de la alambrada a un grupo de árboles situado a unos 100 metros. No se me ocurrió nada mejor que ponerme detrás de ellos a observar En el momento en que oía a un infante gritar "Todo despejado detrás, ¡fuego!," mi acompañante me tiró al suelo de un golpe y cayó junto a mí. En el preciso instante en que caía, pasó sobre nuestros cuerpos tumbados un chorro de fuego, polvo y residuos despedido por el cañón sin retroceso.

"Ah, y otra cosa, señor: nunca se coloque detrás de un cañón de ésos", me advirtió mi compañero. "El chorro que arroja por detrás puede matar a un hombre hasta a seis metros."

"Gracias."

El perímetro occidental del campamento bordeaba una "zona de tiro libre". Cualquier persona o cosa que se moviera por aquella zona era un blanco al que disparar, lanzar obuses o bombardear. Todos los mapas militares la tenían marcada como tal y se suponía que todos los civiles de la zona habían sido informados de ello.

Las salidas y los regresos se hacían sin palabras, sin dramas, sin heroísmo, sin preguntas. Los que morían, morían.

El basurero del campamento estaba situado en esa "zona de tiro libre". Todas las mañanas a la misma hora salía un camión hacia el basurero y todos los desperdicios del campamento eran vaciados a unos 50 metros dentro de la zona. A los pocos minutos, el basurero se llenaba de vietnamitas procedentes de los pueblos cercanos, que iban a recoger latas y desperdicios. Los soldados que estaban en las torres de vigilancia disparaban cerca para alejarlos. Unos pocos días atrás, un chico vietnamita de dieciocho años había sido herido por uno de esos disparos de advertencia y había sido llevado al puesto de socorro, donde había permanecido hasta que se restableció. Un día, robó una naranjada a un soldado y éste le mató de un tiro cuando intentaba huir

Correspondía al oficial jefe más antiguo escoger a los enfermeros que tenían que salir con las patrullas. Normalmente la elección era automática, porque cada pelotón tenía asignados a unos sanitarios en concreto, pero la semana anterior a mi llegada habían muerto cuatro sanitarios en una operación y era preciso hacer nuevas combinaciones El oficial destinó a Robby Wills conmigo, para que me ayudara a pasar consulta hasta que se habituara a su nuevo trabajo y ambiente.

Todas las mañanas al amanecer pasaba ante nuestra tienda un nutrido grupo de infantes inexpresivos, con la mochila llena, munición suplementaria, equipo pesado, radioteléfonos y morteros, caminando en fila india medio dormidos, y desaparecía a lo lejos entre los árboles. Regresaban todas las noches, cansados, sucios, con la sal del sudor seco marcándose en sus uniformes, y con la mirada vaga y distante. A menudo volvían menos de los que partían y siempre había un infante que traía dos M16 y un aire de amargura, desconcierto y dolor: había caído su compañero. Los enfermos, heridos y muertos llegaban directamente en helicópteros desde el lugar en que caían, por lo cual no volvían con el resto de los compañeros al oscurecer.

Salían patrullas diariamente. Las salidas y los regresos se hacían sin palabras, sin dramas, sin heroísmo, sin preguntas. Los que habían muerto, habían muerto. Los que seguían vivos no habían muerto. Al regreso, desfilaban ante nosotros, comían, limpiaban sus armas y se iban a dormir esperando el amanecer y al sargento para volver a los arrozales, los bosques, la jungla, las colinas. Esperando para pasar otro día andando y sudando hasta acabar nuevamente en el campamento, si tenían suerte.

Patrullas, batidas, misiones, "búsqueda y destrucción". Día tras día, continuamente, como si formara parte de la luz del sol. Parecía como si uno de los objetivos más importantes de las patrullas fuera simplemente que se hicieran, que tuvieran lugar. tenía que haber patrullas, porque eso daba a los hombres algo que hacer. Encontrar al enemigo, entablar contacto, matar, morir, regresar; trampa, bloqueo, resistencia; apoyo aéreo, apoyo artillero; movimiento, avanzadilla de reconocimiento, informes, información. Un juego practicado por teléfono desde la tienda del coronel y con historias de segunda mano En los cinco primeros días, perdí a seis sanitarios y resultaron heridos otros cuatro.

IZQUIERDA: *Durante las patrullas, la muerte recorría la formación como una compañera incansable. Estacas de bambú, minas Claymore, "Bettys saltarinas": todo ello al acecho de un pie imprudente.*

Un día el coronel envió a decirme que me reuniera con él en la orilla del río Cam Lo, porque deseaba mostrarme cuatro cadáveres de vietnamitas que el río había arrojado a la orilla durante la noche. Cuando llegué, el coronel estaba inspeccionando los cadáveres y comenzó a hacerme preguntas.

"Bien, doctor, ¿cuánto hace que están muertos estos norvietnamitas? ¿Qué edad tienen? ¿Murieron antes de caer al agua o se ahogaron?"

No contesté; también yo tenía mis propias preguntas. "¿Cómo sabe que son norvietnamitas?", pregunté.

"Parecen demasiado gordos y saludables para ser vietcong. Llevan el pelo muy corto y uno de ellos viste pantalones de faena. Los campesinos dicen que nunca antes habían visto a estos sopapollas. Cuatro jóvenes encontrados a un tiempo y nadie falta en la aldea. Mierda. Probablemente los campesinos sorprendieron a estos cabrones robándoles el arroz y se los cargaron y los tiraron al río. O quizá...", se interrumpió "Diablos, el único que hace preguntas aquí soy yo, así que examine los cadáveres y venga a mi tienda cuando termine." Volvió al jeep y se marchó.

Cuatro cuerpos desnudos, llenos de agua y notablemente hinchados yacían de espaldas uno al lado de otro. Todos tenían la cara tremendamente hinchada y los ojos, tan grandes como manzanas, parecían querer salirse de las órbitas; los labios eran tres veces más grandes que lo normal y los cuatro tenían la boca abierta y redonda como la de un pez, de la que sobresalía una enorme lengua hendida; de sus narices se escapaba un chorro delgado de líquido sanguinolento.

Un edema generalizado y el rigor mortis les mantenía los brazos hacia arriba y extendidos, con los dedos hinchados dirigidos hacia las nubes. Tenían el escroto del tamaño de pelotas de béisbol y el pene abultado como si estuviera erecto. Las rodillas dobladas en idéntica postura de rana. El olor era agobiante, y los centenares de moscas que se habían congregado a su alrededor estaban inspeccionando afanosamente sus bocas y narices. No había ninguna señal de herida en la zona frontal de sus cuerpos.

Intenté dar la vuelta a uno de ellos, pero debía de pesar más de cien quilos. Me ayudó el conductor, y el cuerpo quedó de bruces sobre la arena sin cambiar su posición. No había rastros de heridas. No me molesté en dar la vuelta a los demas. Tuve que retirarme porque el olor me estaba poniendo enfermo. Bajé al río a enjuagarme las manos y regresé al jeep recostándome sobre él.

Varios niños pequeños se aproximaron y comenzaron a tirar piedras a lo cadáveres y a golpearles con palos. Los mayores chillaban palabrotas en mal inglés contra los norvietnamitas. Los más jóvenes comenzaron a cantar y salmodiar, al tiempo que saltaban y bailaban en círculos alrededor de los cuerpos. ¡Que juego tan divertido! Se reían y gritaban y golpeaban los cadáveres.

Los contemplamos en silencio durante algunos minutos.

El conductor observaba mi cara: "¿Qué piensa, doctor?"

"No sé qué pensar."

"Me refiero a si estaban muertos cuando cayeron al agua."

"No lo sé. ¿Tiene importancia? O sea, ¿a quién le importa un pijo?"

"Al coronel."

"Bueno, me inventaré una historia que encantará al coronel. Le alegrará el día."

★ ★ ★

De vez en cuando ascendía a la torre de madera para pasar el rato, mirando el mundo que me rodeaba a través de los potentes prismáticos de campaña. Una tarde, mirando hacia el sudoeste, avisté a lo lejos una desordenada línea de infantes que serpenteaba lentamente por un arrozal. Había dos mujeres vietnamitas dobladas sobre la tierra pantanosa, trabajando, sin advertir, al parecer, que los soldados pasaban cerca de ellas a intervalos espaciados: una parecía ser una mujer adulta y la otra una muchacha.

La mujer mayor fue abordada por un infante que sacó algo del interior de su camisa y se lo entregó. La mujer volvió a doblar la cintura como para reemprender el trabajo. El soldado le levantó las largas faldas, se abrió la bragueta y la penetró por detrás, copulando con ella mientras la mujer continuaba trabajando en el arrozal con ambas manos. El soldado se apretaba a su espalda agarrando el M6 con las dos manos y con la vista

ARRIBA: *No era sólo la acción del enemigo lo que producía las bajas; las enfermedades también eran un peligro. Los problemas en los pies por la humedad de las trincheras eran algo común entre la tropa.*

fija al frente mientras ambos se balanceaban atrás y adelante al ritmo de sus empujones. Un segundo infante, rezagado de la irregular columna, hizo la misma operación al acercarse a la muchacha. También ella continuó con su trabajo.

Unos minutos después, un pequeño grupo de soldados enfilaron el mismo arrozal. La mujer hizo unas señas con la mano a uno de ellos y se levantó las faldas. El soldado que estaba más cerca de ella lanzó una piedra y la alcanzó con ella.

"¡Eh, doctor!", el teniente de infantería de Marina me puso la mano en el hombro. "¿Ve algún vietcong?"

"No, solamente infantes de Marina."

"¿Quiere disparar a alguien?"

"No."

"Hablo en serio."

Lo miré sin responder.

"El coronel dice que tenemos que herir a una de esas ratas del basurero", dijo sonriendo y encogiéndose de hombros. "Los vietnamitas están llegando a un punto en que no hacen caso de nuestros disparos de advertencia, así que tenemos que demostrarles que va en serio: o se alejan del basurero o les tiroteamos."

"Déjenles que se lleven esos malditos desperdicios.", dije. "Seguramente están hambrientos."

"Es una zona de tiro libre, doctor. Deje a la gente que pasee libremente por allí y enseguida se encontrará que le están dando morterazos desde las cercanías, o que el camión de la basura choca con una mina."

"Sí, supongo que tendrá razón."

"Ya lo creo. Lo que a mí me preocupa son nuestros traseros."

"¿Por qué no les echa humo o gas lacrimógeno o algo por el estilo?"

"Volverían en cuanto se despeje. Es necesario herir o matar a uno de ellos, mostrarles que va en serio."

"Yo no."

"Yo sólo estoy mirando por mis hombres, doctor."

Miré al suelo de la plataforma.

"Doctor, usted tiene que atender al que hiramos, de modo que bien podría tomar posición y dispararle usted mismo."

"No, gracias", dije casi sonriendo. "Estaba intentando largarme."

★ ★ ★

"Wills, quiero hablar contigo." El oficial más antiguo parecía preocupado.

"Ha llegado la hora, ¿no, señor?" Robby estaba esperándolo. "Sabía que tenía que llegar tarde o temprano."

"Bueno, chico", el oficial lo miró a los ojos y después miró al suelo, "ha llegado la hora."

"¿Cuándo?"

"Mañana por la mañana. La Compañía B manda un sección a una patrulla de todo el día. Perdieron a su enfermero en la última salida y..."

"Y yo he de incorporarme a la Compañía B, ¿no es así?"

"Así es, Wills", el oficial intentó sonreír. "Ahora vete a buscar al sargento y mueve el culo antes de que te lo mueva yo."

"Sí, señor", dijo yéndose presuroso.

El oficial más antiguo me miró moviendo la cabeza: "¿Sabes cuántos de los chicos que he mandado con las patrullas no han vuelto jamás?" Era la primera vez que notaba temblar su voz.

"No deseo saberlo", dije.

A la mañana siguiente vi a otra patrulla salir bajo una cortina de agua. El cuarto hombre de la hilera era Robby Wills, con el equipo completo, una sonrisa animosa y el M16; pero en realidad parecía un crío.

Los soldados pasaron la mayor parte del día en una aldea desprotegida en el río Cam Lo. No vieron al enemigo ni nada especial. Cuando regresaban a la base sufrieron una emboscada: el hombre de cabeza resultó muerto y los otros quedaron copados.

Los helicópteros no podían salir con aquel viento y la fuerte lluvia, por lo que el coronel decidió mandar una compañía para intentar sacar a la patrulla del cerco. Eran más de las tres de la tarde cuando la compañía estuvo formada y partió.

Yo esperaba.

La compañía regresó al oscurecer. Los norvietnamitas habían desaparecido en cuanto llegaron los refuerzos, pero no antes de barrer a la mitad de la patrulla. Wills estaba ileso, pero visiblemente tembloroso. Me sorprendió que no tuviera nada que decir aquella noche, ninguna historia de guerra.

Sobre las 2 de la madrugada alguien me despertó: era Wills. Me dijo en susurros que tenía que hablar conmigo, y nos dirigimos a la parte delantera de mi tienda, donde nadie podía oírnos a causa del martilleo constante de la lluvia.

Wills comenzó a hablar y enseguida rompió a sollozar y temblar, completamente hundido. Le llevó tiempo contarme su historia entre explosiones de llanto incontenible. Ese día en la aldea había visto a un soldado negro violar a una chica vietnamita y más tarde, cuando estalló el tiroteo, vio al mismo soldado esconderse detrás de un árbol. En el estado de pánico en que se encontraba, se vio dominado repentinamente por la rabia, los prejuicios y el odio, y disparó sobre el tipo, y pensaba que había sido él y no el enemigo el que le había matado.

Tenía que contarme la historia, necesitaba que le dijera lo que tenía que hacer, deseaba que hiciera una autopsia y viera qué bala había abatido al soldado. Deseaba confesarse.

Le tranquilicé y decidimos no hacer nada hasta que hubiéramos hablado otra vez por la mañana. Wills desapareció tras la puerta de lona entre la lluvia.

No estaba seguro de lo que iba a hacer con aquella información. ¿Era Wills un muchacho confundido y asustado, una víctima? ¿Era un racista asesino? ¿Se había erigido a sí mismo como juez y verdugo? ¿Estaba loco? Si decidíamos que la bala del vietcong había matado al muchacho negro, sería una triste pero rutinaria baja de guerra. Si era la bala del hombre blanco de Albany, Georgia, la que había dado al soldado, sería un asesinato. De cualquier manera, todo eran balas. ¿Por qué tendría que ser yo el juez? ¿Cómo podría juzgarlo? ¿Quién juzgaría al norvietnamita? ¿Quién acusaría al coronel? ¿Quién procesaría al congresista? ¿Quién ejecutaría al votante?

Wills pasó el resto de la noche caminando bajo la lluvia y al amanecer se dirigió de nuevo hacia mi tienda, temblando de frío, miedo y remordimiento.

"Doctor, doctor", susurró. "Vamos al comedor. Abrirán dentro de un minuto y tengo que contarle algo más."

"Ya salgo." Me eché el chubasquero sobre los hombros y fuimos chapoteando entre el barro hasta la tienda en que estaba el comedor. Nos sentamos al borde del elevado mostrador a tomar un café.

"¿Qué va a hacer conmigo, doctor?"

"No lo sé. ¿Qué vas a hacer tú, Robby?"

"No lo sé."

Comenzaba a llover con más intensidad.

Reía y lloraba al mismo tiempo y todos se echaron a reír, aunque no sabían por qué lo hacían.

Comenzaron a verse las siluetas de los infantes de Marina soñolientos que iban entrando en el comedor.

Robby Wills se puso en pie de un salto: "Doctor, es él ¡Es él! ¡Grande como un camión!"

"¿Qué?"

"En la cola, ese negro enorme. Grande como un camión. No está muerto. Es tan grande y negro y feo como siempre. Lo adoro."

Wills echó a correr y se arrojó sobre un enorme soldado de primera abrazándole como un oso. La bandeja del infante salió por los aires y ambos cayeron por tierra cubiertos de café y huevos revueltos.

El sorprendido soldado fue el primero en ponerse en pie y lanzó un tremendo gancho de derecha que golpeó a Wills en la cabeza en el momento en que estaba levantándose y lo mandó hacia mí rodando.

"¡Jodido estúpido!, ¿qué coño haces?", exclamó el infante de Marina, sacudiéndose los restos de huevo de la camisa mojada.

Wills llegó hasta donde yo estaba caminando a cuatro gatas. Reía y lloraba al mismo tiempo y todos se echaron a reír, aunque no sabían por qué lo hacían. El soldado de primera también reía.

Le di un golpe a Wills en el hombro que volvió a echarlo por tierra y me eché a reír también.

"Lo adoro", decía Wills rodando por el suelo. "Lo adoro."

Wills y yo no volvimos a mencionar el incidente.

ARRIBA: *Al tiempo que la muerte visita la ciudad imperial de Hue, una vietnamita llora desconsoladamente por sus familiares muertos* (DERECHA).

Capítulo 4

LLEGADA DE BAJAS

CAPÍTULO 4 LLEGADA DE BAJAS

Lunes 29 de enero, faltaban 129 días. Las "ratitas" (chicas vietnamitas de servicio) charlaban y trabajaban más ruidosa y rápidamente que de costumbre, intentando acabar al mediodía la tarea de la jornada. Iban a ausentarse del trabajo los próximos dos días para disfrutar la festividad del Tet en sus casas, con la familia y los amigos. Algunas planeaban ver a los primos del Norte que presumiblemente harían un intermedio en los juegos de guerra. La contienda parecía muy lejana. Roland me llevó a Hue para la visita del lunes por la mañana al hospital de tuberculosos

Cuando entramos en Hue, nos dio la sensación de que había mayor número de hombres por la calle; caminaban entre las mujeres y los niños, pero no parecía que fueran en su compañía, y tenían un aire resuelto y expectante que parecía más serio que el propio de una festividad.

Un vietnamita vestido de civil nos miraba fijamente y con odio desde la plataforma trasera de un viejo autobús vietnamita que iba dando tumbos delante de nuestro jeep. Tenía aire despreciativo y su cuerpo actuaba como un amortiguador que le permitía mantener aquella mirada penetrante sobre mí, el amistoso Dai úy Bác Si rumbo a su lucha contra la enfermedad en un país atrasado. Me preguntaba si ese hombre no sería un "primo" del Norte que había regresado para el Tet, y estuve dudando si meter un cargador en mi 45, pero al final no hice más que cerrarme hasta arriba el chaleco antibalas. Pensaba que me había equivocado, cuando vi que el vietnamita metía la mano en la camisa verde y holgada que llevaba. Roland también había estado observando al hombre e inmediatamente pisó el freno, al tiempo que echaba mano a su M16.

Civiles y soldados vietnamitas corrían en todas direcciones, aunque ninguno parecía saber exactamente a dónde iba o por qué corría.

Sin apartar la mirada, el hombre sacó un paquete de Salems y, continuando con su comunicación visual sin palabras, encendió un cigarrillo y aspiró el mentolado humo. Pronto quedó claro que el individuo era solamente un miembro más de un auditorio hostil y numeroso. Los habituales grupos de acogida, seudoamistosa o desinteresada, que flanqueaban la carretera estaban salpicados de nuevas y mal disimuladas miradas escrutadoras de curiosidad u odio.

"Quizá las hermanas y los pacientes se hayan ido a sus casas por el Tet. ¿Por qué no te saltas hoy la visita?", dijo Roland mientras esperaba la señal de paso para cruzar un puente.

"Les dije a las hermanas que estaría allí. No tardaré mucho ¿Te esperarás o vas a dejarme y volverte? ¿Un polvo rápido hoy?"

"Te esperaré. Creo que será mejor que regresemos a la base."

Continuamos hacia el hospital.

Las hermanas estaban excitadas como niñas y metían prisa al Bác Si para que acelerara la visita. A pesar de sus protestas, varios pacientes se habían ido de fiesta· habían dejado las medicinas, pero se habían llevado sus esputos infectados a las íntimas reuniones familiares. El único paciente del Vietcong también se había ido.

Una de las hermanas de más edad llegó a la puerta sin aliento y comenzó a hablar con demasiada rapidez para que pudiera

comprenderla; las otras, excusándose convenientemente, fueron abandonando la sala. María fue a un cajón y nos devolvió las armas, explicándonos que estaban empezando las celebraciones de la festividad y los familiares llegaban a visitar a los pacientes, de modo que, en su opinión, sería mejor que regresáramos inmediatamente a nuestra base. Su prisa producía miedo. Salió de la habitación diciendo en inglés que "rogaba por nosotros."

"Vámonos de aquí a toda leche", dijo Roland.

Se oyó el crepitar de armas automáticas por la parte norte del hospital. Roland conducía a gran velocidad y los civiles se apresuraban a apartarse de su camino. Volvió a oírse un tableteo de armas automáticas, en aquella ocasión algo más cerca. A nuestro lado pasó a toda velocidad y en dirección contraria un convoy de 10 o 12 vehículos de transporte de tropa llenos de infantes. En la carretera Uno abrieron fuego armas ligeras.

Civiles y soldados vietnamitas corrían en todas direcciones, aunque ninguno parecía saber exactamente a dónde iba o por

IZQUIERDA: *Por cada William Calley hubo 1.000 hombres que conservaron un sitio en sus corazones. Un infante de Marina socorre a un niño vietnamita herido por una explosión.*

qué corría. Era evidente que algo estaba transformando el excitado espíritu de fiesta en un miedo confuso y cargado de amenazas. Junto a nosotros pasó otro convoy de infantes, seguido por dos transportes acorazados de tropas y un carro de combate, avanzando a toda velocidad. El polvo y el ruido sembraban el pánico entre los niños mientras las cadenas se hundían en la delgada capa de asfalto.

Cuando llegamos al puente, los infantes de Marina que estaban de guardia no nos hicieron caso. Uno de ellos hablaba por radio y los otros bajaron corriendo hacia la orilla con una docena de soldados survietnamitas y comenzaron a disparar al agua. Una continua serie de helicópteros volaba a baja cota hacia el corazón de la ciudad. El ruido de las armas ligeras fue muriendo a nuestra espalda a medida que nos alejábamos de la ciudad por la carretera Uno.

Al amanecer del día siguiente me despertó el ruido de los sanitarios corriendo de barracón en barracón con el grito, ya demasiado familiar, de "¡Bajas en masa!"

Durante las tres horas siguientes hubo un continuo aterrizar y despegar de helicópteros con su ruidoso torbellino de polvo, y antes de que acabara el día habían descargado en aquella pequeña zona de aterrizaje 300 hombres, entre muertos y heridos Hue había caído durante la noche y los infantes estaban intentando reconquistarla. Muchos civiles habían sido acribillados en las calles por un intenso fuego cruzado.

★ ★ ★

"Oye, D. J., ¿sabes dónde está el hospital de TB?"

"Sí."

"Hay seis hermanas católicas al frente de ese hospital. En los últimos tiempos he estado ayudándolas y eso es razón suficiente para que los soldados norvietnamitas las maten."

"Bueno, eso está a bastante distancia del recinto amurallado donde ahora se combate, de modo que no voy a conseguir permiso. De todas formas, las hermanas habrán huido."

"No dejarían el hospital; estarán trabajando hasta que los norvietnamitas las acribillen", dije. "Ve allí y diles que yo les pido que vengan contigo."

D. J. estuvo un rato pensativo mirándome cómo trabajaba. "Si me hubiera dicho mi comandante que hiciera eso, con todo respeto, le habría dicho que lo dejara correr Pero si de verdad quieres que lo intente, lo haré."

Mis ropas estaban cubiertas de sangre, vómitos y sudor, pero lo único que de verdad me molestaba eran los restos de sesos que se me quedaban en las uñas.

"No hagas más que acercarte lo bastante para ver si es posible; si lo consigues, dile a una que se llama María que yo he dicho que te acompañe y las otras la seguirán. Si no puedes, olvídalo."

"Sin alguien me hubiera dicho que iba a morir por un puñado de mujeres vietnamitas..."

Me ocupé de otro herido y, cuando alcé los ojos, D. J. se había ido.

Hacia las 11 de la mañana, el recinto hospitalario estaba de bote en bote Todos los quirófamos estaban llenos y en los vestíbulos había colas de heridos esperando para hacerse radiografías o para ser operados. "Selección" estaba cubierta por una alfombra de heridos de pared a pared, y los médicos y enfermeros iban saltando entre ellos y a su alrededor arrodillándose, sentándose, levantándose, pero sin parar. El mar de camillas se desbordaba por el aparcamiento y la zona de aterrizaje de los helicópteros. Muchos de los heridos estaban echados en el suelo; los muertos yacían entre los heridos, y algunos heridos entre los muertos.

"Necesito esa sonda abdominal ahora mismo."

"Grupo sanguíneo y compatibilidad para ocho unidades, y traedme las dos primeras volando."

"Llevad a esos dos al Registro."

"Pon en el rincón a ese que tiene los sesos por el pecho."

"Pon el dedo en este agujero y no lo quites hasta que consiga meterle la sonda."

CAPÍTULO 4 LLEGADA DE BAJAS

"Gírale la cabeza, ¡está vomitando!"

"¿Quieres hacer el favor de apostar a un sanitario en la zona de llegada de los helicópteros, para que no traigan aquí esos puñeteros cadáveres y los lleven directamente al Registro?"

"Deja a esos malditos civiles, hay soldados agonizando por todas partes. ¡Formaré un consejo de guerra al próximo que toque a un civil herido!"

Tenía las botas empapadas de sangre y los dedos de los pies chapoteaban dentro de ellas. Mis ropas estaban cubiertas de sangre, vómitos y sudor; tenía las manos tan pegajosas por la sangre seca que se hacía difícil trabajar con ellas, pero lo único que de verdad me molestaba eran los restos de sesos que se me quedaban en las uñas.

Hacia media tarde quedó claro que no se veía el fin; por el momento, en las salas de operaciones y en la de desbridamiento había trabajo suficiente para otras 24 horas y seguían llegando más bajas. Fuera aguardaban 100 civiles heridos, entre lamentos y gemidos, y, amontonados ante la puerta, los clientes del Registro esperaban en medio de un grotesco silencio.

El sacerdote no administraba los sacramentos con rapidez suficiente y echaba la bendición a algunos vivos, pasando por alto algunos muertos. Más vivos bendecidos que muertos sin bendecir, mejor bendecidos y vivos que sin bendición y muertos. Lo único que habría deseado es que el cura hubiera sabido poner una intravenosa.

A primera hora de la tarde llegó D. J. cojeando. Riendo como un niño, me mostró seis dedos extendidos, sin que pareciera darse cuenta de que estaba abriéndose camino a través de un mar de cuerpos.

"Eh, doctor, las traje, a las seis. Están ahí fuera, atendiendo a los civiles heridos."

"¿Está María entre ellas?

"¿Cómo demonios voy a saber sus nombres?"

"Ella habla inglés."

A media tarde me encontraron desplomado sobre un soldado muerto, inconsciente pero empuñando firmemente una sonda y una abrazadera Kelly.

"En el helicóptero no podía oír nada y Hue es un enorme campo de batalla."

"D. J., has hecho algo maravilloso. Gracias."

"He hecho algo estúpido, pero ¡no hay de qué!"

Nuevamente se había ido. Sabía que algún día lo discutiríamos tomando unas cervezas, y probablemente en más de una ocasión. Deseaba ir a ver a las hermanas, pero en "Selección" era precioso cada segundo. Aquel ritmo se mantuvo hasta que oscureció y los helicópteros no pudieron seguir entrando en la ciudad, aunque uno se las arregló para traer un muerto y seis heridos a las 2 de la madrugada. Las operaciones y los desbridamientos continuaron ininterrumpidamente durante la noche. Tan pronto como estuvieron todos atendidos en "Selección", pasé a trabajar a la sala de desbridamiento. Ya entonces el retraso sufrido en los que llegaron a primeras horas del día había incrementado el porcentaje de infecciones en las heridas menores. A las 3 de la madrugada, aproximadamente, un enfermero me trajo un bocadillo y un café solo, que consumí mientras él preparaba el siguiente herido.

Se oía el tiroteo justo al otro lado de la pista de aterrizaje y circulaban rumores de que Hue había caído y Phu Bai iba detrás. Se suponía que el enemigo intentaría apoderarse de la pista después de "ponerla a punto" con fuego de mortero.

Un crujido odioso y ensordecedor hizo temblar el edificio. Nos echamos al suelo y permanecimos inmóviles al tiempo que varios proyectiles hacían impacto en la pista de aterrizaje cercana al hospital. Cuando retornó la calma, algunos se dirigieron a los refugios, pero la mayoría continuamos trabajando. La secuencia se repitió cuatro veces y en cada serie de granadas el corazón me latía con más rapidez; me temblaban tanto las manos que era difícil seguir trabajando, pero aún quedaba mucho por hacer.

Comenzó la quinta serie de disparos, pero ésta no acabó como las anteriores y parecía que los proyectiles caían más cerca, porque la metralla y el polvo rociaron el edificio del hospital. Muchos heridos comenzaron a arrastrarse hacia los refugios. Yo me sujeté el casco con una mano y me arrastré sobre el estómago hacia el muro defensivo. Las granadas de mortero comenzaban a pasar más allá de nuestras cabezas, hasta alcanzar

IZQUIERDA: *Un soldado herido es arrastrado a lugar seguro durante los virulentos combates librados en las calles de Hue. Los cadáveres de muchos soldados permanecieron bastantes días en el mismo lugar en que cayeron.*

el cuartel general del batallón Las oía silbar encima de mí: las de sonido más agudo pasaban de largo; las que recordaban a un tren de mercancías hacían impacto en las cercanías. Tras la desagradable explosión llegaba el ruido de la tierra y el metal que chocaban contra el edificio y el muro defensivo.

El prolongado crujido de las explosiones era interrumpido por el agudo chasquido de nuestras armas al devolver el fuego, y llegó un punto, mientras las granadas silbaban sobre mi cabeza, en que no lograba distinguir entre el silbido de las que se alejaban y el silbido de las que llegaban. Estaba tumbado en el suelo, helado de miedo, a medio camino del muro de contención y no me veía capaz de moverme ni un milímetro; estaba completamente paralizado, con la cara contra el suelo, sintiendo el sabor del polvo en la boca y notando el sudor y las lágrimas que resbalaban a ambos lados de la nariz. Por algún motivo descabellado pensé en el Código de Justicia Militar. ¿Era eso lo que les ocurría a los que eran declarados cobardes? ¿Eran incapaces de avanzar frente al enemigo? ¿Incapaces de retroceder? ¿Incapaces de moverse? Durante largo rato seguí en el suelo completamente paralizado; quizá llegara a dormirme, porque lo siguiente que supe era que salía el sol y que se había reanudado el ruidoso desfile de los helicópteros.

Durante los dos días siguientes, se repitió la pesadilla del día anterior, incluso acrecentada. Sólo en el segundo día recibimos 500 bajas incluidos numerosos civiles. Mis reacciones eran más mecánicas que razonadas, actuaba como un zombi. Del tercer día no recuerdo mucho. A media tarde, me encontraron desplomado sobre un soldado muerto, inconsciente pero empuñando firmemente una sonda y una abrazadera Kelly.

Nuestro comandante estableció un turno para dormir obligatorio: todos los médicos y enfermeros tenían que regresar a sus barracones para descansar durante un período de seis horas cada veinticuatro. El trabajo continuó con un ritmo frenético durante otros ocho días y, pese al completo agotamiento físico, sufría de insomnio durante el período de sueño obligatorio. Me tumbaba en el barracón mirando fijamente al techo y escuchando el ir y venir de los helicópteros. A menudo, apretaba los puños y maldecía en alto cuando nadie podía escucharme; a veces lloraba, pero la mayor parte del tiempo la pasaba echado en la cama o en el suelo del refugio pensando.

Durante 10 días continuó la interminable hilera de soldados heridos, sin que pudiéramos mantener el ritmo. En las raras ocasiones en que "Selección" estaba vacía, excepto por los heridos en la cabeza que esperaban la muerte, había siempre horas de trabajo pendientes en las salas de operaciones y de desbridamiento. Muchos heridos no llegaban a nuestras manos hasta que ya tenían las heridas infectadas, lo cual complicaba el tratamiento. Nuestro trabajo era perturbado, además, por ocasionales ataques de artillería enemiga, un tipo de los cuales incluía las granadas de gas que provocan irritaciones y vómitos. El calor, el equipo antibalas y las caretas antigás hacían aún más abrumador el trabajo. Los problemas de medicina general sólo eran atendidos en la medida de lo posible. También nos llegaban camiones cargados de heridos civiles, aturdidos, desmayados, histéricos, aterrados, y sólo podíamos prestarles primeros auxilios antes de enviarlos a los hospitales provinciales.

> El castigo para los que habían tenido relaciones con los norteamericanos fue rápido y definitivo... A nuestro barbero vietnamita lo trajeron con ambas manos amputadas.

A varios quilómetros de distancia, la ciudad de Hue estaba en ruinas. En los primeros momentos, los estudiantes vietnamitas facilitaron información y fotografías al Ejército de Vietnam del Norte, actuando como guías en una búsqueda casa por casa de los familiares de los soldados survietnamitas, y de los familiares y amigos de los que colaboraban con los norteamericanos. Aquella gente fue muerta en su casa o sacada a la calle para matanzas en masa. Un día, unos 100 civiles fueron alineados contra el muro exterior de la iglesia católica y acribillados con ametralladoras. Los norvietnamitas entraron en el hospital de tuberculosos donde yo había trabajado y fueron sala por sala matando a todos los pacientes que no habían huido.

CAPÍTULO 4 LLEGADA DE BAJAS

El castigo para los que habían tenido relaciones con los norteamericanos fue rápido y definitivo Muchos de nuestros intérpretes y nuestras "ratitas" fueron muertos y a nuestro barbero vietnamita lo trajeron con ambas manos amputadas.

Los soldados norteamericanos estaban esparcidos entre los cadáveres en descomposición que se hallaban alineados por las calles del centro de Hue. En la feroz batalla casa a casa por la reconquista de la ciudad, las mujeres y los niños se habían visto atrapados entre dos fuegos. Los tanques norteamericanos, los morteros y los cohetes destruyeron edificios enteros con sus ocupantes a medida que iban "liberando" la ciudad.

Toda aquella inútil pérdida de brazos, piernas y vidas tuvo como objeto restablecer algún absurdo equilibrio que los sucesos de aquellos días habían revelado como muy frágil.

"¡Parrish!"

Giré en redondo· "Sí, señor "

"Deseo hablar con usted." El nuevo cirujano de división había estado detrás de mí en "Selección"

"Vamos a enviarle a Dong Ha."

"Ah", fue todo lo que logré decir en un principio Todos sabíamos que Dong Ha quedaba dentro del radio de tiro de los cañones de largo alcance de la Zona Desmilitarizada

"Aquí el trabajo está disminuyendo un poco, Parrish, y todos tenemos que contribuir en el frente, ya sabe."

"Sí." Estaba demasiado cansado y carente de emociones para reaccionar o resistirme. Además, no podía hacer nada.

"¿Cuándo he de partir?"

"Mañana, en el primer vuelo de la mañana."

"Sí, señor " Me excusé y salí del club. Otra vez tenía que ir, sin posibilidad de elección. Dong Ha o la retaguardia: uno podía morir por estar donde no debía en el momento inoportuno.

Me sentía asustado y solo. No sabía lo que había ante mí, pero, fuera lo que fuera, podría durar seis meses más.

Y ahora sabía lo largos que pueden ser seis meses.

★ ★ ★

"¡Eh, joder, o soy un maldito hijoputa o ése es el cabronazo de John Parrish."

Aquella voz, aquella sonrisa... era Jim Veesar. Continuó: "¡Eh, tío!, ¿qué coño estás haciendo aquí. juerguista? ¡Eh!, especie de..."

"¿Cómo estás, Jim? Me han destinado a Dong Ha."

"¡A mí también! ¿Te das cuenta? Del campo de batalla a Dong Ha."

Jim Veesar había llegado a Dong Ha tres días atrás, así que me mostró el lugar, hizo de anfitrión durante un día entero de consulta y me ofreció una cama en su barracón.

Vacié el contenido de mi petate en un taquilla y estaba bebiendo una cerveza y desatándome las botas de campaña antes de darme cuenta de que Jim me hablaba.

"Asisto en muchas operaciones y hago toda clase de cosas. Los cirujanos me permiten hacer de todo, es fantástico."

"Es estupendo, Jim." Como de costumbre, no se daba cuenta de mi falta de entusiasmo. "¿Hay muchos bombardeos?"

"Todos los días. Todos y cada uno de los días " Jim abrió otra cerveza. "Hay dos ruidos que aprendes a odiar aquí. Uno es el de los proyectiles de artillería: el silbido es mucho más agudo que el de los cohetes, y el estruendo de la explosión es mucho más intenso y prolongado que el de las granadas de mortero. El otro ruido que llegarás a odiar es el de los helicópteros al aterrizar."

"¿Por qué?

"Significa jaleo." Jim se inclinó hacia delante, dejó de sonreír y dijo: "Cada vez que un helicóptero aterriza, todos los que estamos en el recinto vamos a 'Selección'. Como no somos muchos, nos llaman siempre. Cada helicóptero es recibido por todos los médicos."

> Por delante de mí pasó una camilla en la que iba otra vietnamita con la mano derecha arrancada y varias heridas... Con el brazo sano apretaba a un niño contra el pecho.

"¿Incluso a medianoche?"

"Incluso a medianoche, John. Y llegan a todas horas, hasta hartarte. Además la zona de aterrizaje está justo detrás de nuestro barracón, así que de todas formas el torbellino de aire y arena y el ruido te sacan de la cama; puede que tú vayas también a 'Selección'."

"Me parece terrible "

"Llega un punto en que echas a andar mecánicamente hacia allí en sueños, en cuanto te despiertan el ruido y la ráfaga de arena que te da en la cara. Llega un punto en .."

"Jim, hablas como un maldito veterano y sólo llevas aquí tres días."

"Tres días más que tú, bobo de los cojones."

"Es verdad."

"Y tres días pueden ser eternos Espera y verás."

"Mejor será que durmamos un poco, porque éste parece ser

IZQUIERDA: *Un puesto médico improvisado en Hue, donde los sanitarios trabajaban sin descanso para prestar asistencia y aliviar a los heridos y los moribundos.*

el típico sitio donde es mejor que estés durmiendo siempre que puedas "

"Si puedes."

El ruido de un helicóptero acercándose hizo que Jim dejase la cerveza que iba a abrir. "Maldición, ahí llega uno de esos cabrones."

El helicóptero aterrizó detrás de nuesto barracón Como Jim me había avisado, el polvo, la arena y el ruinos nos envolvieron. Nos dirigimos a "Selección", donde nos recibieron los demás médicos, algunos vestidos sólo con camiseta, calzoncillos y sandalias

Los camilleros trajeron a una vietnamita con las piernas amputadas desde la mitad del muslo; estaba desnuda de cintura para abajo y los muñones de fibras gelatinosas ya no sangraban.

"No es preciso que paréis, está muerta."

Por delante de mí paso una camilla en la que iba otra vietnamita con la mano derecha arrancada y varias heridas en el costado y los muslos Con el brazo sano apretaba a un niño contra el pecho. Los dos estaban cubiertos de polvo y sangre La madre perdió el conocimiento y el niño quedó separado del pecho y comenzó a llorar.

Entonces empezó. Aterrizaron nuevos helicópteros y durante las dos horas siguientes recibimos una riada continua de mujeres y niños destrozados por las explosiones, gravemente quemados o muertos. Las mujeres gemían y los niños lloraban; el olor a carne quemada era tan penetrante que algunos de los médicos tenían que llevar careta. Y yo sabía, según los sonidos y olores penetraban en mi cerebro, que iban a alojarse allí y que no me sería fácil eliminarlos de la memoria.

Horror, repugnancia, rabia... Apenas tenía tiempo para experimentar emociones y mucho menos para expresarlas... Reaccionaría más adelante, tal vez al cabo de los años.

Niños de pecho muertos, carbonizados; una niña de seis años con una pierna amputada se negaba a separarse de su hermano de dos años ileso; el cuerpo de una adolescente embarazada de nueve meses sin cabeza y sin pecho derecho y goteándole el líquido amniótico de la vagina; viejas con heridas en el tórax, madres llorando a sus hijos muertos y niños aterrados abrazados a madres muertas.

"Hoy es el Día de San Valentín", dijo Jim. "Podemos llamarlo a esto nuestra Masacre del Día de San Valentín."

No podía contestar. Horror, repugnancia, rabia... Apenas tenía tiempo para experimentar emociones y mucho menos para expresarlas. Lo máximo que permítia la eficiencia era una sincera preocupación profesional. Reaccionaría más adelante, tal vez al cabo de los años.

"La verdad es que es una presentación jodida, pero de todas formas. . bienvenido a Dong Ha."

Alcé la mirada para ver a un médico enorme y con bigote, cuya graduación permitía suponer que fuera el comandante del hospital. "Esto es el resultado de un bombardeo nuestro accidental sobre una aldea amiga. Les hemos arrojado napalm."

"¡Oh, no!" Me sentí asqueado.

El comandante pasó a atender a otro herido y al alejarse se volvió a mí, me observó por encima de las gafas y dijo: "Me pregunto si podremos añadirlos a nuestro 'recuento de cadáveres'."

Un niño de seis años con quemaduras de tercer grado en la cara, pecho y brazo. Espantoso Hace falta una intravenosa. Afortunadamente fue el último. Había salido el sol y probablemente ahora los helicópteros habrían partido ya a recoger nuevos heridos. Jim me mandó a la cama a empujones.

"Duerme un par de horas antes de la consulta", dijo Jim, "si es que las bajas no comienza a llegar demasiado temprano."

"Estoy muerto." Caí vestido sobre mi nueva cama arenosa. "Creo que no va a gustarme Dong Ha Si me preguntas..."

¡BROOOMM!

Jim cayó al suelo rodando.

Una explosión me agitó de pies a cabeza; un ruido agudo y penetrante fue seguido por una segunda explosión ensordecedora.

Rodé al suelo y me cubrí la cabeza. Jim empezó a buscar el clavo del que colgaba su chaleco antibalas, pero en el momento en que lo tocaba otra explosión lo estrelló de espaldas contra el suelo de madera junto con todo su equipo.

"¡Santo Dios!, ya están aquí esos cabrones." Comenzó a deslizarse sobre el vientre hacia la puerta trasera. "Esas son las granadas de tu recibimiento, John, escúchalas."

No intenté coger mi chaleco antibalas, sino que salí arrastrándome por la puerta trasera y en cuanto toqué el suelo me tumbé boca abajo, haciendo el cuerpo lo más liso y pequeño posible

Estallaron un grupo de cinco o seis granadas más. No podía creer que una sola explosión pudiese durar tanto. Brrroooommm. Fue un sonido asqueroso, sordo e intenso.

Después de unos segundos de calma, Jim echó a correr, agachado, hacia el refugio más cercano, que era el gran búnquer de "Selección", situado junto a la zona de aterrizaje de los helicópteros. Acababa de entrar cuando nuevas granadas comenzaron a golpear ruidosamente el terreno. Yo estaba demasiado asustado para seguirlo.

Un minuto completo de silencio, y al fin me puse a gatear apresuradamente hacia el refugio. Cuando alcancé la entrada, salían casualmente Jim y otros médicos.

Jim se estiró, bostezó y me miró cuando pasé gateando a su lado. "Hola, buenos días, Tortuga Reptante " Sonrió "El ataque ha acabado y el Jefe Polla Gigante quiere que seas su invitado en el desayuno. Los dioses boom-boom de las colinas nos han dicho que sale el sol y comienza un nuevo día."

Me incorporé cautelosamente. "¡Quieres decir que ya está! Se acabó y vamos a ponernos a trabajar pretendiendo que no nos han cañoneado. ¡Estas granadas podían habernos matado!"

"Ocurre todos los días, y a veces durante todo el día, querido John, pero tenemos cosas que hacer. Vamos, de momento ha cesado. Quizá eso sea todo por hoy o puede que en este momento estén cargando esos malditos morteros."

"Creo que no me gusta Dong Ha."

"No es la jungla, querido John. Recuerda eso nada más: no es peor que la jungla."

★ ★ ★

DERECHA: *El rostro de la guerra. Un soldado herido grita agonizante, y su angustiado rostro evoca todo el horror, desolación y futilidad de la guerra.*

CAPÍTULO 4 LLEGADA DE BAJAS

Estaba verdaderamente solitario y nostálgico A menudo me sentaba a solas contemplando el Registro a través de la zona de aterrizaje de los helicópteros. Las bombillas desnudas me llamaban la atención mientras contemplaba a los infantes del Registro trabajando por la noche: etiquetando, rellenando impresos, limpiando cadáveres, jugando a las cartas, esperando...', vigilando a los muertos.

Todos ellos habían muerto por quienquiera que fuera el que nos había llevado a ese país y por cualesquiera que fuera la causa de ello. La ambición, la política interna o externa, los errores, el sacrificio, la democracia, la libertad, la dictadura, el amor, el odio o lo que fuera, habían destrozado a esos muchachos. Estaban completamente muertos, porque no se puede estar más muerto que estando sin cabeza, con el cuerpo hichado tras yacer en el lodo durante tres días, y lavado, etiquetado, encerrado en un saco verde y metido en un congelador. Nunca se está más muerto que cuando se está despedazado completamente; nunca se llega a estar tan muerto como cuando, teniendo la cabeza entre las manos de un pobre médico de la Armada, se le echa una bocanada de sangre sobre el regazo y luego, al tiempo que los dedos aflojan la presa sobre su camisa, se deja simplemente de respirar.

Tenía todavía el pie izquierdo en la bota, unido a la rodilla únicamente por unas pocas tiras de piel El sanitario lo separó cortando con un par de tijeras gigantes, mientras yo aplicaba un torniquete compresivo, le sacaba un poco de sangre para ver el tipo y hacer la compatibilidad, y le ponía una intravenosa en su enorme y musculoso cuello· estaba ya conmocionado y teníamos que darnos prisa. Era uno de esos días en que Jim Veesar lo pasaba completo en el quirófano Finalmente, sobre las 10 de la noche y apoyados en nuestro nuevo muro defensivo, encontramos tiempo para tomar una cerveza juntos.

"Jim, debes de estar harto de operar, y agotado. Has pasado todo el día ahí dentro."

"No está mal, es divertido, me dejan hacer muchas cosas Es una buena experiencia "

"¿Quién la necesita?", protesté.

"Pero me está dificultando mi estudio. Tendrás que ayudarme, ya que tú estás en 'Selección' la mayor parte del tiempo."

"¿Estudio?" Encendí un Winston, ese día tenía cigarrillos.

"Sí, estoy haciendo una encuesta para descubrir el porcentaje de infantes de Marina a los que les gusta comer el coño".

"Estás de broma "

"No, se trata de norteamericanos medios entre 18 y 19 años, y quiero saber cuál es la incidencia del sexo oral entre ellos."

"¿A quién le importa eso?"

"Nunca tendré otra oportunidad de entrevistar a un grupo representativo tan amplio: son miles de muchachos "

"¿En 'Selección?'"

"Claro, le pregunto a cada infante que ingresa si le gusta comer el coño."

"Estás loco."

"Y tú tienes que ayudarme en la encuesta." Jim estaba serio a pesar de su sonrisa.

"Vale, está bien. Si me acuerdo. Suelo hablar algo con los muchachos."

"Muy bien, te traeré otra cerveza." Jim se levantó y se encaminó hacia el barracón.

"Estás loco. De veras, Jim, estás loco.

Sabía que Jim no iba a traer aquella cerveza, porque llevaba un rato viendo la luz que se aproximaba por el cielo. Ahora podía oír el zumbido aleteante del motor del helicóptero y sabía que se dirigía a nuestra zona de aterrizaje. El ruido creció y un gran helicóptero "46" de cuatro patines tomó tierra en medio del habitual torbellino de arena. Me agaché detrás del muro defensivo hasta que acabó la tormenta mecánica y luego me dirigí a "Selección".

Traía aproximadamente una docena de heridos. cuatro casos graves en camilla, el resto leves. Volvimos al trabajo y yo me senté en el largo banco situado contra la pared al lado de un paciente con fiebre. Después de algunas preguntas, le hice tumbarse en el suelo de cemento para reconocerlo. En el momento en que me arrodillaba para tocarle el vientre, alcé los ojos y vi a Jim inclinándose a hablar a un muchacho negro sin piernas, al tiempo que le clavaba una aguja en el brazo para inyectarle líquido. El muchacho en un principio levantó la cabeza con gesto de incredulidad, pero después sonrió; luego comenzó a hablar riendo de verdad. Jim pasó a mi lado ayudando a llevar la camilla a rayos X.

"Los muchachos negros no comen 'conejos', me dijo. "Les parece una cochinada."

★ ★ ★

"Estar en la retaguardia no es ningún chollo, pero tampoco te agujerean el culo." El joven teniente de Infantería de Marina se había sentado a mi mesa sin ser invitado y ahora estaba cortando su segundo filete.

"En esta guerra, es difícil decir dónde está la retaguardia." Hablé sin levantar la vista del filete que estaba cortando enérgicamente. "Cualquier civil te puede matar y en cualquier carretera puedes tropezar con una mina. Las granadas de mortero y los cohetes pueden llegar de campo abierto o de las aldeas amigas."

"Saben que la pacificación, el recuento de cadáveres, las personas de confianza y las aldeas amigas, es todo una mierda. Un puñado de pura caca..."

"Sí, pero mira", hablaba con la boca llena, "aquí estamos sentados tomando una cerveza y un filete", encogió los hombros con gesto sorprendido, "y una ensalada aliñada y en una ensaladera, nada menos."

Dejó la mesa y esta vez regresó con dos raciones de tarta de melocotón y tres cervezas. Me dio una de las cervezas y continuó hablando.

"Imagínate, doctor. Ayer a estas horas estaba agachado entre la hierba intentando descubrir cómo sacaría a mis hombres de un tiroteo sin perder a la mitad de ellos. Y mañana quizá nos tiren en la Zona Desmilitarizada " Atacó su segundo pedazo de tarta. "Pero hoy, filete, cerveza y ensalada en una ensaladera."

"Y mantel, bar y música", añadí.

"¿Trabajas aquí?"

"Temporalmente."

"Yo estoy en la selva. El comandante me envía a retaguardia cada dos o tres semanas a tomar un filete caliente, una ducha, demasiadas cervezas y a dormir 12 horas." El teniente había tomado su ducha y su filete y estaba esforzándose en lo de las demasiadas cervezas. "El comandante dice que tengo que alejarme de mis hombres de vez en cuando "

"Tal vez tenga razón."

"Sí, doctor, imagino que sí. Al cabo de un tiempo me alelo y me arriesgo demasiado. He pasado más de seis meses en la selva."

Moví la cabeza: "¿Por qué tanto?"

"No lo sé. Podía haberlo alternado, pero conocía a todos aquellos chicos y nadie puede ocuparse de ellos como yo." Encendió un cigarrillo y abrió otra cerveza. "Mira, ayer mismo habrían barrido a la mitad de ellos si yo no hubiera estado arrastrándome entre la hierba gritando órdenes, colocando los morteros y todo eso. Teníamos dos piezas de 40 y les zurramos la badana de verdad. en 20 minutos limpiamos la línea de árboles."

"Tienes que dejarlos alguna vez."

"Ya lo sé, pero adoro a esos muchachos. Son grandes soldados. Combaten como locos cuando se lo pido. Adoro de verdad a esos cabrones ignorantes."

"Te abandonará la suerte si sigues forzándola."

"No es suerte, sé lo que hago, no hay problema. Me han herido tres veces, pero a este menda no van a matarlo."

"¿Tres heridas? ¿Por qué no vuelves a casa?"

"No quiero. Mi trabajo es zurrar la badana y conservar a mis hombres vivos, y en eso soy cojonudo."

Seguimos bebiendo durante unos minutos sin hablar

"Crees que estoy loco, ¿no?"

"Ya no sé lo que significa la palabra locura."

"Bueno, hago locuras porque es mi trabajo." Se inclinó hacia adelante y tamborileó con el dedo índice en la mesa. "Yo mato, doctor. Yo mato. O sea, que eso es en sí mismo una locura, ¿no es cierto?"

"Cierto."

"Mi trabajo es conservar vivos a mis hombres y zurrar la badana, y hago lo que sea preciso para cumplirlo. El mandamás quiere que lo haga y lo hago."

Asentí con un movimiento de cabeza.

"Y ellos saben cómo lo hacemos, no son ciegos ni sordos. Saben lo mal que huele todo esto, saben de qué va."

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que saben que la pacificación, el recuento de cadáveres, las personas de confianza y las aldeas amigas es todo una mierda. Un puñado de pura caca para alimentar a la Liga de Votantes Femeninas, a los senadores y a los pacifistas." Era evidente que el teniente tenía algún peso en la conciencia y necesitaba la cerveza, mis oídos y un poco de descanso.

"Hago cosas, doctor, que son verdaderas locuras, pero tengo que hacerlas."

"Es una guerra de locos." Intentaba ayudarle.

"No es así de sencillo, es mucho más complicado."

"Lo sé, es..."

"Doctor, la semana pasada mataron a mi sargento."

"Lo siento, yo..."

"¿Sabe como murió?"

"No."

"Le rebanaron la garganta mientras dormía."

Dejé de intentar interrumpirlo

"Nosotros liberamos aquella aldea amiga del dominio del Vietcong y la primera noche que pasamos allí a cuatro de mis hombres se los cargaron misteriosamente. La segunda noche a

ABAJO: *Corriendo a buscar abrigo en medio de una lluvia mortífera. Incluso con granadas estallando a su alrededor, los equipos médicos continuaban su tarea, despreciando el peligro.*

US ARMY

(FEX FEATURES)

mi sargento le rebanaron la garganta." Tenía los ojos acuosos y hablaba cada vez más rápidamente. "La tercera noche decidimos que sería mejor que todos durmiéramos a 100 metros de la aldea, entre los árboles. Nadie murió misteriosamente, pero estuvimos toda la noche recibiendo fuego de mortero sin saber de dónde venía. Sé que si volvemos mañana a la aldea, habrá cien nuevas trampas-bomba esperando a mis hombres."

"No volváis", sugerí.

"Si no volvemos, el Vietcong se instala allí, toma el arroz para su abastecimiento, almacena munición y nos bombardea desde la aldea amiga y no podemos contestarle. Unas semanas después y unas aldeas más, y estarán bombardeándonos aquí mismo en la retaguardia."

Hizo una pausa y prosiguió:

"La próxima vez que tome una aldea, voy a matar a todo bicho viviente si es necesario, para que mis hombres no sigan muriendo después de acabada la batalla, que ya mueren bastantes durante ella. Es la única manera de tomar una aldea."

"No puedes matar a tiros a todos sus habitantes. ¿Qué clase de victoria es ésa?"

"No son victorias, doctor, sólo se trata de no perder. Porque cuando pierdes, la pérdida es enorme."

"Creo que deberíamos volvernos a nuestra casa."

> "Lo único que deseas es dormir y seguir vivo, y conservar a tus hombres con vida... aunque tengas que matar a cualquier cosa amarilla que se mueva para conseguirlo."

"Por mí, encantado. Pero mientras siga aquí, voy a hacer mi trabajo."

"Bébete la cerveza y vete a dormir un poco."

Se fue y regresó con tres cervezas más.

"Doctor, debería haber hecho caso al comandante y haber matado a toda la gente de aquella aldea."

No pude responderle.

"El comandante se pasa la mitad del tiempo vigilando desde el helicóptero."

Tampoco respondí.

"Si hubiera hecho lo que decía el jefe, no estaría aquí bebiendo cerveza contigo." Nuevamente tenía los ojos acuosos. "¿Sabes dónde estaría?"

"No."

"Estaría con el sargento, apoyado contra la barraca de los soldados y borrachos perdidos los dos. Como el mes pasado. El sargento estaría vivo y estaríamos borrachos o muertos de risa. Aquel jodido negro era el mejor sargento de todo el cuerpo. Si hubiera arrasado la aldea, él estaría vivo. Tenía que haber hecho caso."

"Pero no puedes matar a mujeres y niños."

"No lo comprendes, los que ven la televisión no lo comprenden; sólo el mandamás y los soldados lo comprenden.

"Te pasas tres días y tres noches andando por la espesura sin dormir. Ves cómo tus hombres, tus compañeros, tus muchachos caen en una trampa explosiva: uno que vuela por los aires, es lanzado a dos metros de altura por una trampa colocada por una vieja y vuelve a caer sin piernas. Y lo único que te dice es: 'Lo siento, teniente', y luego muere. Lo ves morir y estás cada vez más agotado, cada vez más asustado, cada vez más nervioso por la falta de sueño. Ves cómo una 'Betty saltarina' hace pedazos a tres de tus hombres y ves al sanitario desangrándose, pero intentando arrastrarse hasta los otros dos.

"Y al final, tomas la maldita aldea. Sus habitantes te dan la bienvenida y te aclaman, pero luego tus hombres continúan muriendo cada noche.

"Lo único que deseas es dormir y seguir vivo, y conservar a tus hombres con vida. Lo único que deseas es dormir y no morir, aunque tengas que matar a cualquier cosa amarilla que se mueva para conseguirlo. Y no vas a parar hasta quedarte sin munición o hasta que el cañón del fusil te queme las manos y toda esa basura amarilla esté muerta o haya desaparecido: luego piensas en el sargento y el sanitario y tu compañero, y entonces sigues con el búfalo, las cabañas, los perros y las gallinas."

Estrujó una lata de cerveza con la mano y se secó una lágrima de la mejilla.

"Tienes que dormir, tienes que dormir y seguir vivo."

Miré a la mesa fijamente durante un minuto: "Lo sé, compañero, lo..."

"No lo sabes, doctor, no lo sabes a menos que hayas estado allí. Vete al almacén de la aldea y encuentra a tres de tus hombres con la cabeza cortada y colocada entre las piernas, con la polla y los huevos embutidos en la boca, y la segunda vez que entres en un almacén lo harás con el M16 escupiendo fuego y castigando severamente a las jovencitas."

"Apiádate de un viejo que está en una cabaña de paja y descubre cómo las paredes de la cabaña cobran vida gracias a las balas de una ametralladora que destroza a dos de tus hombres y a tu propia pantorrilla, y el próximo viejo que veas en una cabaña vale tanto como un muerto, y te lo cargas.".

"Quizá cualquiera haría lo mismo."

"Yo no lo hice en una ocasión, doctor, porque no podía; y ahora el sargento está muerto."

"No puedes culparte de que el sargento esté muerto, no puedes matar a toda la población civil para asegurarte de que matas a todos los vietcong."

El hombre hizo una pausa, se frotó la frente y se recostó en la silla; encendió un cigarrillo y miró fijamente a su encendedor de la Infantería de Marina.

"Lo sé. El pobre campesino de este país no quiere matar a nadie, sólo quiere follar con su mujer, cultivar su arroz, criar a sus hijos y seguir vivo. Él es simplemente un pobre desgraciado..."

"Es un pobre desgraciado igual a tantos pobres desgraciados norteamericanos. Vete a casa", añadí. "La guerra es un asunto de otros."

"Pero aquí, doctor, le meten a la fuerza la guerra garganta abajo. El lunes por la noche llega el Vietcong y se lleva un tercio de su arroz y a su hijo mayor. Él les da las gracias, dice que odia a los invasores norteamericanos y ellos se van. El miércoles por la tarde llegan los infantes de Marina, se follan a su hija, le matan el búfalo y le dan unos meneos. Él les da las gracias, dice que odia al Vietcong y ellos se van."

"No puedes matarlo por eso", dije, "y no puedes esperar que el campesino confíe en nosotros más que lo que nosotros confiamos en él."

IZQUIERDA. *La danza de la muerte. Mientras Jim Brown entretenía a las tropas, continuaban cayendo bombas y muriendo hombres... y los médicos seguían trabajando.*

CAPÍTULO 4 LLEGADA DE BAJAS

El teniente pensó un rato en el campesino, se inclinó hacia delante otra vez, me apuntó con el dedo y dijo, lenta y cuidadosamente: "Doctor, cuando el comandante me diga que tome la aldea y yo me sienta preocupado por mis hombres, mataré a todo bicho viviente."

★ ★ ★

El terrible ruido era el despertador. Lo paré al segundo intento. Conseguí por último fijar los ojos en el reloj de pulsera: las 6.05, martes 4. ¡Era 4 de julio! Sólo quedaban 30 días para poder dejar Vietnam.

¡Qué sensación tan maravillosa! Durante casi un año había visto a otros convertirse en "abuelos" y dejar Vietnam, y ahora yo era uno de ellos. Demasiado tarde para que me dieran otro destino, demasiado tarde para volver a la zona de combate. Dentro de 30 días, un gran "pájaro de felicidad" me llevaría a casa y mi guerra habría acabado. Dong Ha podría aguantarse 30 días más, cualquier cosa podía aguantarse sólo 30 días más

El comandante del hospital entró en la sala

"John, hoy tenemos un espectáculo de variedades para los heridos y alguien tiene que atender "Selección", y ese alguien será usted. Espero que no le importe demasiado."

"Cuando a uno le quedan cuatro semanas, nada le importa demasiado", estuve a punto de decir.

"Procure arreglárselas solo, si es posible. Guarde la mayor parte para cuando acabe el espectáculo."

"No se preocupe."

El espectáculo estaba programado que empezara a las dos, pero, como de costumbre, comenzó con una hora de retraso. El escenario era la plataforma desde la que cargábamos las bajas en las ambulancias; el techo, el cielo raso La audiencia estaba sentada en el suelo: los pacientes con pijamas azules y vendajes blancos ocupaban las primeras cuatro filas, y el resto eran trajes de faena verdes. En la parte trasera unos grandes camiones acorazados de transporte de tropas servían de asiento a los que estaban detrás.

"¡Quieres largarte de una vez!... Acabas de dispararle a su padre por la espalda y el chico no quiere tu maldito chicle."

Instalaron tres guitarras eléctricas, un bajo, un pequeño órgano eléctrico y una batería en el escenario; probaron los micrófonos, ante un auditorio expectante y ruidoso. Intenté no imaginar las consecuencias del impacto de un proyectil de artillería en medio de aquellas caras sonrientes.

El auditorio rugió aprobadoramente en el momento en que aparecieron en el escenario seis músicos filipinos nada atractivos luciendo unas sonrisas tan artificiales como inadecuadas.

Tres hombres pequeños con blusas de manga larga fueron hacia los instrumentos y tres mujeres con faldas largas abiertas lateralmente hasta la cintura se adelantaron hasta los micrófonos: en los micros laterales se colocaron dos chicas delgadas pero de aspecto atractivo y en el centro una mujer de mediana edad, obesa, con grandes pechos y con la cara llena de colorete. Uno de los guitarristas recorrió el escenario a lo ancho, tropezó cuando iba a coger su instrumento y cayó al otro lado. Se elevó un clamor en el auditorio que persistió durante cinco minutos completos y después se hizo un silencio absoluto.

Esperando que su compañero volviera al escenario, los músicos empezaron a dar vueltas con nerviosismo. Al fin subió al escenario cojeando, tañó una cuerda de la guitarra y movió la cabeza afirmativamente al batería, que dio ocho golpecitos seguidos. El guitarrista que daba el tono tocó otra cuerda y sonaron ocho nuevos golpecitos. Otra cuerda y de pronto el batería se puso a golpear frenéticamente sus tambores y platillos con un rápido ra-ta-ta-ta. Todo el grupo estalló en un rock estrepitoso y tradicional, del estilo de los Fats Domino. Los soldados se pusieron como locos lanzando las gorras por los aires.

La gorda sabía cantar de verdad. Tenía una voz grave y potente y disfrutaba cantando: cantaba con todo el cuerpo. Las otras dos chicas se movían como si tuvieran articulaciones de más, especialmente en la pelvis. Los guitarristas dieron un corto paso lateral y una patadita adelante y atrás al unísono, aunque el primer guitarrista continuada cojeando. Los soldados estaban extasiados, abrazándose unos a otros y bailando al ritmo de la música Al acabar la canción, hubo fuertes y prolongados aplausos, mientras los soldados se miraban unos a otros con expresiones que dejaban traslucir "¡Es fabuloso!". Algunos estaban fumando hierba.

ARRIBA: *Civiles vietnamitas heridos son llevados de un helicóptero a un puesto de urgencia. Como en todas las guerras, fueron los no combatientes los que más sufrieron.*

"Doctor Parrish, los PM han traído un civil a 'Selección' "

Un vietnamita de 30 años con fuertes dolores esperaba en una camilla en "Selección": tenía una herida de bala con entrada por la espalda sin salida y otra le atravesaba el costado izquierdo de parte a parte, y tenía paralizado el cuerpo de las caderas hacia abajo. Su esposa, afligida e histérica, le tiraba de la camisa y le abrazaba la cabeza. Una vietnamita de edad avanzada estaba en un rincón con aspecto triste pero resignado, ya no tenía capacidad de temor ni sorpresa. Junto a la mujer estaba un niño de nueve años que me miraba fijamente, con recelo, curiosidad y odio.

Junto a la camilla había dos PM jóvenes y de aspecto típicamente norteamericano. "No sé si es un vietcong o no", dijo uno. "Le cogí sacando un gran montón de ropa de una de las cabañas de la aldea. Le di tres veces el alto y, como no se detuvo, le disparé." El PM hablaba con tono enojado, mientras el compañero sonreía y se balanceaba adelante y atrás siguiendo el ritmo de la música.

El vietnamita estaba aterrado y cada vez que iba a tocarlo se encogía amedrentado. Pese a hablarle en vietnamita tranquilizándolo, me suplicaba que no los matara a él y a su familia.

"No iba armado —le interrumpió el PM—, pero como mi vietnamita no es muy bueno, le di el alto en inglés y en vietnamita. Se lo advertí correctamente."

El vietnamita y el PM comenzaron a hablar a un tiempo; lo hacían en idiomas diferentes con sentimientos diferentes, pero contaban la misma historia. Ambos hablaban en voz muy alta, para hacerse oír por encima de la música y de la voz del otro: uno era una víctima suplicante, débil y destrozada; el otro era un víctima arrogante y poderosa, pero mal informada, que experimentaba un miedo igual, aunque nada similar. El núcleo del mensaje era el desamparo de ambos. Todos los que estábamos en la sala éramos víctimas, aunque encarábamos la guerra de modos diferentes. El hombre herido estaba aterrado, su mujer histérica, la vieja resignada, el niño estoico, el soldado excesivamente seguro de sí y yo perplejo

CAPÍTULO 4 LLEGADA DE BAJAS

"¿Qué diablos está diciendo, doctor? ¿Revelando secretos del Vietcong?"

"Decía que la cabaña era la suya y la ropa de su esposa. La llevaba a un soldado norteamericano que le había dicho que si no se la entregaba antes de la puesta de sol le prendería fuego a la cabaña."

"No va a creerse eso, ¿verdad, doctor?"

"¿Tiene alguna importancia?"

"Bueno, si es un vietcong había que pegarle un tiro, ¿no es cierto?"

"¿Y qué es un vietcong?"

"¿Un vietcong? Es un enemigo. Ya lo sabe, señor, son los malos, hay que dispararles, ¿no es cierto?"

"No lo sé, no lo sé, en verdad no lo sé."

"¿Qué es esa música? ¿Es música en vivo?"

"Es un espectáculo de variedades. Ve a verlo, es para soldados como tú."

El PM se volvió al niño, que estaba en el rincón, y le tendió la mano. "¿Quieres venir a oír buena música norteamericana?"

El niño le miró fijamente. El PM caminó hacia él, que no se movió ni apartó la mirada, ofreciéndole chicle y cigarrillos: "Vamos, no tengas miedo."

"¡Quieres largarte de una vez!", le grité. "Acabas de dispararle a su padre por la espalda y el chico no quiere tu maldito chicle. ¡Lárgate y déjalo en paz!"

Sorprendido, el soldado se encogió de hombros y se fue.

Seguí al PM hasta el espectáculo. El ruido y la euforia iban en aumento a medida que subía el volumen de la música y el público parecía estar en un sueño. Al fin encontré a un cirujano.

"Tengo un civil en 'Selección' con una herida abdominal que le afecta la espina dorsal. Hay que abrirle el vientre."

"Ah, vale! Voy ahora mismo. Un buen espectáculo. Ahora voy. Eh, jefe, necesito un equipo en el quirófano."

"The moon stood still...", cantaba la gorda.

> Horriblemente desgarrados, mutilados, destrozados. Riñones, tripas, tejido muscular... ¡qué despilfarro! Lo dije una y otra vez, este baile iba a ser movido.

La gorda sudaba con el micrófono de pie entre sus gruesos muslos. "I found mah three-al, on a blueberry hee-al..." Cada una de las dos jóvenes delgadas agarró a un soldado de Infantería para hacerlo bailar. Uno intentó desembarazarse y largarse, pero la insistencia de la muchacha y los empujones de sus compañeros le obligaron a dar unos pasos de danza nerviosos y tímidos con el cuerpo completamente rígido. El otro soldado subió decidido y se pegó a la muchacha acariciándola al ritmo de la música. Sus compañeros enloquecían dando gritos y risas de aprobación.

"On a blueberry hee-al..." La música y el ruido me retumbaban en la cabeza.

El ruido del helicóptero es permanente y no se mezcla con la música. Cuando se hace más alto y molesto, los camilleros salen disparados de entre la multitud. Tres cadáveres para el Registro y tres heridos para "Selección".

La muñeca atravesada de parte a parte. Hay que prepararle para el quirófano; el ortopeda podrá atenderlo después del espectáculo. La música continúa

Quemaduras de tercer grado en cara y manos. Desbridarlo, vendarlo y prepararlo para la próxima evacuación al sur. Está ciego y cree oír música de rock-and-roll en vivo.

Herida de metralla en la pantorrilla. Desbridarlo con anestesia local. Cortar, explorar, irrigar. Al compás de la música cortar, explorar; disección directa, explorar suavemente: por fin... ¡la metralla! La pinza hemostática topa con el metal. ¡El tintineo del descubrimiento! A veces, después de largos minutos de frustración, a veces tras unos segundos de probar a ciegas. El pedazo de metal, profundamente enterrado en el tejido, me indica que he ganado. Me dice que corte y desgarre. El momento de coger el fragmento con las pinzas y extraerlo. Oigo el ruido del metal con los oídos y los dedos; es un sonido muy familiar y confortante, más hermoso que todo un espectáculo de variedades. Lo oigo por encima de los helicópteros, del rock-and-roll y de los gritos de dolor; lo oigo por encima del agudo silbido de los obuses que lanzamos. Tumbado boca abajo, lo oigo cuando el mundo explota en torno a mí, lo oigo cuando estoy tan cansado que no puedo oír nada más.

Abro lentamente la pinza hemostática y la cierro sobre el fragmento que sólo capto con los oídos y los dedos. Un sexto sentido me revela su forma y tamaño. Lo extraigo de la carne viva y lo arrojo a la bandeja de metal, donde resuena agudamente. ¡El tintineo de la victoria!

Irrigar, vendar la herida, escribir la etiqueta de evacuación. El procedimiento es mecánico. Hoy es uno; algunos días, 100.

Al compás de la música, me siento un rato golpeando el fragmento de metal con una pinza hemostática. No puedo resistir el deseo de arrojar nuevamente el fragmento a la bandeja.

El frenesí musical va en aumento.

"Doctor Parrish, perdóneme, pero hay algunos cadáveres en el Registro y necesitamos tenerlos listos para el avión de las cuatro. ¿Podría venir a rellenar unos impresos?"

"¿Qué pasa?"

"Certificados de defunción. Antes de las cuatro."

"No te oigo."

"¡Certificar muertos!"

"Ah, sí, ya voy."

Lavados e identificados, los papeles en orden, en sacos verdes, colocados en fila. Muy eficientes.

Los infantes del Registro siguen el ritmo golpeando con los pies en el suelo.

Once cadáveres, un poco más de papeleo y su guerra se acabó. Y aquí paz y después gloria.

Examinarlos, descubrir la causa de su muerte, que si patatín, que si patatán, no hay más que hablar.

Horriblemente desgarrados, mutilados, destrozados. Riñones, tripas, tejido muscular... ¡qué despilfarro! Lo dije una y otra vez, este baile iba a ser movido.

Cerrar la cremallera de los sacos verdes, amontonarlos. Chasquear los dedos, golpear con el lápiz en la libreta. Uno, dos, tres... a trabajar.

Limpiar con la manguera la sangre, las heces y los sesos. Limpiarlo bien, que no quede rastro. Se acabó el papeleo. Y a mí dejadme en paz.

En el escenario, el sudor hace correrse el maquillaje de la gorda y empapa sus sobacos y sus pechos gigantes. La mujer echa la cabeza hacia atrás, abre la boca y directamente de sus entrañas sale: "It's almost tomorrow."

Quedarse un momento y balancearse con ella. Los puños apretados. Lágrimas.